"operación Poncho"



LAS FUGAS DE SEGOVIA

Hordago

OPERACION PONCHO

LAS FUGAS DE SEGOVIA

Edita LUR
I. S. B. N.: 84-7099-036-5
Dep. Legal: BI 790-1978
Edit. Eléxpuru Hnos., S. A.
Zamudio-Bilbao

OPERACION PONCHO
LAS FUGAS DE SEGOVIA

ANGEL AMIGO



Hordago

A Josu Muxica
y Oriol Sole



HORDAGO PUBLIKOPENAK / PUBLICACIONES

Plaza de Guipúzcoa, 11, 1.º

SAN SEBASTIAN

LOS QUE SE FUGARON TENIAN RAZON

Mi antiguo defendido en la causa de la fuga de Segovia, Angel Amigo, me pide un breve prólogo para su primer libro. No tengo que decir cuánto me honra el encargo, que me llega precisamente a caballo entre dos sesiones del juicio que se sigue contra el abogado alemán Klaus Croissant en Stuttgart, de cuyo equipo de defensores europeos formo parte.

Todavía están recientes en mi recuerdo las sofisticadas técnicas policiales al servicio de la seguridad del Estado —de ese Estado que ha suprimido la pena de muerte sustituyéndola por la de suicidio—

que hizo que todos nosotros, al entrar en la Sala de Justicia de Stammheim, fuéramos unos cuantos presos más —aunque por unas horas— junto a nuestro compañero Croissant.

La institución carcelaria, para presos políticos y para presos sociales, es un hecho internacional y, ciertamente, un hecho fracasado en cuanto que no doblega en sus convicciones al preso político y no reforma al común.

En relación con el tema concreto del libro —los presos políticos vascos— ya en más de una ocasión he dicho y escrito que durante más de cuarenta años el pueblo vasco ha visto sistemáticamente conculcados, desconocidos y violados todos aquellos derechos que se consideraban como fundamentales, inalienables e imprescriptibles. Todo ello además en el marco de un sistema rabiosamente capitalista en el que el lucro y la explotación eran fundamento del propio sistema.

Durante todo este tiempo, los vascos hemos sabido muy bien que no todo individuo tiene derecho a la vida ni a la libertad ni a la seguridad. Que se puede someter a la gente a torturas y a tratos crueles, inhumanos y degradantes. Que se puede ser arbitrariamente detenido, preso y desterrado. Que no todo el mundo tiene derecho a ser oído públicamente y con justicia

por tribunales independientes e imparciales. Que han existido ciudadanos sin derecho a circular libremente y sin posibilidad de elegir su residencia dentro o fuera del territorio del Estado. Que se puede negar a la gente el derecho a la libertad de opinión y expresión. Y que se puede vedar a un pueblo entero a optar libremente por la vía que decida libremente.

Porque a los vascos se nos han impuesto durante años y años estas dolorosas realidades, de entre nosotros han salido luchadores valientes, capaces de darlo todo y no pedir nada a cambio, dispuestos a dar su libertad y su vida en favor de su pueblo.

Esta es la razón de la existencia de los presos políticos.

Pese a todo, yo me aferro a la esperanza, y el caso de Segovia, que en este libro se relata, me confirma en esta convicción. Los dos intentos de fuga se desarrollaron en los momentos objetivamente más negros de nuestra historia reciente: acababa de ponerse en vigor la Ley Antiterrorista y se producían los consejos de guerra que llevarían al paredón a Otaegui, a Txiki y a tres militantes del FRAP.

Incluso la desproporcionada represión que se desencadenó con los escapados en los montes de Navarra no parecía indicar que estos mismos presos, meses más tar-

de, salieran de la cárcel por la puerta grande, con la excepción dolorosísima de Yosu Múgika y Oriol Solé muertos en su búsqueda de libertad.

Y termino recordando lo que el día 10 de febrero, en el Senado, defendiendo la proposición de ley de indulto de presos sociales, dije al Gobierno: "Al Gobierno quiero yo decir que estoy acostumbrado a defender causas perdidas a corto plazo. He dicho a corto plazo. Durante muchos años me he sentado en el estrado del defensor ante el Tribunal de Orden Público y ante los Tribunales Militares. Entonces se me decía que estaba defendiendo causas perdidas. Y era cierto porque defendía causas perdidas. Pero hoy el Tribunal de Orden Público está disuelto, los condenados están en libertad y sin antecedentes penales. Algunos son parlamentarios elegidos por el pueblo. Otros directivos de partidos legalizados. Todos están en libertad.

Hay que decir al Sr. Ministro del Interior que hemos oído muchas veces: no más amnistía, no más indultos, en la larga marcha por la amnistía de los presos políticos, para luego tener el Gobierno que ceder.

El Sr. Fraga Iribarne dijo que para que ondeara la ikurriña en los edificios públicos de Euskadi habría que pasar por encima de su cadáver. Hoy el Sr. Fraga Iri-

barne afortunadamente está vivo y nuestra venerada ikurriña ondea en Euskadi en los edificios públicos y privados.

El Sr. Ministro del Interior, el Sr. Ministro de Justicia y todos los ministros dejarán un día de serlo. Y los presos serán liberados. La historia es a veces lenta pero inexorable. Y la historia atropella a aquellos ministros que se oponen a su marcha''.

Este libro es parte de esa historia de la libertad contra la que han fracasado y fracasarán los tiranos que la ignoran.

Donostia a 17 de marzo de 1978.

Juan María Bandrés.

FUGARSE, UNA OBLIGACION

Leer las páginas de este libro es, desde un punto de vista personal, especialmente vivo. Son ya muchas las veces que cada uno de los que protagonizamos aquellos hechos lo hemos contado y recontado ante los oídos curiosos e interesados de amigos y compañeros. Pero nunca es repetir algo sabido, sino revivir unas horas, unos días y unos meses de particular intensidad.

Los preparativos, la labor de excavación, la organización de la contravigilancia, la tensión de la espera con su paradójica simultaneidad de confianza y desconfian-

za en la buena marcha de los trabajos, el derroche de entrega, autocontrol y voluntad exigido durante meses y meses en la convicción de que, tras el logro de nuestro objetivo, no estaba sólo el derribo de unos muros y nuestra propia libertad, sino todo un éxito en una de las batallas particulares de la guerra en la que luchábamos y en la que habíamos caído prisioneros, y tantas otras cosas, no son simples imágenes que pasan en la película de nuestros recuerdos. Son algo tan tópico de expresar, pero tan presente en nuestra personalidad, como un pedazo de nuestras vidas.

UNA DUDA ROMANTICA

Hay gente que pregunta si aquello mereció la pena.

La respuesta, creo que de todos los que lo vivimos, salta espontánea y afirmativa. Recuerdo la sorpresa que me produjo escuchar la pregunta por primera vez, en un pueblo de Tierra Estella, en boca de un militante de un partido revolucionario:

–El franquismo se desintegraba, el cambio se imponía, la amnistía tenía que llegar, el riesgo que corríais era muy grande, ahí está el cadáver de Oriol, los heridos..., ¿qué validez política tenía la fuga, merecía la pena, no era mejor esperar...?

En el fondo no era sino una versión más de la idea ya tópica entre militantes de algunas organizaciones en las cárceles, ridiculizadas a menudo entre nosotros, de que la fuga era contrarrevolucionaria, acción minoritaria y elitista, prueba de desconfianza en las masas..., una versión más de la idea de que nuestra salida sólo podía ser obra de las masas populares mismas. Pero una de las características de la lucha contra los fascismos es que, no sólo produce revolucionarios políticos, sino también revolucionarios románticos.

Sin embargo, la pregunta, en este caso, tenía más peso y concreción. La lucha popular tenía ya un fuerte auge; las movilizaciones por la amnistía habían tomado impulso desde diciembre de 1974; el propio Gobierno barajaba el término con frecuencia aunque sólo fuera para rechazarlo, el ambiente político estaba impregnado de la convicción de que las cárceles franquistas estaban cerca de su fin.

Con todo, mi respuesta fue afirmativa y espontánea.

SEGUIAMOS MILITANDO

Fugarnos era una obligación, un compromiso con Euskadi.

Los que estábamos en las cárceles franquistas no éramos sólo unos presos, no éramos sólo unos luchadores derrotados y

recluidos. La guerra en la que participábamos no era una guerra convencional en la que el enemigo apresado es enemigo eliminado, un combatiente menos.

La guerra en la que participábamos era la de una lucha política, una lucha de oprimidos contra opresores en la que no sólo el combatiente nuestro apresado, sino incluso el muerto, seguía siendo un luchador, seguía teniendo capacidad de enfrentamiento y de hostigamiento contra el opresor. Los que estábamos en las cárceles seguíamos siendo militantes, y militantes activos.

Sólo cambiaba el tipo de trabajo a desarrollar y los instrumentos a utilizar. No teníamos multicopistas, intervenciones en asambleas, carreras en las manifestaciones ni armas, pero teníamos libros para estudiar, plumas para escribir, estómagos para pasar hambre, manos, cabeza y corazón para amotinarnos y hasta cucharas simbólicas —la socorrida cuchara de los viejos chistes— para excavar túneles de verdad.

CARCELES-ESCUELA

De tres tipos eran nuestras obligaciones. Tres eran nuestras formas de militar activamente.

El estudio y la formación política era la primera de ellas y la más constante.

Nuestra propia práctica nos había llevado a hacernos cargo de la importancia de adquirir conocimientos para mejorar nuestra capacidad de análisis político y de actuación. La cárcel era una ocasión que no se podía desaprovechar.

Y algo que nos hacía reafirmarnos en esta necesidad de estudio y formación era el empeño de los carceleros, del sistema represivo, por impedírnoslo, por crear todas las trabas imaginables para que no pudiéramos capacitarnos políticamente.

El intento de reducción del enemigo político encarcelado, mediante su paulatina destrucción moral e intelectual, era una de las constantes del régimen carcelario. Censura de libros y revistas, creación de malas condiciones en celdas y salas de estudio, imposición de horarios irracionales y rígidos, castigo de aislamiento en celdas a la mínima, etc., son procedimientos suficientemente dados a conocer por la literatura antirrepresiva y en los que no me voy a extender porque los hechos no necesitan ser inflados con frases de hacer bulto.

Sólo apuntaré que, del fracaso de estos esfuerzos por la aniquilación moral e intelectual de los militantes revolucionarios, dan idea la labor y el peso político que tienen hoy en Euskadi, a nivel público y nacional, pero más aún a niveles concretos de pueblos, barrios y fábricas, toda una serie de ex-presos políticos.

EUSKADI NOS HIZO SUYOS

Teníamos una segunda forma de militar. Era mucho más llamativa. Y ésta era su función: llamar la atención, pegar aldabonazos en la mente de nuestro pueblo. Nuestro pueblo respondió plenamente. Comunicados sacados a veces incluso con riesgo físico —palizas de Soria, Teruel, Puerto de Santamaría—, huelgas de hambre sólo mantenibles con la convicción de sus efectos en la mentalización popular, motines... eran hechos que, más allá de las clandestinas y en gran cantidad desperdiciadas hojas a multicopista, ocupaban las páginas de los periódicos y eran tema de conversación y de discusión en la vida diaria de los bares, de los transportes públicos, del bocadillo mañanero y de la tertulia familiar.

No en balde llegaban las prohibiciones gubernamentales sobre la información diaria y semanal. El enemigo acusaba el golpe y era, para nosotros, una manera de confirmar que nuestras armas eran eficaces. El tema era noticiable y llegaba a los medios de comunicación; éstos padecían la prohibición y silenciaban sus bocas, pero la información se convertía entonces en un secreto a voces potenciadas por el amplificador de la represión sobre unos sectores intrigados a cada nuevo rumor y hambrientos de noticias.

LA FUGA ERA UN ARMA

Pero de algo no nos cabía duda. De que la lucha más dura, la más eficaz, la que verdaderamente había de decidir el triunfo o la derrota, era la de la calle, la de los que sí estaban insertos en la realidad diaria de los trabajadores de Euskadi como uno más. Y ahí estaba nuestra más acariciada ambición, nuestra más consciente obligación. Volver a la calle, volver al pueblo. Si podíamos, como uno más; y si no, de otra manera. Pero había que acercarse a las condiciones más idóneas de lucha, a las de todos los sectores de nuestro pueblo. La fuga era nuestra primera obligación.

Alguna vez se ha hecho, por parte de ETA, un recuento de los más importantes intentos de fuga. Tal recuento no era sino muy superficial, olvidadizo de otros innumerables intentos y proyectos no llegados siquiera a conocer, no ya el gran público, sino ni siquiera por el propio sistema carcelario. Quienes no nos dedicamos —por desgracia nuestra— a la literatura y a decir las cosas de forma original, sino a intentar desentrañar y comunicar de la forma más simple posible la realidad social y política en que nos movemos, tenemos casi siempre que recurrir a tópicos y frases hechas para expresarnos. Y tenemos que decir, aun a sabiendas de que va a sonar quizá a hueco, cosas como

ésta: el mayor esfuerzo, la mayor tensión y atención de nuestra vida carcelaria la dedicábamos a buscar la forma de salir a la calle. Y es que, en el fondo, hasta las huelgas de hambre y los libros devorados tenían este objetivo: volver al frente decisivo de la lucha.

Cuando aquel militante revolucionario de Tierra Estella me preguntaba si merecía la pena, si era político y revolucionario el fugarse, me decía también:

''Ya sé que desde aquí, sin vivir vuestra situación de represión, yo no soy quien para juzgar; ya sé que los presos erais vosotros y que los que necesitabais la calle erais vosotros, pero...''

No, si nos fugamos, no era sólo porque necesitábamos la calle y la libertad injustamente arrebatada. Era también, y sobre todo —sin este sobre todo no sería fácil comprender los riesgos arrastrados— porque teníamos que hacerlo. El poder tenía que recluirnos. Nosotros teníamos que marcharnos.

La coyuntura política, además, así lo exigía. La lucha por la amnistía iba en ascenso y debía ascender más, mucho más todavía, si se quería romper el enquistamiento gubernamental. Fraga, el primer ministro de Gobernación del rey, había dicho, con la rotundidad de su mole física y de su poder arbitrario: ''No habrá amnistía''. Y sabíamos, claro que sabía-

mos, que la habría. Pero sólo si no se desgastaba, si se potenciaba el movimiento popular. Nosotros teníamos unas armas. Y las usamos todas. Hasta la fuga, hasta el riesgo de la vida y hasta la vida misma en el caso de Oriol...

La amnistía llegó, el fascismo se desintegró y nosotros no traicionamos ni faltamos al papel que en este empeño nos podía tocar. A título personal, el Aberri Eguna en 1976, entumecidos tras 15 días de húmedo aislamiento en la cárcel de Iruña y desperdigados por celdas del sur peninsular, no fue de los de buen recuerdo, con la losa del fracaso material de la fuga sobre la mente. Pero allí había un elemento de sensibilización más, un aldabonazo más sobre los oídos de nuestro pueblo incitándole a continuar y a crecerse.

TODA UNA FILOSOFIA

Teníamos que fugarnos, que volver a la calle.

Si hoy no lleváramos esta vida tan trepidante que exige la situación política actual, acabaríamos cayendo en la tentación del recuerdo. La vida de las prisiones franquistas era tan difícil como la pintábamos. Pero el necesario entusiasmo con que nos dedicábamos a militar no nos permitía "quemarnos" —ese término tan intraducible a lenguaje exacto y tan liga-

do a las experiencias personales y colectivas de la lucha política–, no nos permitía ceder a los empeños destructivos del sistema carcelario.

Al revés, incluso en vez de forzarnos a enquistarnos orgullosamente en actitudes de rechazo frontal y de cierre hermético ante el cuerpo de carceleros, nos dotaba de una seguridad en nosotros mismos, de una certeza sobre los medios e instrumentos que debíamos usar para conseguir nuestro objetivo fundamental, que para sí la quisieran quienes hoy, en la calle, no ven otra salida política para el avance revolucionario en Euskadi que el atrincheramiento en purismos y estrategismos faltos de visión de los senderos y recovecos que aseguran la llegada al objetivo.

Nunca tuvimos reparos –¡y cómo nos reíamos de quienes, en su romanticismo, nos llamaban colaboracionistas porque tratábamos como personas e incluso como amigos a algunos funcionarios!– en negociar lo que fuese con tal de que nos sirviera para mejorar nuestras condiciones de trabajo o nuestras posibilidades de atisbar salidas. Difícilmente podremos olvidar la ingenuidad de aquellos funcionarios de Segovia que, extrañados ante el intento de fuga del verano del 75, nos decían: "Pero ¡habéis roto el pacto! ¡Os habíais comprometido a no intentar fugaros a cambio de vivir dentro a vuestro aire!". Naturalmente, era falso. Hubiera

sido demasiado hermoso poder llegar a unas negociaciones de ese tipo. De haberlo hecho, ¿quién, en su sano juicio, nos hubiera echado en cara el pacto con el enemigo?

Dicen que el hambre es muy lista. Y que la necesidad aguza el ingenio. Cuando realmente se ve la necesidad de algo, no hay estrategismos que paralicen el trabajo por conseguirlo. Sólo hay ojos abiertos y orejas tiesas, pies ágiles y manos diestras que van desbrozando senderos serpenteantes y hasta despistantes la mayoría de las veces, pero que son los únicos que de verdad acaban llegando al objetivo, al objetivo señalado como estratégico, claro.

Pero ya estamos filosofando y, quizá, extrapolando las cosas. Bastará con que cada lector vea, al leer las páginas que siguen, no sólo una novela realista, un retrato de algo histórico, sino toda una experiencia concreta, fruto de unas vidas condicionadas por la opresión de Euskadi y expresión a la vez de lo que exige una situación, respuesta sin tapujos ni ambages a unas necesidades que no permitían actividades contemplativas ni románticas.

Vicente Serrano Izco

UNA HISTORIA COLECTIVA

Quienes hayan vivido la o las fugas observarán que son numerosos los detalles ausentes del libro. Es cierto. La necesidad de conservar un hilo a lo largo de toda la narración me ha llevado a no seguir excesivas ramificaciones que pudieran hacer perder ritmo a la historia. Me imagino que en realidad son una cuarentena las historias a narrar, porque en cada cual ha incidido de manera distinta lo entonces ocurrido, pero se trataba de un suceso colectivo y con esa pretensión he orientado el trabajo. El libro lo he confeccionado después de mantener, grabar y transcribir numerosas conversaciones con diversos protagonistas de las varias fases y etapas en que se divide la historia de las fugas. Por otra parte, el hecho de que solamente aparezcan unos nombres y otros no, no quiere decir absolutamente nada, simplemente que en algunos personajes toman cuerpo con especial claridad los momentos más destacables de aquel año de cárcel y precaria libertad. La fuga fue colectiva.

Las fotos tienen variados orígenes. Las del interior del trailer han sido cedidas por "Punto y Hora", la mayoría de los primeros planos de presos son de "Zeruko Argia", las fotos de Espinal y Burguete las ha realizado M.ª Angeles Goicoa en un día —como se observará —de nieve, en fecha muy próxima a este II aniversario. Finalmente no queda sino agradecer a Mikel Etxaniz y Arantxa Urretanizcaya su trabajo, colaboración y observaciones.

A. A. Q.

Puede decirse que la idea de la fuga existe desde que se creó la primera cárcel. Allá donde exista una prisión habrá un detenido que tratará como sea de buscar un resquicio por donde reintegrarse a una forma de vida más libre.

Las tentativas de fuga se agudizan en los casos referentes a los presos políticos por toda una serie de razones. La firme convicción de que su encarcelamiento es injusto y el apoyo exterior son dos condiciones que no se dan juntas, ni de manera sistemática, en la inmensa mayoría de los otros casos de encarcelamiento.

Hay además otras características que merecen ser destacadas. La desproporción irracional entre los

delitos atribuidos a los presos condenados por sus actividades políticas y el escandaloso montante de la pena han constituido también un indudable estímulo para emprender los más ambiciosos planes de fuga.

Es éste el caso de la prisión de Segovia durante los últimos años del franquismo. En cualquier caso, su historia es excepcional, porque nunca en la historia de una penitenciaría recién habilitada con especiales medidas de seguridad que llegaron a costar millones de pesetas, se habían culminado dos fugas consecutivas y, además, por el mismo sitio.

Segovia, prisión central

La prisión de Segovia había sido preparada para acoger presos políticos a finales de la década de los sesenta. En una primera intención de la Dirección General de Instituciones Penitenciarias se realizó, en plan de prisión dura, dentro de las de primer grado. En el sistema penitenciario español las cárceles se dividen en tres grados, de acuerdo a un estudio de peligrosidad que realiza una denominada Junta de Clasificación, y que según el tipo de delito, condena y valoración de la personalidad del preso, es enviado a prisión de primero, segundo o tercer grado.

En cualquier caso, dada la ambigüedad del reglamento de prisiones de la época, cada director era un auténtico señor feudal y se daba a menudo la paradoja de que cárceles de segundo grado fuesen muchísimo más duras que otras de primer grado.

En el año 1969 la cuarentena de presos políticos del penal de Soria realizaron una huelga de hambre colectiva con la idea de llamar la atención sobre la existencia de personas condenadas por delitos de motivación política. Este acto les acarreó duras medidas de represión. Una de ellas fue el traslado a Segovia de los considerados más recalcitrantes y conflictivos.

El penal de Segovia, o la prisión central de Segovia, que era su denominación oficial, era una pequeña cárcel, al estilo de las que existen en todas las capitales de provincia del Estado y, en principio, no tenía especiales medidas de seguridad. Sin embargo, la pequeñez de la misma permitía una vigilancia de movimientos mucho mayor que en las demás, con lo que se compensaban a ese nivel sus deficiencias en materia de seguridad.

Su construcción respondía al modelo clásico que estos establecimientos presentan en el Estado español. Un edificio cuadrangular, cortado en forma de cruz latina por dos galerías de celdas, de tal manera que el penal quedaba dividido en cuatro partes perfectamente incomunicables entre sí. Contaba con unas 80 celdas individuales —no todas habitables— y varias brigadillas con capacidad para unas 30 personas, que no se utilizaban desde hacía mucho tiempo.

Las celdas individuales tenían unas dimensiones de 3,5 × 2,5 metros y estaban dotadas de lavabo, retrete, mesa y cama. Había también una alta ventana con barrotes.

Cada cuerpo del edificio disponía de un patio y de un servicio diferente. En uno estaba la lavandería y sala

de visitas. En otro la cocina y el comedor, y en los otros dos se habían habilitado salas para esparcimiento de los reclusos.

En el cruce de las galerías, dominando todos los movimientos de los penados, estaba el denominado Centro de los funcionarios. Consistía esta dependencia en una cabina octogonal con grandes vidrieras que permitían a los funcionarios ver los movimientos de todos los presos. Hacía las veces de centro de administración para pequeños asuntos y también de comandancia interior del penal. Era de reducidas dimensiones.

Por su parte, cada patio estaba dotado además de sus correspondientes turnos de funcionarios, con órdenes de tener a todos los internos a la vista. En total eran media docena.

Existían además otro tipo de dependencias, que se abrían a horas determinadas, como eran la sala de visitas o los gimnasios. La sala de visitas consistía en un pequeño cuarto de unos 8 metros de largo donde los presos comunicaban en grupos. Les separaba de las familias dos rejas con malla metálica y en medio un pasillo de medio metro de ancho por donde paseaba y vigilaba el funcionario.

Una prisión cómoda

La dura vida impuesta a los primeros políticos llegados se suavizó rápidamente después de que uno de los presos, Capote, minero asturiano del PCE, muriera

como consecuencia de la falta de tratamiento adecuado a su úlcera. Paradójicamente, Capote estaba cumpliendo lo que se llama el período sanitario, que consiste en tres o cuatro días de aislamiento en una celda, donde, en teoría, se le examina médicamente para evitar que traiga ninguna enfermedad contagiosa o alguna dolencia grave. Todos los presos deben superarlo.

El miedo al escándalo y la decidida actitud de la docena escasa de presos allí existente hizo que la prisión fuera relajando poco a poco el trato, aunque tuvieron que vivir algún tiempo en galerías aisladas y sin trato entre ellos.

Por otra parte, el aumento de la lucha y de la represión, de forma especial en Euskadi, hizo que presos políticos vascos comenzasen a nutrir las prisiones de primer grado en cantidades cada vez mayores. La inmensa mayoría de los presos políticos del Estado español eran, en esa época, vascos y relacionados con actividades de ETA.

Hacia el año 72, las condenas fuertes estaban repartidas en multitud de penales entre los que destacaban Soria y Segovia para los condenados, y Burgos para los preventivos. Los del juicio de Burgos se encontraban diseminados en pequeños grupos, cuando no solos, por las denominadas "cárceles del Sur": Cartagena, Córdoba, Puerto de Santa María y Cáceres. Otro buen contingente se encontraba sin juzgar en Basauri, Pamplona, Vitoria y Martutene. La principal cárcel de segundo grado era la de Jaén, aunque posteriormente se habilitarían las de Zaragoza y Pontevedra.

Unas obras de seguridad

Para mediados del 74 el número de reclusos vascos había aumentado de manera considerable, debido a que los juicios contra las grandes caídas de ETA ocurridas en el 72 y 73 habían prácticamente terminado.

Las ventajas represivas que la política de dispersión de presos ofrecía, de cara a su aislamiento entre sí y de sus familias en Euskadi, se convertían en dificultades de seguridad muy grandes, debido al lamentable estado de los establecimientos penitenciarios. Por esta razón, la Dirección General de Instituciones Penitenciarias decidió en aquellas fechas concentrar a la mayoría de los presos en una o dos grandes prisiones. Para ello era necesario realizar en ellas algunas obras de seguridad.

En Segovia los trabajos comenzaron a primeros del 74. Arias había materializado el espíritu del 12 de febrero en las ejecuciones de Puig Antich y de Heinz Chez, y grandes oleadas de huelgas se hacían cada vez más importantes en todo el Estado español.

En Euskadi, la lucha armada de ETA, tras la operación ogro, pasaba por momentos de relativa inactividad, ya que una fuerte crisis organizativa, que no habría de resolverse hasta un año después, había producido una escisión y otra se estaba gestando.

En el interior de la prisión, sin embargo, los efectos de la crisis de ETA llegaban retardados y tamizados por el natural aislamiento a que estaban sometidos los presos. En cualquier caso, los militantes de ETA seguían estando organizados en donde quiera que

PLANO GENERAL DE LA PRISION

1. Patio de la biblioteca.
2. Biblioteca.
3. Patio del comedor.
4. Comedor.
5. Cocina y leñera.
6. Duchas.
7. Sala de estudio y música (2.ª planta).
8. Gimnasio (2.ª planta).
9. Enfermería (1.ª planta).
10. Patio de la segunda galería.
11. Patio del lavadero.
12. Lavadero.
13. Dependencias y patio de la prisión de mujeres.
14. Sala de visitas.
15. Celdas.
16. Recinto.
17. Garita de vigilancia de la policía armada.
18. Rastrillo y dependencias de uso exclusivo de funcionarios.
19. Cuerpo de guardia.
20. Desagüe del patio de la cocina.

Punteados aparecen los canales internos de la prisión. En negro los puntos de vigilancia de los funcionarios. De extremo a extremo de galerías había unos ochenta metros.

estuviesen. Elegían una dirección política que se encargaba de responsabilizarse de las diversas tareas: contactos con el exterior, elaboración de estudios, nombramiento de comisiones y relaciones políticas con los demás partidos e independientes de los penales.

Fue por aquella época cuando comenzaron a llegar noticias de que los presos de Soria —una treintena— iban a ser trasladados a la prisión de Segovia. La idea era la de levantar una planta más en la primera de ellas y acabar, finalmente, concentrando allí a todos los políticos.

De momento, Segovia albergaría el mayor porcentaje de presos políticos condenados en los últimos años de la dictadura franquista.

Durante aquel verano, las obras se limitaron a acondicionar las viejas celdas con nuevos servicios, además de repintar prácticamente todas las paredes.

Un sondeo

En aquellos momentos, los militantes de ETA eran una quincena y compartían la prisión con unos veinte trotskistas de LCR-ETA VI, varios militantes del PCE, del PCEm-1, del FAC y algunos independientes.

Antes de que empezara el trabajo del primer agujero, los militantes de ETA habían realizado diversos sondeos y estudios para conocer las posibilidades de fuga del penal. Ninguno de aquellos sondeos prosperó. La esperanza, sin embargo, no se perdía nunca.

En cualquier caso, las obras que habían comenzado a realizarse fueron una excelente oportunidad para hacerse con varios elementos de trabajo imprescindibles en cualquier intento de fuga: cementos, baldosas, destornilladores y otros instrumentos por el estilo.

Por esa época, hubo un pequeño sondeo en el suelo del comedor, que no dio resultado positivo. Alguien había notado que, en el medio de la sala que servía de comedor, los pisotones sonaban a hueco, cosa que no ocurría en el resto. Se procedió a levantar una baldosa y a penetrar un poco en la tierra. El hueco resultó ser un espacio de aire que quedaba entre el embaldosado con su cemento y la tierra irregularmente distribuida, por lo que se abandonó en seguida. Además, el sitio no era muy bueno.

Una serie de estudios que se hicieron posteriormente dio como resultado que el mejor lugar para iniciar una fuga eran las dos celdas del fondo de la primera y tercera galería pero, dadas las condiciones de entonces, eran inadecuadas para arremeter con cierta seguridad una empresa de este tipo.

Todas las actividades de este verano acabaron paralizándose ante la información que envió la dirección de la organización y que indicaba que la campaña "de makos" que se había estado preparando estaría lista para el otoño. Entrar en huelga de hambre quería decir aislamiento en celdas de castigo durante una temporada, cierta debilidad física y pérdida, en muchas ocasiones, de derechos conquistados que se retiraban como represalia por parte de las autoridades penitenciarias.

Solidaridad en Segovia

Aquella acción desató la solidaridad de la mayoría de las prisiones que, en el plazo de un mes, se encontraban todas en huelgas de hambre de diferente intensidad.

En Segovia se consiguió que la huelga fuera corta. Duró poco más de una semana y, desde tres días antes, una comisión delegada de los presos negoció con la dirección de la prisión su término, a cambio de mejores condiciones de vida posteriores. Se logró de esta manera que, en vez de cuarenta, fueran 21 los días de sanción, se incluyeran en ellos los pasados en huelga de hambre, y que se respetara un período de recuperación sin celdas. Comenzaba a hacer frío en Segovia.

Un mes después, a finales de noviembre de 1974, se entró en la segunda huelga de hambre del año, junto con todas las prisiones del Estado español. La campaña había sido cuidadosamente preparada entre la mayoría de los presos y contaba en la calle con el apoyo de todas sus organizaciones.

Era la primera vez que ETA, para entonces convertida ya en organización político-militar, iniciaba conjuntamente algo con organizaciones de ámbito estatal. Ni el PCE ni el FRAP, tomaron parte.

(1) Eta militar Mako =

La relativa desazón que produjo la noticia de la escisión entre militares y político-militares, ocurrida el mes de octubre, se superó durante el desarrollo de la

campaña de makos, al llegar informaciones referentes a importantes movilizaciones realizadas en solidaridad con los presos los días 2, 3 y 11 de diciembre y se terminó por olvidar con la noticia de las ejecuciones de dos guardias civiles en Mondragón y atentado frustrado en Ordizia contra otro.

La huelga de hambre, que en Martutene empezó con un motín, tuvo una duración de más de 20 días, y en Segovia llegó a 23. Dada su dureza y las circunstancias que la condicionaron, resultó bastante dura en su inicio. De hecho, hubo gente que estuvo cerca de 15 días en su celda con temperaturas bajo cero. Una docena tuvo que ser trasladada a Madrid, al hospital penitenciario, y el resto acabó en la enfermería de la prisión.

El éxito político, sin embargo, fue muy importante en el exterior, porque, por primera vez desde el juicio de Burgos, se había llegado a movilizaciones importantes y porque, además, la participación y la coordinación de las cárceles se realizó de manera prácticamente perfecta.

Como en la anterior huelga de hambre, la fecha de la terminación la negoció durante varios días una comisión de los presos y se consiguió, entre otras cosas, la desaparición de la censura en el interior del penal para publicaciones editadas en el Estado, que se pusiera en marcha un plan de mejoras materiales con instalación de calefacción en las celdas, además de que la sanción de 40 días quedara anulada el día de Nochebuena.

Los presos de Segovia se sentían especialmente satisfechos y optimistas no sólo por esto, sino porque aca-

baban de descubrir que las citadas obras de acondicionamiento y seguridad, lejos de conseguir sus propósitos, habían dejado a disposición de quien asumiera el riesgo, el mejor plan de fuga con que pueda soñar un preso. La euforia era total, con el éxito de la huelga de hambre había moral de vencedores. Además, habían comenzado a llegar los compañeros de Soria.

También condenan los retretes

Entre las obras emprendidas, estaba la de condenar un viejo retrete que se encontraba al fondo de la segunda galería. Era un retrete que no se usaba y que estaba emplazado entre las dos secciones de duchas de que estaba dotada la prisión. La pared trasera era la del recinto y sólo había otro muro para acceder a la calle. El lugar había pasado sin ser tenido en consideración en los anteriores sondeos, porque no podía estar más a la vista del Centro, pero, cuando los huelguistas de hambre observaron que empezaban a tapiarlo dejando en su interior un gran espacio vacío, pensaron que era el lugar idóneo. El cegar el retrete con una pared de baldosa sólo tenía, para la prisión, una función estética porque, aparte de inutilizarlo, lo único que se consiguió fue achicar el pasillo en unos dos metros.

Durante su construcción, los presos pensaban que dejarían la parte de arriba sin completar, o que lo más racional era dejar una ventanilla interior que permitiese su vigilancia. Lo tapiaron todo. En su inte-

rior, y entre los dos muros de las duchas y el nuevo, quedaba una cámara vacía y aislada para trabajar con toda tranquilidad una vez que se hubiera conseguido entrar en ella desde cualquiera de las duchas.

El inicio de los trabajos sufrió, de entrada, un doble retraso. Por un lado, las primeras informaciones serias sobre la escisión ocurrida en el exterior habían comenzado a llegar, y el posicionamiento con unos o con otros tenía que hacerse. Por otro, la llegada de todos los de Soria no acababa de ser efectiva.

Poco después, para febrero del 75, había en Segovia un número de presos políticos que se aproximaba al centenar. De ellos, una treintena de ETA. Tras un intenso debate que se desarrolló con las informaciones recibidas, 21 quedaron con los político-militares, 4 con los militares y el resto sin posicionar.

Durante todo enero y febrero, el bloque mayoritario que se había perfilado antes de la toma de postura oficial, había llevado una política de introducir gente en todos los destinos de la prisión, especialmente en aquellos que tenían desagües o permitían establecer controles a los movimientos de los funcionarios. De esta manera, había gente destinada en lavandería, cocina, limpieza de galerías y, sobre todo, en conservación de duchas.

El cuarto ciego realizado con la obra tampoco había pasado desapercibido a los militantes de la entonces LCR-ETA VI, que habían llevado, por su parte, la misma política. Por su número —otra veintena— y por sus condenas —de cuando estaban en ETA— reunían las condiciones necesarias como para intentar un trabajo de ese tipo en el interior de la prisión.

Inmediatamente, una delegación suya se puso en contacto con los político-militares, para proponer un plan conjunto porque, según afirmaron, poner en marcha dos proyectos a la vez los pondría en peligro, al interferirse mutuamente.

Tras un primer contacto, las direcciones de las dos células decidieron formar una comisión mixta. Esta comisión era la encargada de dictar las normas y actividades a realizar de manera conjunta y nombraba las personas adecuadas para ello. En principio, los trabajos se repartieron a partes iguales.

El primer acuerdo que tomaron fue el de no informar nada al exterior hasta que se hubiese conseguido algo seguro. Se tenían experiencias bastante negativas de filtraciones de información ocurridas siempre en el exterior.

La vida en la prisión

En aquellas fechas el toque de diana era a las ocho de la mañana. Las puertas de las celdas las abría un funcionario media hora más tarde. El recuento se hacía a las nueve en el comedor, que era donde se servía el desayuno. Consistía éste en un vaso de leche condensada, coloreada con malta. Como era claramente insuficiente, los presos lo complementaban con compras de colacao y galletas en el economato. Tras el desayuno, cada cual se iba a su destino, si éste no era necesariamente a realizar en otras horas, como la limpieza de los platos o los servicios en la cocina. A partir de esa hora, y hasta las doce que tocaban otro

recuento, se podía ir a la celda a estudiar, escribir o seguir durmiendo. Si no, se podía ir a cualquiera de los dos patios entonces utilizables, el de la biblioteca y el del comedor, a pasear, charlar o jugar partidos a pelota y fútbol.

También estaba abierta la barbería y una sala de estudio habilitada para oír música, todo ello en la segunda planta. Después del recuento de las doce, se servía la comida y volvían a contar.

La comida solía ser ligera, porque el presupuesto era de unas 30 pesetas y tenía que emplearse en todas las comidas del día, además de los gastos de calefacción, ropa, etcétera. Solía consistir en un cocido y en un segundo plato, a base de hígado, chicharro o pescado congelado. El vino lo facilitaban si se compraba. Al igual que el desayuno, el resto de las comidas tenían que ser complementadas por las compras en el economato y por los grandes envíos de comida realizados por los familiares.

Para estas cuestiones, los presos de Segovia estaban organizados en una comuna única en donde se repartían todos los bienes entre todos, sin distinción de orígenes ni proporciones. En otras prisiones solían existir varias comunas diferenciadas por cuestiones políticas, que tenían criterios diferenciados en el reparto de comidas, libros y dinero. En este sentido, el caso de Segovia fue excepcional. En toda su historia, y a pesar de las grandes crisis políticas, sólo existió una comuna.

Por la tarde, el tipo de vida a realizar era el mismo, si bien había que añadirle la posibilidad de ver la televisión y de utilizar un gimnasio.

A las seis de la tarde había otro recuento, previo a la cena, que se servía una hora después. Los presos eran encerrados en sus celdas a las diez y media de la anoche, excepto los días en que estaba autorizada la película de la tele, lo que solía ocurrir unas tres veces por semana.

Las duchas permanecían abiertas todo el día, ya que se hacía ejercicio prácticamente a todas las horas del día.

Empieza el "poncho"

También en Soria los presos de ETA habían intentado la fuga en varias ocasiones. De hecho, cuando les comunicaron que iban a ser trasladados a Segovia, tuvieron que suspender un proyecto. Al llegar a esta última prisión, aparte de la idea de trabajar en el tema, llevaban todo un sistema ensayado, consistente en imaginarias, vigilancias y control de funcionarios que habría de dar excelentes resultados en Segovia.

Al llegar, comprobaron que sus compañeros estaban también sobre lo mismo. En un principio, la idea del retrete no les pareció muy viable, porque era demasiado evidente y creían que era más adecuado intentarlo desde una de las brigadillas que había sido abierta ante el aumento de presos en el penal, y estaba ocupada por miembros de la misma célula. Poco después, y tras comprobar que la idea del retrete ofrecía muchas más posibilidades y que no existía vigilancia especial, comenzaron los preparativos.

En un principio, se pensaba excavar un túnel hacia la parte de atrás de la prisión, y salir a unos 10 metros detrás del muro de una fábrica próxima.

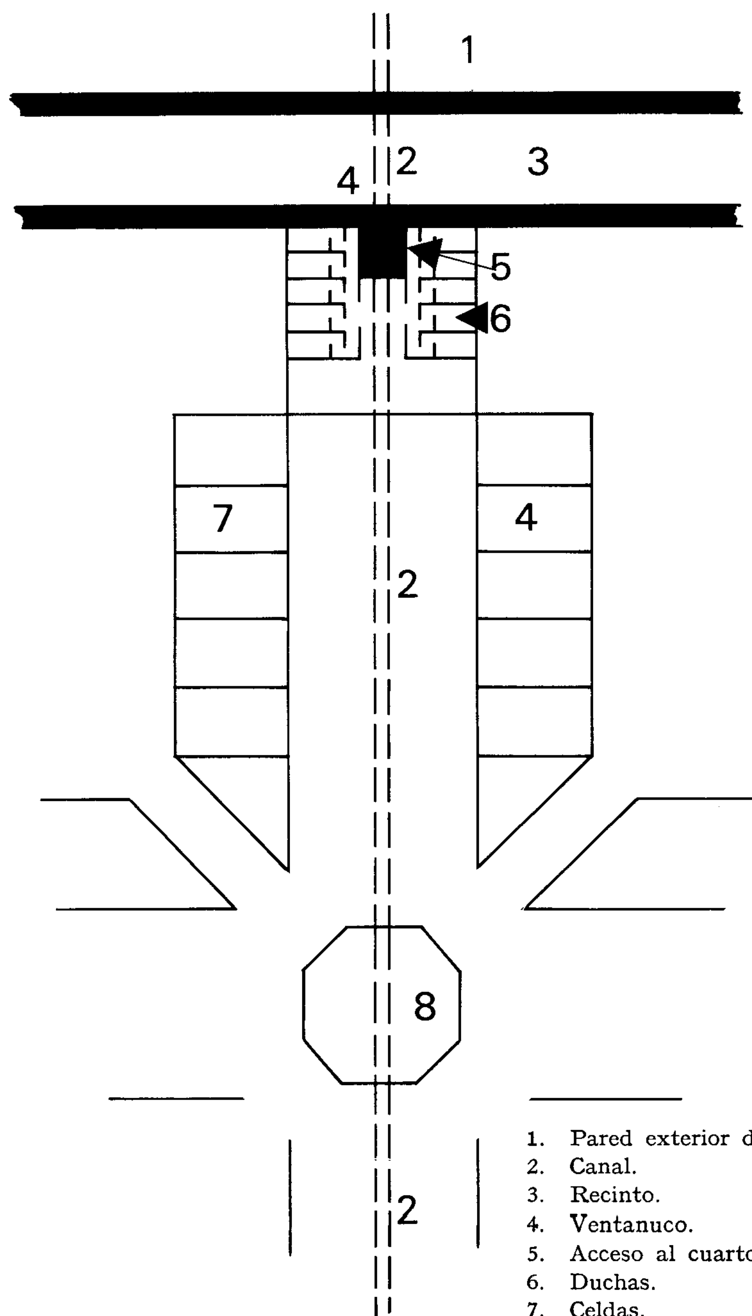
La operación fue inmediatamente bautizada, por unos y otros, como "el poncho". La razón era simple. El tema iba a salir en conversaciones que podrían ser oídas, no ya por presos desconocedores del proyecto, sino por funcionarios, dado que dentro de la prisión se hacía una vida prácticamente conjunta. Cualquier referencia tenía que parecer natural y además estar relacionada con alguna de las actividades habituales.

Desde hacía un año aproximadamente, se había instalado en una dependencia de la prisión, poco mayor que una celda, junto a la escuela, un diminuto taller de confección de lana que disponía de unos dos o tres telares.

En ellos se hacían, fundamentalmente, ponchos de lana, además de bufandas, bolsas, etc. La producción de estas prendas alcanzó gran popularidad, ya que se utilizaban para regalos a personas o entidades que ayudaban a los encarcelados. La demanda exterior por parte de familiares y allegados era también muy importante. Poncho era, pues, un término muy usado, que pasaba totalmente desapercibido en cualquier contexto, y que indicaba, de alguna manera, un trabajo.

El comité mixto nombró a un equipo que se encargó de preparar los trabajos y los diversos grupos de vigilancia y apoyo. La primera tarea era la de penetrar en el cuarto ciego. Se pensó que el momento más idóneo para trabajar era a partir de las diez de la mañana. La mayor parte de la gente no integrada en el

DETALLE DE LA SEGUNDA GALERIA



1. Pared exterior del recinto.
2. Canal.
3. Recinto.
4. Ventanuco.
5. Acceso al cuarto ciego.
6. Duchas.
7. Celdas.
8. Centro con cristalera.

En negro el retrete ciego.

proyecto se había duchado ya y, además, era la hora en la que el vigilante que tenía su puesto en la planta superior, justo encima de las duchas, se ausentaba durante un rato. Para meter ruido, era la mejor hora.

El sistema de vigilancia empleado era el siguiente: mientras varios trabajaban directamente en la tapa, los encargados de la limpieza de las duchas hacían como que estaban limpiando y se dedicaban a estar atentos a los avisos que los equipos de vigilancia de las galerías les enviaban sobre los movimientos de los funcionarios.

En la galería, uno de los del equipo de vigilancia se situaba sobre el Centro de los funcionarios, en la entrada de la barbería, y desde allí hacía señas acordadas sobre los movimientos de los funcionarios. Aunque la presencia de gente en la rotonda no era sospechosa porque, además de la barbería, estaba el taller de lana, la escuela y el acceso a la segunda planta de las galerías, se establecieron diversos turnos de vigilancia con personas también distintas.

Se construye la tapa

Al principio, los trabajos fueron muy lentos. Una vez escogida la pared a horadar, hubo que calcular con cuidado el punto exacto de penetración, porque el cuarto ciego tenía en la parte superior de la pared que daba al recinto del muro exterior un ventanuco enrejado, provisto de una contraventana de cristal que,

aunque no permitía la introducción de ninguna cabeza desde la parte controlada por la policía armada, sí dejaba cierto margen para echar un vistazo. La pequeña zona del muro lateral derecho —o izquierdo— que estaba en la parte inferior, junto a la pared, eran las únicas zonas donde se podía hacer el boquete sin riesgos.

Se calculó que el espacio que dejaban seis baldosas levantadas era suficiente para el paso de una persona. Este hueco estaba a 15 centímetros de la pared y del suelo, es decir, el margen que dejaba una fila de baldosas que se respetaría.

La tapa inicial estaba compuesta por otras seis baldosas requisadas de las obras que se estaban haciendo en el resto de la cárcel, adosadas a una plancha de madera, conseguida a su vez del soporte que los espejos de la prisión tenían para proteger la capa de azogue. Las que estaban colocadas en la pared de la ducha fueron prácticamente imposibles de utilizar, porque estaban adheridas al cemento y se cuarteaban al ser arrancadas. Una vez sacadas las baldosas iniciales, se procedió a la colocación de la falsa tapa provisional. Se trataba ahora de picar el cemento y unos ladrillos rojos macizos que formaban la pared.

El 12 de febrero se resquebraja

En el exterior, las organizaciones afectadas no estaban al tanto de las actividades de sus militantes encarcelados. Las únicas relaciones que existían eran

las puramente políticas e informativas sobre los acontecimientos exteriores. La dinámica que estaba tomando la vida política en la calle sustrajo también, de alguna manera, la atención de la mayoría de los presos no implicados directamente en el poncho.

La organización político-militar estaba en plena ofensiva contra el régimen de Arias, que se encontraba entre dos salidas que el problema de la violencia le planteaba: o democratizaba de verdad, lo cual suponía un sinsentido para las fuerzas que le apoyaban, o sacaba a relucir la eficacia de una policía todopoderosa que, con cada victoria policial, acarreaba una derrota política para quienes querían convencer al mundo y a los pueblos del Estado español de que el espíritu del 12 de febrero era de la más genuina estirpe democrática.

Arias, fiel a su base social, se decidió por la represión, y poco después de las muertes de Morán y Díaz Linares en Algorta y San Sebastián, y la detención de "Goiherri" y la muerte de Gardoki, se decretó el estado de excepción para Guipúzcoa y Vizcaya.

Al mismo tiempo que se producían numerosas caídas de militantes de esta rama de ETA, los milis iniciaban su campaña contra los cuerpos represivos y colaboradores y, a su vez, los cuerpos para-policiales lanzaban varias oleadas de atentados contra personas relacionadas de una u otra manera con actividades democráticas y de la oposición, centrándose preferentemente en las de ideología o parentesco cercano a las dos organizaciones armadas.

Las noticias que traían los familiares contrastaban con la tranquilidad y buen trato interior.

A otro nivel, Arias preparaba un escarmiento típicamente franquista para la oposición: el consejo de guerra contra Garmendia y Otaegui, acusados de participar en la ejecución del cabo de la brigadilla de información, Gregorio Posadas Zurrón, se anunciaba para el verano. El nombre de Eva Forest también sonaba entre las personas a las que les sería pedida la pena de muerte. Empezaba abril del 75.

Cuanto más ruido, mejor

Los trabajos iban muy lentos. Además de las infinitas precauciones que se tomaban para que pasase inadvertido, el posicionamiento de la gente ante la escisión de ETA había traído consigo infinidad de reuniones y la lenta elaboración de escritos teóricos.

El principal retraso vino al intentar taladrar la pared de cemento y ladrillo macizo, sin hacer ruido. En un primer momento, se intentó que se llevara a cabo todo el trabajo de manera absolutamente silenciosa, por lo que se intentó quitar la capa de cemento con varios destornilladores.

El cemento se comía los destornilladores y lo único que avanzaban eran unos grandes callos en las manos de los que trabajaban. Después de cerca de un mes así, a mediados de abril los del equipo se decidieron por hacerlo de la manera más expeditiva posible: a golpes.

Además de los grupos de vigilancia se tuvieron que crear entonces otros destinados a hacer ruido en

momentos determinados. Había varios recursos, pero el que mejor resultado dio fue el de la leñera.

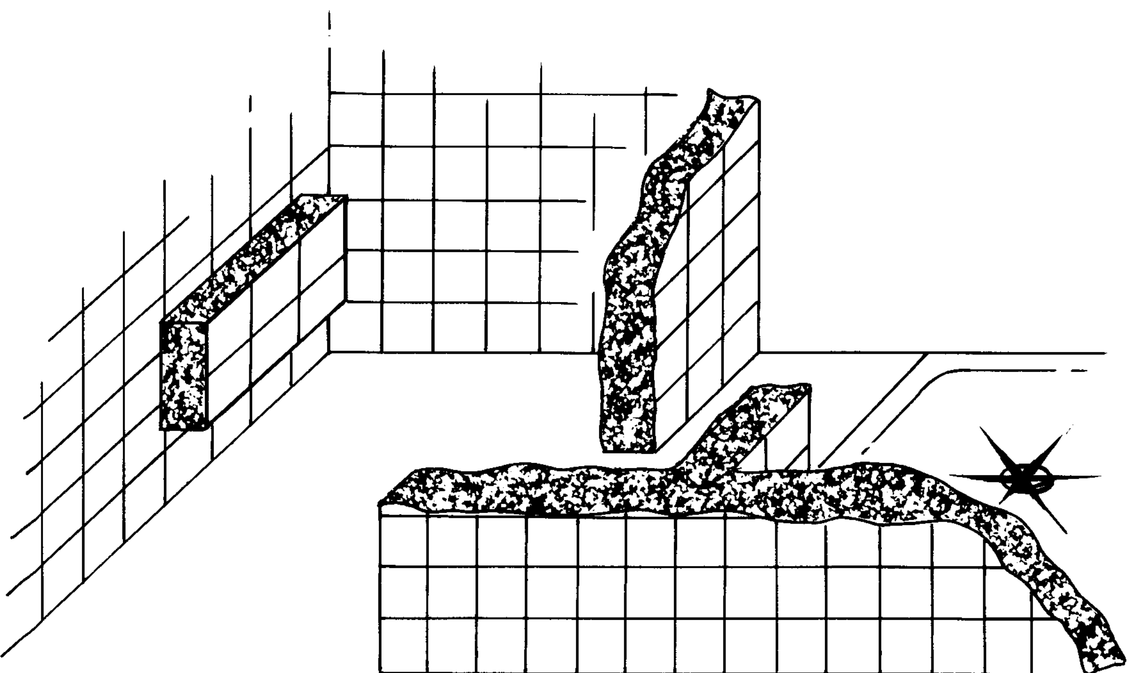
La leñera estaba en el patio de la cocina, junto a los fogones. La pared y el suelo de las duchas y leñera eran, además, colindantes. A partir de entonces, varios voluntarios entraban en ella todas las mañanas y se dedicaban a partir troncos y a hacer astillas. Utilizaban, aparte de un hacha, unas cuñas de hierro y un martillo que facilitaban los funcionarios de una celda de herramientas, estrechamente vigilada, con gran control de su movimiento, y siempre bajo llave. Para meter más ruido, se buscaba un buen nudo de roble, se introducía la cuña, y a continuación se le sacudía con la porra contra el suelo. El efecto conseguido era que todos los tabiques y suelos próximos vibrasen y retumbasen. Hecho esto de manera coordinada, los de las duchas podían trabajar tranquilos durante unos instantes. De esta manera, el funcionario que se encontraba vigilando la sala de música y accesos al gimnasio no se inmutaba ante lo que creía ser trabajos de la leñera. Los del equipo, para más seguridad, forraban con trapos el extremo de un hierro utilizado como punzón, para que los golpes que se hacían no sonasen muy próximos ni a metálico. En esta fase de la operación, nunca se trabajaba más de una hora, y los ruidos se hacían en muy breve espacio de tiempo. Varios golpes fuertes, y hasta el día siguiente.

Una tapa de 40 kilos

Para primeros de mayo, el agujero y la tapa definitiva estaban ya casi terminados. Para evitar que en los cacheos sonara a hueco, o diera un sonido distinto al de las baldosas de al lado, se construyó, añadiendo a la plancha de madera y baldosas, los mismos ladrillos arrancados a la pared, sujetos también con cemento rápido. Para que encajasen de manera perfecta en su interior, se hicieron unos carriles entre la tapa y el tabique. Los carriles se hicieron con astillas forradas de chapa de membrillo. Todos los días se engrasaban con aceite y la tapa, que pesaba cerca de 40 kilos, se deslizaba silenciosa, ajustando a la perfección, tanto en el interior como en el exterior, desde donde no se apreciaba absolutamente nada extraño. La tapa estaba tan exactamente encajada que solamente colocando dos ventosas en dos puntos determinados de los seis azulejos se podía sacar. Cara a los cacheos, no había ningún peligro. Sonaba igual que el resto de la pared. El trabajo de excavación iba a comenzar.

Otros problemas

Los nuevos problemas empezaron nada más entrar. Levantaron el antiguo retrete y aprovecharon el hueco del canal de desagüe como guía. Se tuvo que seguir haciendo ruido en la leñera, porque la capa de cemento que había bajo las baldosas del suelo era también bastante dura y tenía unos 10 centímetros de



DETALLE DE LA PRIMERA TAPA A MEDIO INTRODUCIR

grosor. El problema de los ruidos se superó de la misma manera que cuando se hizo la tapa.

El hecho de trabajar dentro hizo que se tuvieran que cambiar los sistemas anteriores de alarma y control por otros nuevos más adecuados.

Para la entrada del equipo al cuarto ciego, se organizaban turnos de gente que, a una hora exacta, tenía que presentarse en la ducha y ocupar el ala derecha en su totalidad, así como parte de la izquierda. De esta manera, uno sacaba la tapa, los del equipo entraban, y tras dejarlos encerrados, la gente se duchaba. Para vigilar y dar avisos, había otros turnos de gente que pasaba un mínimo de veinte minutos en la ducha, de tal manera que siempre había alguien para dar entradas o salidas. Las horas de salida eran las que más cantidad de gente necesitaban, para que los funcionarios que vigilaban desde el Centro, situado a unos 40 metros de las duchas, no notasen que de pronto salía más gente que la que había ido a ducharse.

Normalizar la vida

A otro nivel, se adoptaron nuevas medidas no menos importantes. El hecho de que se pudiera trabajar desde el cuarto ciego con seguridad indicaba que la posibilidad de una fuga era cada vez más real, aunque todavía no se supiera quiénes ni cuántos se beneficiarían de la misma, ya que esto había que negociarlo con los de la Liga. Ante esto, y la posibilidad de que hubiera filtraciones del exterior, o que simplemente a

la gente se le notase, aun sin darse cuenta, que las cosas iban muy bien, se recomendó no sólo absoluto silencio sobre el poncho, sino que además, en las cartas, que censuraban los funcionarios, se indicó que se añadieran toques de especial pesimismo, y comentarios sobre la esperanza de que fuera realizaran algún secuestro importante, a cambio de la libertad de presos políticos. Se prohibió, asimismo, a medida que pasaba el tiempo, el enviar nada a casa, ni dinero, ni retratos, o regalos valiosos. De haber un envío generalizado, los funcionarios podían sospechar que los presos se traían algo entre manos. También se recomendó que se siguieran pidiendo cosas a las familias. Todo tenía que seguir como hasta entonces. De hecho, varios presos ultimaron los papeles de sus bodas y varios más pidieron permisos a la dirección para poder ser visitados por nuevas amigas.

Aparentemente, la vida de la prisión era de lo más rutinaria. Los presos seguían tomando el sol por las mañanas, y por las tardes, como de costumbre, se jugaba el partido de fútbol en el patio de la biblioteca. En Segovia, había una gran actividad intelectual. Por una parte, era considerable el número de encarcelados que cursaban estudios universitarios y se examinaban ante el maestro y director de la prisión, como tribunal delegado. Las carreras más frecuentes eran las de sociología, derecho y económicas, aunque había quienes estudiaban ciencias exactas, peritaje agrícola o realizaban cursillo de euskara. En aquella primavera, trece presos de Segovia sacaron el título de profesores de euskara, tras un cursillo organizado por ellos mismos. Entre ellos, varios que habían aprendido a hablarlo y utilizarlo en la cárcel.

La disciplina interna de los partidos se mantenía, prácticamente, en casi todos, y de manera especial en los que contaban con muchos presos. La actividad política se centraba en la organización de cursillos de formación y estudio, en la discusión de diversas ponencias y escritos elaborados para el exterior, y en la redacción prácticamente ininterrumpida de panfletos y comunicados junto con otras fuerzas políticas, acerca de sucesos ocurridos en la calle. Esta prisión contaba con una biblioteca, propiedad de los reclusos y montada por ellos, de más de 6.000 volúmenes y abarcaba todo tipo de temas: novela, sociología, economía, historia, filosofía, teoría política, etc. La biblioteca de euskara contaba con unos 300 volúmenes y se coleccionaban todas las publicaciones existentes en los últimos años editadas íntegramente en lengua vasca, como Zeruko Argia, Anaitasuna y Elhuyar.

El mantenimiento de la estructura organizada y militante con todas sus implicaciones y consecuencias posibilitó, en gran medida, que el poncho fuese adelante. Las órdenes referentes a turnos de vigilancia, de ruido o despiste, eran cumplidas a rajatabla y sin petición de explicaciones por los militantes de las organizaciones que trabajaban con la fuga. Lo cierto era que se había conseguido acceder al cuarto ciego sin que nadie más se enterara.

El equipo técnico tenía miedo de que, a medida que se profundizara en la tierra, apareciera el terreno rocoso que se veía desde las ventanas de la prisión. El problema era encontrar roca antes de haber profundizado 2 metros por lo menos, margen que se consideraba

suficiente como para pasar por debajo de los muros del recinto.

El trabajo con tierra duró una semana escasa, porque rápidamente toparon con una inmensa piedra lisa. Despejada la tierra que la cubría, comprobaron que era una losa de piedra con una anchura de metro y medio y una longitud que no pudieron especificar, porque había que ensanchar mucho el agujero.

Se empezaron entonces las maniobras para retirarla y tratar de proseguir, aunque los dos o tres que normalmente trabajaban estaban muy pesimistas. Se inició la formación de una bolsa o campana para poder desplazarla. A medida que se avanzaba, un sonido de agua corriente se iba haciendo cada vez más nítido. Cuanta más tierra retiraban, menos dudas había.

El otro acueducto

En un primer momento, se pensó que pudiera ser el agua de las duchas que pasaba por alguna cañería, pero el sonido era continuo, así que se desechó que el agua proviniera de allí. Se comprobó en días sucesivos que el ruido se seguía oyendo aunque no se estuviera duchando nadie. La teoría de que pudiera ser el agua utilizada en la cocina se tuvo que desechar también, porque las pruebas que se hicieron abriendo y cerrando los grifos dieron resultado negativo.

Sólo podía ser una corriente de agua subterránea. Alguno de los que trabajaban allí no acababa de creérselo y decía que tenía que tratarse de una ilusión acústica. Pero cuando "Traktora" consiguió levantar

una cuña de piedra de unos 5 kilos que había entre losa y losa y metió la cabeza, se quedó como alucinado. Cuando los ojos se acostumbraron a la oscuridad, se encontró con un canal construido que, visto desde arriba, le pareció mucho más grande que lo que era. Aquel descubrimiento cambió todos los planteamientos de trabajo, porque ya no había problemas de almacenamiento de la tierra que se iba acumulando, ni problemas con su traslado a través de toda la prisión para ir a echarla al lavadero. Todo el montaje que estaba preparado para funcionar, se paró. El objetivo inmediato era retirar la losa. Fue el problema más serio. "Traktora" y "Txutxo" habían conseguido desplazarla un poco y trataban de moverla desde dentro del canal, después de haberse introducido en él por un espacio muy estrecho. Al hacer fuerza con la espalda desde abajo, la losa se deslizó y estuvo a punto de dejarlos atrapados en el interior del canal.

Las exploraciones

Solucionada la dificultad del acceso al canal, se procedió a su exploración. Eran finales de mayo, primeros de junio. El problema de la luz se solucionó con unas linternas caseras que construyó "Gaztelu", electricista de profesión y muy hábil para estas cosas. Existían pilas de las que se usaban en los tocadiscos autorizados para estudiar idiomas. Unas diminutas bombillas se introdujeron desde la calle, igual que las ventosas que se utilizaban para abrir la tapa, en una cazuela de chipirones rellenos. Los cables eran de

restos de instalaciones de las celdas. Había dos tipos de linterna, unas construidas con cajas de madera de puros y otras, más convencionales, a base de tubos de vitaminas o soportes de plástico de rollos de papel higiénico.

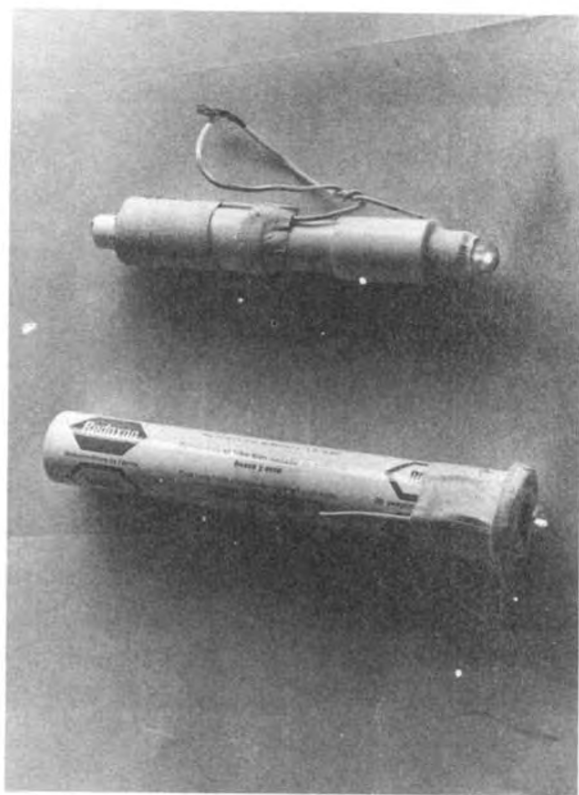
La extraordinaria humedad del cuarto ciego y del canal y el hecho de que se tuvieran que dejar allí en todo momento por ser el lugar más seguro, hacía que las pilas se descargaran rápidamente, por lo que no siempre se contaba con la luz necesaria.

La exploración hacia arriba del canal, es decir, hacia donde se pensaba salir en un principio, dio como resultado un estrechamiento paulatino del mismo. Esta estrechez impedía casi moverse y avanzar a causa de la baja altura que iba adquiriendo y que terminaba en unas rejas que cerraban el paso a la altura del muro del recinto.

La segunda exploración dio muy buenos resultados. Se llegó hasta debajo de la garita de los funcionarios, el Centro de la prisión. Los exploradores comprobaron que, cada pocos metros, había un respiradero cegado y, concretamente, debajo del Centro, otro mucho más grande y cerrado por una piedra de granito. Todo ello con señales evidentes de no haber sido utilizado nunca. Estaba todo lleno de telarañas. En los planos iniciales deberían de existir estos lugares marcados, que servirían para levantar algunas baldosas del suelo de la prisión y bajar al canal para cualquier obra de desatasque, pero el paso de los años y el hecho de que en el suelo de la prisión no existiera una señal o boca que lo indicara, hacían de aquel lugar algo totalmente desconocido, tanto para



Manuel Gaztelumendi, «Gaztelu». El electricista.



Linternas de fabricación casera como las utilizadas en Segovia para los trabajos en los túneles. La primera está hecha con el rodillo de los soportes del papel higiénico. La segunda con un tubo de vitaminas.

los funcionarios como para los cientos de presos y presas que habían pasado años maquinando planes de fuga e intentando buscar rendijas en algún sitio. En cualquier caso, un canal construido con losas y con esa extructura –0,90 metros de altura y 0,60 de anchura– tenía que ser muy antiguo.

El agua corría fluida y de manera ininterrumpida y alcanzaba una altura de unos 10 centímetros. Normalmente era limpia, aunque en ocasiones tenía mucho petróleo.

La siguiente exploración superó los primeros 40 metros del centro y dio, a otros tantos, con más rejas, también a la altura del recinto, pero esta vez sin que el túnel se estrechara. Las rejas estaban completamente oxidadas y colocadas a una distancia entre sí de unos 5 metros. Al fondo se veía un pequeño rayo de luz natural, que fue imposible examinar por estar en medio los barrotes.

Se informa a la calle

Llegado este momento, las dos organizaciones se replantearon varias cosas. Una de ellas la del número que podría beneficiarse con la fuga, porque la fluidez que presentaba este canal para una salida era infinitamente superior a la que podía permitir un túnel de tierra por el que había que arrastrarse y que, evidentemente, tenía que acabar más cerca de la prisión que lo que, en principio, parecía indicar el canal explorado. Se decidió también que era el momento de avisar a las organizaciones en el exterior para que empezaran a preparar el apoyo y la infraestructura necesarias.

Los contactos con la organización se hacían de diversas maneras. Para la información de carácter político existía un aparato especializado, dentro de ETA, que era denominado "oficina de makos" —en caló, mako quiere decir cárcel— que se encargaba de preparar los envíos de materiales que se pedían y en la forma en que se indicaba. Cada cárcel tenía sus propios métodos que dependían de los turnos de funcionarios, de los métodos que hubieran caído anteriormente, e incluso del momento político, que hacía más o menos rigurosos los registros. El método que más éxito había tenido en Segovia era el de unos frigoríficos portátiles que tenían un doble fondo atornillable en el que se podían introducir incluso libros enteros. Se utilizaban también cajas trucadas, cazuelas con doble fondo, forros de ropa y otros mil trucos que se iban improvisando a medida que caían los otros. En numerosas ocasiones, solían ser los abogados los que en sus visitas introducían los papeles. La propaganda que entraba, una vez leída por todos, se seleccionaba y se guardaba en carpetas camufladas o en escondrijos habilitados en las celdas o en otros departamentos. En algunas ocasiones, los libros se encuadernaban en el interior de la prisión y se les colocaban las tapas de algún libro a ser posible nada llamativo.

Para los casos de seguridad, se utilizaban tintas simpáticas, que no podían ser detectadas por medios convencionales a no ser que se echara a perder el libro o papel en que iba escrito.

Este último método fue el utilizado para la información de la fuga. No se utilizó el conducto normal de la oficina de makos, para llegar de manera directa has-

ta la dirección. Cuanto menos gente supiera lo que se estaba haciendo, mejor. La información de la fuga debió causar un gran impacto en la dirección de ETA p-m. El aparato legal del interior estaba seriamente dañado por las grandes caídas del estado de excepción y la caída o exilio de muchos cuadros estaban afectando a la marcha de la organización. El aparato militar de los comandos especiales estaba, sin embargo, intacto, y se mantenía a la expectativa de los acontecimientos políticos.

ETA en Madrid

El informe, que no detallaba gran cosa, por otra parte, pasó inmediatamente a manos de "Wilson", que era en aquella época el responsable de los comandos.

Tras las caídas de infraestructura legal en Euskadi, y vista la necesidad de seguir enfrentando al aparato represivo del Estado con los sectores liberalizantes del régimen a base de acciones armadas de gran calibre, la dirección de esta rama de ETA decidió llevar la lucha armada al resto del Estado. "Txaho" y "Abulio" se fueron a Galicia a colaborar con la UPG. "Wilson", "Txiki", "Papi" y varios más a Barcelona. "Txepe" a Madrid.

"Wilson", que estaba muy ocupado en Barcelona porque eran muchos los comandos que se movían en aquella zona, decidió enviar a "Papi" como "komandoburu" —responsable— de la operación.

Por aquel entonces, el aparato militar de los político-militares estaba compuesto por comandos estables,

distribuidos por zonas y compartimentados al máximo, tratando de que los conocimientos de cada cual no pasaran del ámbito de movimiento de su propio comando. Estaban permanentemente en el interior y solamente en casos de verdadero apuro iban a Euskadi-Norte.

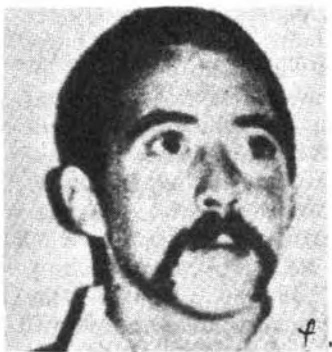
Casi hasta la calle

Dentro de la prisión de Segovia, mientras tanto, el equipo técnico seguía explorando y, al poco, "Txutxo" y "Traktora", al examinar el estado de los barrotes e informar al exterior de lo que tendrían que cortar desde fuera para facilitar la salida, comprobaron con gran sorpresa que la base de los barrotes no llegaba hasta el suelo, para que los restos que pudiera transportar el agua no se atascasen. Tras apartar alguna de las piedras sueltas del lecho del canal y metiendo la cabeza en el agua, una vez tumbados de espaldas, observaron que se podía pasar. Los barrotes rozaban un poco en el pecho, pero se pasaba.

Una vez superadas las dos verjas, que quedaban así intactas para cualquier cacheo por parte de la policía armada que custodiaba la cárcel desde el exterior, llegaron a la carretera que pasaba delante del penal. Para soportar el paso de los coches, el canal se ensanchaba de manera considerable, al tiempo que su altura quedaba reducida al mínimo durante un tramo de unos 20 metros. Este trecho había que hacerlo arrastras. Aquello era ya la calle. Finalizaba junio.










Algunas de las fotos que los posteriormente fugados se sacaron en Segovia para las documentaciones falsas las facilitó la policía a la prensa con motivo de la segunda. Aún guardará en su poder las del interior del túnel. Las del interior no eran de muy buena calidad. De izquierda a derecha: Amigo Quincoces, Izaguirre Izaguirre, Orbeta Berriatúa, Zabalo Bilbao, Aurteneche Marco, Garitaonaindía Garnacho, Isasa Imaz, Gesalaga Larreta.

Atravesaron la carretera, tras comprobar que la tapa que filtraba el rayo de luz daba al cuerpo de guardia, pero presentaba las mismas señales de abandono que las otras. Un poco más adelante, el cauce volvía a su tamaño natural y a 140 metros del inicio del túnel, éste alcanzaba una altura de más de metro y medio. En esta zona, el canal era de construcción más moderna y ovalado. Hubo que superar, sin embargo, una nueva contrariedad. Esta parte del canal desaparecía de pronto en algo que parecía una cascada sin fondo. La escasez de luz, y el ruido de la corriente de agua en un sitio tan reducido, daba, efectivamente, la impresión de que la caída era verdaderamente importante.

El director inspecciona

Como la hora se echaba encima, decidieron volver atrás y hacer una investigación con más calma al día siguiente. Sin embargo, cuando estaban quitándose las ropas de trabajo, notaron pasos que les eran familiares, aunque no amigos.

En la cárcel nadie utilizaba zapatos con suela de material, excepto los funcionarios. Desde dentro, oían nítidamente que varias personas andaban entrando y saliendo de las duchas como si estuvieran inspeccionando con cierto detenimiento las instalaciones.

Se quedaron casi sin respirar, evitando el más mínimo ruido. Al poco, oyeron que la puerta de las duchas

se cerraba. El silencio posterior les indicó que estaban solos, encerrados en el cuarto ciego y en las duchas.

Fuera, los encargados de la vigilancia habían visto al director de la prisión y al administrador que se dirigían a las duchas, aunque no le dieron especial importancia, porque el trabajo ahora se hacía dentro del canal y porque aquella visita tenía carácter rutinario.

En efecto, el director del penal había decidido ir a comprobar que los nuevos calderines instalados en las duchas, con capacidad suficiente para el número de presos que había entonces en Segovia, habían quedado bien. Una vez acabada la visita, el funcionario de guardia, con un reflejo también de pura rutina, cerró la puerta con llave.

El encargado de la vigilancia mandó inmediatamente a varios a dar vueltas al patio, hasta romper a sudar. La hora del recuento se acercaba y una vez tocado el timbre iba a ser imposible que abrieran de nuevo las duchas.

Sudorosos, los corredores se presentaron en el centro pidiendo que les abrieran las duchas, a una hora en que normalmente solían estar abiertas. El funcionario les dijo que eran las doce y que tenía que tocar recuento. Pero ante la insistencia de los presos y la evidencia de que estaban chorreando sudor, accedió a abrirlas, no sin advertirles que se dieran prisa. El recuento salió perfecto.

Posteriores exploraciones dieron aún mejores resultados. Una minuciosa observación de la cascada descu-

brió que unos hierros comidos por la humedad descendían. Estaban en muy mal estado pero, apoyándose en la parte más cercana a la pared no era peligroso. Se comprobó que aquella cascada no llegaba a los dos metros. Un poco más adelante se encontraron con otro conducto, esta vez lo suficientemente espacioso como para que pudiera pasar, de tener buen firme, una furgoneta mediana. Por un lado se dirigía hacia el centro de la ciudad. Por el otro hacia las afueras. El cruce de canales estaba a unos 200 metros de la cárcel. La salida a la calle no la encontraron hasta unos 600 metros más adelante.

Una vuelta por la calle

La alcantarilla terminaba en las afueras, en una vaguada verde por la que descendía el riachuelo Clamores. "Traktora" y "Txutxo" salieron a rastras "como los indios", según contarían más tarde, temerosos de que alguien les viera, emocionados de estar en libertad. En una extraña libertad provisional. Justo encima, había una fábrica de leche, y unas chozas de pastores y, un poco más abajo, una gasolinera. La carretera pasaba también cerca. Era la hora de la siesta, hacia las tres y media de la tarde. Desde hacía unos días, se trabajaba también por las tardes, e incluso algunas noches. Nada invitaba a volver al túnel desde aquella campa verde, llena de luz. En el camino de vuelta, decidieron que la información no pasara del equipo que trabajaba directamente y de la

comisión mixta de las dos organizaciones. Se reintegraron a la cárcel como si nada. El primero tenía 50 años de condena y el segundo 15.

La segunda información con todos los detalles se adelantó rápidamente. Sólo quedaba ajustar las salidas y tiempos de los presos que iban a salir y especificar el número exacto que, se había decidido, sería del orden de unos 50. "Txaflis" preparó rápidamente el texto en las páginas de un libro de lujosa presencia, de esos que tienen muchas láminas en blanco, y se lo entregó al maestro censor de la prisión, para que, una vez dado de baja en las fichas de la cárcel y comprobado que no llevaba nada escrito entre líneas, lo dejara a disposición de las familias. Nada más llegar la visita, les sería entregado. En el mensaje puso un plano y la fecha de una cita en el extremo de la alcantarilla, y una lista con algunos materiales que se necesitaban. Avanzaba el mes de julio.

Fuera, casi todo listo

"Txepe", el fotógrafo, natural de Madrid y con años de vida en Alemania, llevaba ya algún tiempo preparando infraestructura para iniciar una serie de acciones en la capital, cuando llegó "Papi".

El "Papi" se había trasladado de Barcelona ante las informaciones que los reclusos habían sacado. En Barcelona, poco antes de venir, tuvo un percance que pudo resultar grave. Estando en un bar se le tiraron una porrada de tíos encima. Escapó de mala manera,

molido a golpes. Al alejarse del bar, tras haberse desembarazado de los atacantes, oyó las sirenas del 091.

Desde fuera les fue difícil encontrar la salida del túnel, porque el plano hecho adentro no era excesivamente riguroso. Mientras trataban de encontrarla, y a la par que iniciaban las gestiones para conseguir los coches necesarios para la fuga, fueron llegando algunos de los componentes del comando. En una cita en un bar de la avenida de América, se juntaron "Txepe", "Papi" y "Gorka". Este último les facilitó unas casas para dormir. "Txepe" y "Gorka" se marcharon a buscar pasos fronterizos en la muga portuguesa. Se dividieron y, tanto uno como otro, aportaron datos sobre las facilidades de paso que había en la parte escogida, la de la provincia de Zamora. Los troskos, por su parte, tenían pensado hacer el paso por Salamanca. Esta división en dos se pensó para que, en caso de incidentes con la guardia civil o policía armada, no estuviera toda la suerte echada para todos.

La cita estaba prevista para el día 26 de julio. El representante de los troskos junto al de los polimilis se introdujo en el canal a las cinco de la mañana. Los presos tenían que salir por la tarde. Al pedido, que iba en la nota escrita con tinta simpática, se le añadieron varias cosas más. Los presos contactaban también ahora, de manera directa, por medio de familiares.

En bolsas llevaban dos pistolas, una metralleta Stin, cerca de 50.000 pesetas, algunas sierras y limas, linternas, dos walkies para conectar a última hora y una máquina de fotografiar con varios carretes.

Todo se introdujo, sin mayores problemas, excepto la metralleta, que se quedó fuera porque, para transportarla por el interior del túnel, especialmente en algunos tramos, presentaba algunas dificultades. La siguiente cita estaba establecida para el día 5 de agosto, el día de la salida. Para antes, se había acordado que las fotos se dejarían a la salida, en un lugar indicado, y el trosko las recogería sin necesidad ya de contactos personales.

Ultimos preparativos

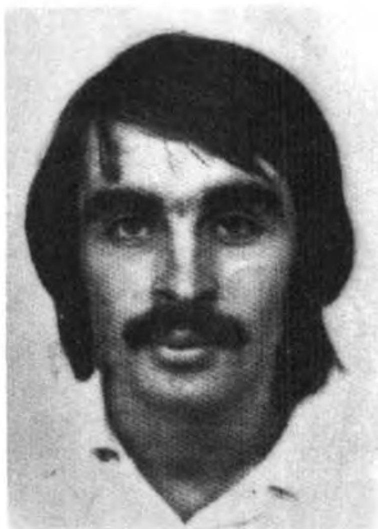
Al día siguiente, 27 de julio de 1975, los 52 seleccionados para salir —la totalidad de las condenas serias del penal— pasaron por la brigadilla de los polimilis en pequeños grupos para sacarse las fotos de los carnets y pasaportes falsos. Los papeles habían llegado ya y eran producto de una requisa efectuada en Galicia junto a la UPG. Una vez sacadas las fotos se hizo un amplio reportaje gráfico en el interior del túnel, sobre las formas de entrar en el cuarto ciego, en el canal, en las rejas, etc. Se emplearía luego en la propaganda.

En esa semana se había dado la orden a todos los que iban a salir de que, después de comer, en vez de dirigirse al patio o a ver la tele, se encerraran en sus celdas para causar el mismo efecto que si no hubiese nadie.

Desde las tres de la tarde, cada tres días, en la guardia de "el Zapata", los funcionarios abandonaban el



Félix Eguía, «Papi». Responsable del comando de la primera fuga.



J. Mugika, muerto por la policía en Madrid. Pertenecía al primer comando de Segovia.



«Txutxo» Abrisketa, fue de los que salió a la calle en la primera fuga.



Miguel Lejarza «Gorka», «El Lobo». Responsable del fracaso de la primera fuga.

Centro y se encerraban en un cuartucho que tenían para comer, jugar a las cartas y pasar el rato hasta prácticamente la hora del recuento. Durante aquellas pruebas, se comprobó también que la falta de tantos presos de la circulación dentro de la cárcel no producía ningún efecto entre los funcionarios. Habían comprobado en alguna ocasión que los presos echaban la siesta. Eran como ensayos generales para el día de la salida. El día cinco la prisión ofrecía el mismo panorama.

El recuento se solía tocar a las seis. Las entradas se había calculado que empezarían hacia las tres de la tarde. Evidentemente, éstas no podrían hacerse en tropel. Para evitar aglomeraciones, se planificó la entrada de los reclusos en pequeños grupos que se irían produciendo en las celdas de la segunda galería, pegada a las duchas. De allí los mismos grupos se acercarían y agruparían en las cabinas de cada ducha. Teniendo en cuenta que la entrada al canal era dificultosa, porque la losa no había podido ser apartada del todo y era preciso hacer una rara y difícil maniobra, todos los que pensaban evadirse pasaron a hacer prácticas en el interior del cuarto ciego y en el primer tramo del canal, esto es, hasta las verjas del recinto. Con ello, la gente se habituaba a moverse con tranquilidad en un medio totalmente desconocido y se ganaba un tiempo muy valioso. Todo el mundo mejoró sus tiempos desde que entró por primera vez, en por lo menos una media de un minuto lo que, multiplicado por 52, hacía que el riesgo que suponía introducir a tanta gente por turnos en el canal fuese una garantía de seguridad en cuanto a márgenes de tiempo.

El trayecto total se hacía en unos 17 minutos y la salida de todos estaba calculada en una hora y cuarto, aproximadamente. Para algo más de las cuatro, toda la gente tenía que estar vestida, en el exterior y montando en los coches rumbo a Portugal. Hasta la hora del recuento, había dos horas de margen. La frontera estaba a unos 200 kilómetros de carretera sin curvas. Los chóferes habían cronometrado el trayecto en poco más de dos horas. Un margen justo en el caso de que reaccionaran inmediatamente. Y eso no era muy probable.

Teniendo también en cuenta que el recorrido de casi un kilómetro había que hacerlo arrastras, agachado en cuclillas, se recomendó a la gente que hiciera fuerte gimnasia para estar en forma.

Cursillo de armas

''Txutxo'' convocó a los que no sabían manejar armas para enseñarles su uso. Para ello se utilizarían las dos pistolas introducidas. En realidad, muy poca gente desconocía cómo funcionaba una pistola. Pero recordarlo –pensaron– no vendría mal.

Los grupos se habían formado de acuerdo a unas listas elaboradas por cada célula en base a criterios políticos y de condena. Se trató por otra parte, de que los grupos estuvieran equilibrados en su capacidad, alguien que supiera bien de armas, otro buen chófer, etcétera. A los independientes o gente que no era de



Metralletas «Stein» capturadas a los evadidos y al comando. Tenían el culatín recortado y sustituido por otro más manejable y de fabricación casera. A la izquierda un saco de municiones y una linterna de fabricación casera. (Europa Press.)

ninguna de las dos organizaciones que controlaban los trabajos se les distribuyó también, de uno en uno, en estos grupos.

Otro de los detalles ultimados era el de la ropa. El agua del túnel solía estar a menudo manchada con petróleo que echaba una fábrica vecina. Además, algunos tramos había que hacerlos a rastras, casi sumergidos, y el resto con agua de alcantarilla por lo menos hasta la rodilla, especialmente en el tramo final. En esas condiciones no se podía salir a la calle. Se indicó a todos los que iban a salir que tuvieran preparada en una bolsa de plástico ropa de verano, lo más fina posible, además de algún calzado. Cada cual la debería llevar consigo en el momento de la salida, cambiarse al final del túnel y salir limpio hasta los coches que conducirían a los equipos hacia Portugal.

Para hacer el recorrido del túnel, cada grupo tendría dos linternas, esto es, dos para cada cinco fugados.

Sólo faltaba esperar el día de la cita en la calle. De fallar ése, había que esperar otros tres días más. Quedaba aún otra guardia para realizar el último ensayo general.

Cae el comando de Madrid

El miércoles día 30, por la mañana, el comando de "Papi", que estaba ya completo, se fue a comprar una plastificadora. Haciendo los carnets falsos en el mismo Madrid el comando ahorraba una enorme

cantidad de dinero. "Txepe" la había encargado por teléfono. Estaba a nombre de un industrial de Gijón. Antes de ir, llamaron por teléfono a la tienda, diciendo que la tuvieran preparada para una hora después. Los componentes del comando tenían ciertas reservas acerca de la tienda y mientras "Txepe" entraba a realizar la compra, el resto, cinco más, rodearon la zona por si había problemas. El "Txepe" tardó mucho en salir. Estuvo casi una hora y los de fuera estaban verdaderamente nerviosos. En una bocacalle "Papi" y los demás esperaron a "Txepe". "Txepe" llegó con su mini y sacaron de allí la máquina plastificadora, para devolver el mini alquilado a la agencia. No estaban seguros de si estaba controlado o no. El otro coche era recién comprado y no ofrecía dudas en cuanto a seguridad.

Ante los indicios de que la policía les acechaba, los miembros del comando decidieron asimismo trasladar parte de las armas que se habían enviado desde Euskadi para la fuga a un lugar más seguro. "Gorka" les había dicho que conocía ese lugar. Iban cuatro en el coche: "Gorka", "Txepe", "Josu" y "Papi". Los otros dos, "Gaizka" y "Apala", se fueron a otro sitio.

Cuando iban por el paseo de la Castellana, empezaron a ver coches de la policía que intentaban cerrarles el paso por todos los lados. "Txepe" paró el coche en seco, recogió unos planos de la zona fronteriza con Portugal y salió corriendo junto a los demás, que realizaron algunos disparos de cobertura. La policía también disparó.

A los 300 metros, "Papi" siguió a toda velocidad y los otros tres se quedaron indecisos en una bocacalle. No

pudieron avanzar mucho porque se dieron cuenta de que de frente venían numerosos grises con metralletas en la mano. "Txepe" se escondió en los toldos de una cafetería y vio cómo los otros dos avanzaban, seguidos de cerca por un grupo de policías de uniforme y de paisano. Al poco oyó varios disparos. Más tarde se enteraría que acababan de dar muerte a Jesús Múgica Ayestarán, "Josu".

"Gorka" se metió en una casa particular de las proximidades y amenazó con su pistola al dueño. Cogió el teléfono, hizo una llamada en la que dijo que era "el Lobo". Al poco, desapareció. No se supo nada más de él hasta que apareció días más tarde en Euskadi-Norte.

"Txepe" salió de su escondrijo cuando pensó que todo había pasado y que el tiempo de espera había sido prudencial. No había dado dos pasos cuando un policía, armado con una metralleta, le dio el alto por la espalda. Le hizo tenderse en el suelo. Mientras le esposaban, protestó en alemán —llevaba documentación alemana— sin que le sirviera de mucho. Los policías debieron de creer que estaba hablando en euskara y no le hicieron ni caso.

"Papi", por su parte, cogió un trolebús y salió de la zona sin más problemas. Se dirigió a una casa donde ya había estado con anterioridad y, en vista de que nadie contestaba, salió otra vez a la calle. Nada más andar 50 metros, se encontró rodeado de policías armadas. Por detrás, a dos metros, dos de ellos con metralletas le dieron el alto. "Papi" echó a correr en zig-zag para evitar los disparos que habían comenzado a hacerle. Empuñó su pistola, y tras responder al

fuego, aprovechó para sacarles alguna distancia mientras se cubría. A los 300 metros, intentó cambiar de cargador y coger uno que llevaba en una bolsa de mano. Se dio cuenta de que no podía mover el brazo y de que empezaba a perder el conocimiento. Cuando cayó, se dio un fuerte golpe. Tenía un impacto de bala en el juego del codo y otro le había rozado la espalda. Cuando lo llevaban, notó que había perdido los carretes de fotos sacados en la cárcel y deseó que no hubieran caído en manos de la *txakurrada* (1). Al día siguiente, la policía se los enseñó en los interrogatorios.

A la misma hora, aproximadamente, "Apala" y "Gaizka" llegaban al chalet en el que tenían que recoger junto a "Papi" y los demás algunas armas y cambiarlas a un lugar seguro. Pero nada más acercarse, vieron cómo un fenomenal cerco policial bombardeaba la casa con granadas lacrimógenas y disparaba bombas de humo y ráfagas de metralleta.

Cuando un policía se les acercó para pedirles la documentación, tomaron un taxi que pasaba en aquel momento y desaparecieron.

Finalmente la policía decidió entrar en el chalet y comprobó que no había nadie. Lo cierto es que no habían dejado entrar a ninguno. "Gaizka" y "Apala" llegaron a Gijón aquella misma noche. Allí, en autobús, se dirigieron a Irún, y una vez allí, pasaron el río a nado. Al día siguiente estaban en Euskadi-Norte.

Telediario con malas noticias

El resto de las armas que venían vía Cataluña, se salvaron porque "Papi" no se presentó a la cita prevista

y, ante las noticias que empezaron a darse en los medios informativos, el contacto salió rápidamente de Madrid. La partida de armas era importante porque el comando tenía la intención de suministrar a cada fugado una metralleta o una recortada por lo menos. Además de armas cortas. Todos los esfuerzos de la policía por llegar posteriormente al envío no sirvieron para nada.

El miércoles por la noche la televisión dio una vaga referencia de las detenciones y tiroteos y habló de un suicidado en relación a la "organización terrorista ETA", pero sin precisar absolutamente nada.

La noticia se corrió rápidamente por todo el penal. Los funcionarios seguían haciendo una vida completamente normal y no parecía que tuvieran intenciones de tomar medidas especiales.

El comité mixto, ante la falta de noticias concretas, decidió esperar algo más antes de tomar una determinación drástica. Por parte de los polimilis, previendo lo peor, se planteó una salida suicida, pero quedaba la duda de si ése era el comando de la fuga, e incluso si era de su organización. En el contacto mantenido en el túnel, los del comando habían comentado que algunos milis habían sido vistos en Madrid.

Al día siguiente, jueves, las cosas siguieron igual: sin novedades en el interior de la cárcel. Las duchas seguían abiertas y todo el material introducido en la última cita permanecía allí.

En las visitas de esa mañana hubo una novedad: "Wilson" y "Txiki" habían caído en Barcelona. La noticia también había sido camuflada por los medios

informativos, aunque en esta ocasión de una manera mucho más directa. Se les había presentado como dos delincuentes habituales, el "Ele" y el "Pirómano". Llevaban varios días detenidos. De Madrid no había noticias.

En el Gobierno Civil de Madrid y en el hospital en que se encontraba "Papi", comenzaron los interrogatorios. Todas sus declaraciones, en un primer momento, se centraron en otros proyectos: los secuestros del yerno de Franco y el del Duque de Cádiz. El caso era salvar la fuga. Sin embargo, el jueves por la noche les presentaron las fotos recién sacadas en Segovia. Las de las caras y las de "Traktora" enseñando el túnel. Entrando, saliendo, paseándose, en fin, por todos los tramos de la alcantarilla. No quedaba, prácticamente, nada que esconder.

Los funcionarios no encuentran la tapa

Esa misma noche, en la madrugada del viernes, varios funcionarios se dirigieron a las duchas, y con gran estrépito, levantaron baldosas del suelo, la base de una de las duchas, y golpearon todas las paredes del cuarto ciego. Por la mañana, muy pocos se atrevieron a ir a la ducha. Todos los presos estaban convencidos de que, tras los ruidos de la noche, el agujero había caído. El primero que fue a las duchas comprobó que todo estaba en orden. Después del desayuno, los presos empezaron a notar que la dirección

estaba al tanto del proyecto, pero no entendían por qué no encontraban la entrada. Los presos de mayor condena tenían una vigilancia especial y la sala de duchas fue cerrada. Ya no tenían dudas de que los detenidos de Madrid eran del comando.

La fuga a la desesperada tomó definitivamente cuerpo. Los troskos se echaron para atrás y dejaron el campo abierto para los polimilis. Aquella mañana había muchas visitas. Era pleno verano y muchas de las familias pasaban las vacaciones en Segovia visitando a diario a los encarcelados. Se concertó con varios de entre ellos que dejaran dos coches en frente de la estación del tren, con las llaves en su interior. La idea era que los primeros de la lista salieran con el dinero que aún estaba en el cuarto ciego y, armados con las dos pistolas, se defendieran de la policía si aparecía, o simplemente, se apoderaran de más coches. La fuga se llamaba, y era, suicida.

A pesar de todas las noticias de fuera, dentro pensaban que, aunque fuera para los pocos que cabían en los coches preparados, la fuga todavía era posible.

Aquel día fue de una especial tensión. Por la tarde, las comunicaciones con el exterior fueron cortadas y todos los presos recluidos en el patio de la biblioteca. Hacía un calor sofocante y apenas se podía andar. Las razones de esta medida que el director de la prisión dio a un delegado de los reclusos, eran muy simples: la policía le había comunicado que existía un proyecto de fuga ultimado, y tenía la obligación de asegurarse.

En el exterior, fuertes contingentes de la policía armada y guardia civil habían tomado toda la ciu-

dad. Los familiares de los presos eran seguidos, a donde quiera que fuesen, y controlados todos los vehículos.

En el extremo de la alcantarilla, importantes efectivos policiales hacían guardia. Miembros del cuerpo de bomberos, provistos de trajes y equipos especiales, exploraban varios canales próximos a la prisión, tratando de dar con la galería que conectaba con el interior de la prisión.

Una fuga suicida

El sábado por la mañana "Pili", la persona que, aparte de los contactos escritos con la dirección, había mantenido relación directa con el comando de Madrid durante los últimos días, para agilizar las relaciones y confirmar el cumplimiento de tareas mutuamente encomendadas, confirmó que "Papi" no había aparecido a la cita que tenía con ella la víspera en Madrid. Esa mañana, las medidas de seguridad en el interior del penal parecía que habían vuelto a relajarse. Permitieron comunicar con las familias y volvieron a abrir las duchas.

Los del equipo aprovecharon para penetrar en el canal y serrar los barrotes que estaban debajo del recinto. Como el tiempo apremiaba, los que no pudieron serrar los doblaron. Una persona a gatas pasaba tranquilamente. La fuga suicida se realizaría por la tarde. Para entonces estarían ya los coches.

Volvieron a cerrar las duchas a la hora de comer. Un intento por parte de varios sudorosos deportistas para que fueran abiertas, no tuvo éxito. Autorizaron, sin embargo, las visitas.

Cae el poncho

A las cuatro y media de la tarde, varios funcionarios entraron en la sala de duchas, llevando entre otras cosas, un pico. Al poco, se oyeron unos golpes fortísimos. El poncho había caído. Por la abertura realizada a golpe de pico, observaron que aquello estaba, efectivamente, lleno de materiales. Tuvieron que tirar toda la pared que habían construido el invierno, porque fueron incapaces de encontrar la tapa.

El domingo, el director comunicó al delegado de los presos que, efectivamente, y en contra de lo que pensaba, habían encontrado un túnel excavado, pero no pensaba tomar de momento medidas contra nadie, porque estaban convencidos de que el túnel estaba hecho desde fuera. Lo importante —dijo— es que todos siguen dentro.

Nadie pensaba que no iba a haber represalias. Era algo esencial al fascismo. El domingo, a la hora de la comida, un representante de los político-militares, explicó al resto de la prisión la historia y pretensiones del proyecto. Había bastantes presos que se habían enterado el día anterior de la existencia del poncho.

Se sigue con el proyecto

Por la tarde, hubo reunión de célula. Se hizo en el patio porque el director cerró el comedor excepto para las horas de comida. En aquella reunión, se tomaron dos acuerdos: enviar a la organización un último informe y un escrito de ánimo y que, los que quedaran tras las represalias, continuaran el proyecto.

Se contaba con una ventaja importante. Se conocía el esquema del alcantarillado de toda la prisión. Bastaba con encontrar un buen lugar donde empezar a cavar. Había canales por todas partes.

El documento, que se envió días después, apareció reproducido en la revista HAUTSI. Estaba firmado por los en aquellos momentos "24 militantes de la célula de ETA de Segovia". Terminaba de esta manera: "Nos han dado un duro golpe, pero no creáis que nos han hundido, que estamos desmoralizados; saber transformar cada hecho, cada paso revolucionario, aunque aisladamente acabe en fracaso, es una victoria, es lo que todo revolucionario debe saber, es lo que conduce a una organización política a ser la vanguardia que dirige el combate del pueblo y a éste hasta la victoria final. Somos consecuentes con esto y no nos agarramos la cabeza como monjas asustadas; queremos más que nunca seguir en la misma línea y más que nunca os aseguramos que continuaremos trabajando a todos los niveles. No os faltarán noticias nuestras y no os faltará tampoco todo el apoyo que desde aquí, o desde donde sea, podamos daros para que sigáis en esa línea. Tirando de la pluma o de pico,

no pararemos de apoyaros. Estamos con vosotros. Como hace dos meses. Estamos dispuestos a todo. Aquí no hay nada contra nadie de los caídos. Para ellos, como para todos los que vais "con el hierro por delante" y en esa línea correcta, sólo existe admiración".

De nuevo en la brecha

En un principio, los presos pensaron que la caída de las fotos fue lo que hizo que cayese el proyecto de fuga. Se pensó también que lo de Madrid había ocurrido a raíz de la de "Wilson" en Barcelona. Datos posteriores indicaban que las caídas no estaban relacionadas. Ninguna de ellas estaba clara.

Dentro, en la prisión, estos rumores y especulaciones no trascendieron. Se seguía pensando en los carretes de fotos. Algunos habían jurado no sacarse fotos nunca más en su vida. Ni en el día de la boda.

Habían cegado con hormigón el agujero del suelo y sujetado con cemento la tapa por su parte interior. La dirección de la prisión fijó un nuevo horario de duchas. No se abrirían después del recuento de la mañana y sólo podrían usarlas los que jugaban al fútbol o hacían gimnasia antes del recuento de las seis de la tarde.

Los polimilis decidieron hacer el trabajo esta vez solos. Nombraron nuevo equipo técnico y empezaron por habilitar una trampa en una de las dependencias que tenía el comedor, junto al frigorífico, para guar-

dar los materiales. Como anteriormente existía otra, los trabajos se limitaron a reforzarla y a construir una tapa en mejores condiciones. Era muy poco lo que se había salvado de la anterior fuga. En unos antiguos dobles fondos, habían aparecido varias sierras. Quedaba también cemento y bastantes baldosas. El resto, los hierros para picar, martillos, destornilladores, se había ido con el poncho. Había que sacar esos instrumentos de donde fuese, y en ese sentido se dieron instrucciones a todos los militantes de la célula para que los buscasen.

El nuevo equipo estaba formado fundamentalmente por gente que no había participado en trabajos directos en el primer agujero, o que, por lo menos, no estaban quemados. De hecho, varios de ellos estaban cantados por los de fuera en sus declaraciones sobre la cita mantenida en el exterior. Otros tenían antecedentes de anteriores intentos y, además, habían encontrado numerosas ropas sucias en el cuarto ciego. Muchas, entre ellas, llevaban iniciales, aunque su dueño no hubiera participado directamente en los trabajos. La ropa se cogía de unos montones que se formaban en el patio del comedor después de cada colada y que correspondían a los que no se habían dado prisa en recogerla.

Había otra cuestión pendiente: era la de la campaña contra los juicios de Tupa y Otaegui. En la prensa, aparecía su celebración en fechas muy cercanas. La cuestión se había complicado porque con las caídas de Madrid y Barcelona el número de presos con peticiones de muerte había aumentado de manera considerable. A "Papi" le metían los guardias civiles de Mondragón, ejecutados cuando la campaña de makos

de diciembre del 74. A "Txiki" la de Díaz Linares en Aberri Eguna y haber tomado parte en un atraco en Barcelona en el que murió ametrallado un cabo de la policía armada que había acudido en auxilio de la entidad bancaria, y a "Wilson", además de lo de Linares, le metían lo de Carrero...

La represión estaba produciendo en Euskadi numerosos muertos.

La campaña de Tupa y Otaegui

Los presos de Segovia se prepararon para tomar parte en la campaña de Tupa y Otaegui. Informaciones recibidas desde el exterior apuntaban a convocatorias de movilizaciones importantes y acciones militares de envergadura.

En la prisión, el plan que había desde hacía tiempo de cara a esta campaña era el motín y la huelga de hambre indefinida. El motín se desechó porque era echar a perder la única posibilidad de fugarse que quedaba; la de permanecer en Segovia.

La propuesta de la célula de Segovia de realizar una huelga de hambre indefinida y coordinada con las demás cárceles y la posibilidad de que fuese estrenada con un motín en los sitios en que se considerase oportuno, fue aceptada por la dirección y transmitida a las demás cárceles que andaban también con proyectos parecidos. Se fijó la fecha de comienzo el 25 de agosto. El 28 sería el juicio.

Todo el material recogido durante ese mes para el proyecto de fuga se guardó en el depósito de la cocina y se conservaron los mínimos materiales de propaganda, estudios internos, etc. Los cacheos que hasta entonces habían sido bastante rutinarios se preveía que se volverían muy duros, y había que evitar dar excusas a los funcionarios para que pusieran en marcha sus mecanismos represivos.

Medidas contra los presos

Para antes de la huelga de hambre, aparte del cierre de las duchas la mayor parte del día y del comedor fuera de las horas de comida, el director anunció que quedaba suprimido el programa de los sábados en la tele y las visitas de abrazo. Estas visitas eran famosas, sobre todo en los demás penales. Duraban unos 10 minutos y se concedían cuatro veces al año y solamente a parientes directos: padres, esposa, etc. Las medidas las iban tomando poco a poco.

El día 25 se preparó una comida extraordinaria y la gente estuvo comiendo toda la tarde. La dirección de ETA p-m había ordenado a sus militantes que la huelga de hambre no sobrepasara los diez días. El efecto político se habría conseguido para entonces, y no querían que los presos se desgastaran físicamente.

Las instancias con la declaración de la huelga de hambre se entregaron hacia las siete de la tarde, aunque el encierro en celdas se debía efectuar a la hora de la cena, en el momento de la negativa a comer.

La instancia estaba redactada utilizando las fórmulas serviles que caracterizan estos documentos, pero contrastaba el estilo agresivo de su redacción. Así, "se exponía respetuosamente a V. I." que el Gobierno actual era un Gobierno fascista y asesino, que se caracterizaba por la represión que ejercía y que "por todo ello se solicitaba" la independencia y el socialismo para Euskadi y para cuantos lo deseasen "de modo contrario", se declararían en huelga de hambre indefinida.

El jefe de servicios que recogió las instancias dijo, muy seriamente, que eran atribuciones que escapaban a la competencia del Director General de Prisiones, que era a quien estaban destinadas y que, a pesar de los términos que se utilizaban en ellas, las cursaría.

Una comisión delegada de todos los presos pidió al subdirector Juan Simón, director en funciones —el otro estaba de vacaciones—, que durante la huelga de hambre se permitiese tener a los presos colchón, libros y tabaco.

El director aseguró que la petición se respetaría tal y como se venía haciendo en esa cárcel desde hacía algunos años. Había, de todos modos, una gran prevención con la actitud de la mayoría de los funcionarios y de la dirección en general.

Empieza la huelga de hambre

Los funcionarios temían que las represalias de la Dirección General recayeran también sobre ellos,

porque, haber estado vigilando la cárcel durante seis meses sin enterarse de nada, no era ningún mérito para un profesional de prisiones.

Algunos habían pedido a la dirección que el reglamento de prisiones se aplicara en toda su rigidez. De esta manera, quedaban fuera de toda responsabilidad. La imposibilidad de aplicarlo en su integridad era el origen de que de una cárcel a otra variara tanto el modo de vida. La responsabilidad, en estos casos, era siempre de quienes habían aplicado determinada interpretación del reglamento, y nunca de la Dirección General, que se lavaba las manos porque nunca asumía ni variaciones en el texto del reglamento ni las variantes interpretativas que se le hacían.

Esto hacía que hubiese un gran descontento entre los funcionarios, aunque la mayoría de las veces quien pagaba el pato era el preso que se limitaba "a ser aplicado".

El ambiente estaba muy enrarecido por las dos partes cuando "los boqueras" cerraron el último cerrojo de las celdas de los huelguistas.

La huelga de hambre fue iniciada por 77 de los 86 presos, pertenecientes a todas las organizaciones políticas que funcionaban como tales en el interior de la prisión. En concreto, entraron 22 de LCR-ETA VI; 21 de ETA p-m; 9 del PCE; 4 de ETA m; 3 del FRAP; 3 anarquistas; 1 del PTE; 1 del FAC y 13 independientes.

La represión se agudiza

Inmediatamente, y nada más conocerse la noticia, Alvaro Toca, inspector de la Dirección General de Instituciones Penitenciarias se trasladó a Segovia. Fue quien tomó las primeras medidas de castigo contra los presos. Prohibió inmediatamente el tabaco a los encerrados, la posibilidad de que salieran al patio una hora para tomar el sol y dio la orden tajante de que nadie fuese trasladado a la enfermería.

La puesta en marcha de estas órdenes creó varios incidentes serios con los funcionarios que requisaban el tabaco de las celdas.

Más graves fueron los incidentes de las brigadillas. La orden de que no se llevase a nadie a enfermería no era ni más ni menos que tratar de evitar que los huelguistas estuvieran agrupados. En las dos brigadillas que se habían habilitado había 9 presos en huelga. La idea de la dirección era sacarlos de ahí e intercambiarlos con otros tantos que permanecían fuera, para que éstos también estuvieran aislados. La argumentación de los ocupantes de las brigadillas fue contundente: alegaron que, si hasta entonces habían soportado las pegas de no tener celda individual, y ahora por fin tenían alguna ventaja, no veían razón para tener que separarse.

Ante la negativa a salir, un equipo de funcionarios dirigido por el subdirector, Juan Simón, sacó a rastras a los presos.

Los presos que no participaban en la huelga de hambre llevaban otro tipo de trabajos. Trataban siempre

de mantener las comunicaciones con el exterior y de informar a todos los demás presos. Se encargaban de avisar rápidamente al resto de lo que ocurría. Las discusiones se hacían a gritos de ventana a ventana, y normalmente en euskara. Los funcionarios no se enteraban de esta manera de los resultados de las discusiones y las fechas que se iban decidiendo. La información iba de ventana en ventana, pues éstas solían estar muy altas y se oía con dificultad a cierta distancia. La toma de decisiones solía ser lenta, porque todas las argumentaciones y contra-argumentaciones daban la vuelta completa a la galería.

La de aquel día se tomó de manera fulminante: se mandó una denuncia a la Dirección General de Prisiones y una instancia en la que unos treinta presos se declaraban también en huelga de sed. Era el segundo día de la huelga de hambre.

Simón amenaza

Esta actitud alarmó a la dirección, que llamó inmediatamente a un equipo de médicos de la residencia de la Seguridad Social de Segovia. El director en funciones amenazó con hacer entrar a la fuerza pública para hacer comer a la gente a la fuerza. La respuesta en esta ocasión fue inmediata: nadie se dejaría asistir médicamente sino en un sitio adecuado. Tomar el pulso y la tensión en las celdas de castigo era una tomadura de pelo. Si se quería asistir médicamente a los reclusos, la asistencia debía ser total.

Poco después de esta decisión, el tabaco volvió a las celdas. El patio continuaba inaccesible. Seguía la huelga de sed.

La ley antiterrorista en Segovia

El día 26 de agosto, Arias dictó un nuevo decreto que se haría famoso: el decreto-ley antiterrorista.

En la prisión de Segovia, tuvo un efecto inmediato. En algunas prisiones, consiguieron hacer parar las huelgas de hambre bajo la amenaza de aplicar esta ley a quienes se solidarizaran con "actos terroristas". La huelga de hambre se había empezado en solidaridad con Tupa y Otaegui.

En Segovia no llegaron a esgrimir este argumento. Hicieron algo mejor. La misma noche del 26 al 27, doce presos eran trasladados con lo puesto al penal del Puerto de Santa María en Cádiz.

La lista no correspondía a una distribución de responsabilidades en el asunto de la fuga, porque siete eran político-militares, tres de Liga; uno militar y uno independiente: López Irasuegi, Abrisketa, Artetxe, Ibáñez, Imatz, Ordorika, Ziriza, Egia, Fernández, Saraketa, Arrizabalaga y Arana.

El traslado se hizo de madrugada. Quiso ser por sorpresa y desapercibido. No consiguió ni lo uno ni lo otro. La medida se esperaba y estaba dada la consigna de resistirse.

Una gran caja de resonancia

El escándalo saltó en cuanto abrieron la primera celda. No importó que la abrieran con discreción y que el montón de funcionarios que habían sido llamados, incluso de la prisión de al lado, hablaran en voz baja. Eran noches de insomnio para la mayoría de los reclusos. En pocos instantes, setenta puertas de celda, de madera y chapeadas con planchas de hierro, aporreadas por los huelguistas de manera rítmica e insistente, convirtieron la prisión en una gigantesca caja de resonancia. El ruido aumentaba por momentos porque, lo que empezó siendo un aporreamiento con las manos, se terminó haciendo a patadas y banquetazos.

En el exterior de la prisión se iban encendiendo las luces de las viviendas próximas. La cárcel estaba prácticamente en el centro de la ciudad. Un sargento de la guardia civil, de los destinados al traslado, pidió permiso para entrar, asegurando que lo calmaría todo rápidamente. No le permitieron la entrada.

Entre tanto, la mayoría de los enviados a Puerto eran sacados a rastras, en pijama, descalzos o como estuviesen. Nadie llevó más que lo puesto. Algunas de las pesadas puertas cedieron a los golpes y saltaron, pero no había gran cosa que hacer. La cárcel estaba tomada por los funcionarios.

Saraketa e Imatz fueron golpeados antes de subir al furgón. El viaje fue directo hasta Cádiz y no les dieron agua en todo el traycto. Les acompañaban sanciones, entre 80 y 120 días en celdas de castigo, en Puerto de Santa María.

Los presos beben

La huelga de hambre y sed continuaba. Los que se negaban a beber tenían los labios hinchados y blancos de pellejo seco. Ante la peligrosidad que supone una huelga de sed, la dirección habilitó rápidamente la enfermería, negada sistemáticamente hasta entonces. Entre el sábado día 30 y el lunes 1 de setiembre, se llenaron los dos locales de que disponía la prisión con 18 penados, necesitados de tratamiento sueroterápico. Al sexto día de huelga de sed, decidieron abandonarla. En cuanto se terminó este peligro, los presos volvieron a ser conducidos a sus celdas.

Los médicos traídos de fuera, y de manera especial Gaona, titular de la prisión, protestaron repetidas veces por la falta de carácter ejecutivo de sus partes facultativos. Habían pedido traslado para todos a enfermería y el director se negaba. La Dirección General creía que, endureciendo el trato, ganaría la partida y se negaba a ceder ante las peticiones de los huelguistas. Ante esta postura, el equipo médico que había venido de fuera, optó por no volver más. Daba lo mismo que atendiesen o no. Lescure, el director general, fue tajante: "Ustedes limítense a diagnosticar, que nosotros, la Administración, decidiremos dónde, cómo y cuándo aplicaremos los tratamientos".

El médico dimite

Gaona presentó la dimisión, o le dejaban atender médicamente a los presos, o se iba. Según comunicaría más tarde al director y a los propios reclusos, él no era médico de ningún campo de concentración nazi. Juan Simón no vaciló ante Gaona. Si dimitía, se le aplicaría la ley antiterrorista, por mostrar su solidaridad con los huelguistas.

Simón hizo venir al médico de la prisión vecina –para alcohólicos–. Su llegada no supuso ningún alivio para el médico anterior ni para los presos. A diferencia de Gaona, éste era funcionario del cuerpo de prisiones y se limitaba a cumplir las órdenes de sus superiores. Se llamaba Gómez Merino y se dedicó a tratar de convencer a la gente de que estaba a punto de morir y que lo mejor que podía hacer era abandonar la huelga. Nunca hizo la menor presión para que los huelguistas fueran atendidos en la enfermería.

Pasaba todos los días por la mañana, tratando de tomar la tensión y el pulso. Es por lo menos lo que él decía, porque en una ocasión a uno de los de enfermería le tomó 10-0 de tensión. Ante la sorpresa y el susto del atendido que teóricamente debería estar muerto, se justificó diciendo que a muchos locos les bajaba la tensión a cero.

Cada vez peor

Los que permanecían fuera comenzaron a sentir por su parte los rigores del nuevo régimen interno que se

quería imponer a todos los presos. Se hicieron obligatorios los trajes de penado, se cerraron las celdas durante el día y sólo dejaron un patio para uso de la población reclusa. El de la cocina sólo se abría para comer. Se cortó de esta manera también el acceso de los presos a la cocina para preparar las comidas enviadas de la calle y se llegó a prohibir que incluso lo que enviaban preparado se pudiera calentar.

Todo esto hizo que lo que había empezado como una acción política a terminar en diez días, tomase un cariz reivindicativo evidente. Nuevamente a través de las ventanas, se decidió que mientras la vida de la prisión no se normalizase, la huelga de hambre seguiría. De ventana en ventana circulaban también las primeras noticias de la huelga general que se había desatado en Euskadi. Se pasaba del pesimismo al optimismo de una voz a otra.

Para el 1 y 2 de setiembre, los del PCE, FRAP, PTE, FAC, y anarquistas y varios independientes, abandonaron la huelga de hambre, unos por motivos políticos y otros por razones médicas. Seguían en huelga 57 presos.

Juan Simón amenazó con enviar al Sur "a cuatro o cinco cabecillas" si aquello no acababa rápidamente. Cumplió parte de su promesa con el traslado de "Txato" Viar. En realidad, el instigador del traslado del "Txato" fue Gómez Merino. Viar era médico y desarticulaba con sus conocimientos todas las majaderías que el médico funcionario soltaba para intentar atemorizar a los reclusos. Su sola presencia en la prisión era una denuncia de la actuación e incompetencia de Gómez Merino.

(1) Policías.

Cuando Simón le comunicó a Viar la decisión de trasladarlo, le comentó: "Pueden ustedes protestar todo lo que quieran. Ya, nadie se va a enterar de lo que pasa aquí. Con la nueva ley, ni la prensa ni la televisión van a decir nada".

El "Txato" fue trasladado a Cartagena en contra de la opinión expresa de Gaona, que juzgó que un traslado de cientos de kilómetros en esas condiciones podría ser nefasto. De hecho, llevaba diez días de huelga de hambre, varios de ellos sin agua, y tres más en la enfermería con suero. Lo condujeron a un furgón cerrado, sin ventilación y esposado. Gómez Merino había certificado que el viaje no tenía ninguna complicación posible. Decía que la resistencia humana era increíble.

Los presos quieren negociar

Para cualquier intento de fuga, una condición indispensable era la de que la vida en la prisión estuviera lo más normalizada posible. Había que negociar duro con la dirección. El día 13 se presentaron a Juan Simón las condiciones de terminación:

– no cerrar las celdas durante el día
– poder estar durante el día en ellas o en el patio, libremente
– entrada libre de comida sin preparar de la calle
– acceso a la cocina de un cocinero penado y de tres ayudantes

– vuelta a las visitas de cuarenta minutos cualquier día de la semana, visitas de abrazo, eliminación de uniformes, luz libre en las celdas por la noche...

En relación a la huelga de hambre, se pedía el levantamiento de la sanción para el día 24 del mes y la concesión de un período de recuperación "puente" antes del inicio de las sanciones. La duración y condiciones de este período estarían en manos del médico.

La respuesta de Simón fue vaga y sin precisar: "Ya veré –dijo–; ustedes dejen". Se decidió seguir la huelga. Para entonces, la mayoría de los huelguistas estaban en la enfermería o en salas habilitadas para tales efectos.

El lunes 15 de setiembre, tras decir que se solidarizaba con cualquier medida tomada por los funcionarios durante su ausencia, se incorporó Carrasco, el director, y con su llegada se cortó el diálogo y las negociaciones.

Hasta entonces, la dirección de la prisión había mantenido entrevistas con comisiones elegidas por los propios presos. Para la huelga de hambre se había elegido varios delegados, que incluso habían sido autorizados por el sub-director a ir de celda en celda en varias ocasiones para transmitir las posturas de la dirección de cara al final de la huelga de hambre y a recoger las posturas de los huelguistas.

Carrasco no recibe

La respuesta de Carrasco fue: "No recibiré a nadie mientras no se deje la huelga de hambre". Dos días

más tarde, llamó a dos presos para decirles que escuchaba sus peticiones, pero indicándoles que todo dependía de Madrid. Los presos transmitieron sus reivindicaciones y pidieron permiso para celebrar una asamblea y discutir la contrapropuesta del director. Carrasco accedió, a pesar de que todos estaban incomunicados en sus celdas. Lo único que parecía estar dispuesto a conceder era el período de recuperación, y poca cosa más.

Los huelguistas se reunieron en asamblea en la sala principal de enfermería y pensaron que, aunque las condiciones de salida eran francamente malas, en la calle se seguía luchando por algo infinitamente más importante, las vidas de los condenados a muerte, y lo de Segovia no tenía especial eco. Decidieron dejar la huelga. Era el vigésimosexto día de huelga de hambre. La debilidad era grande.

Se decidió, asimismo, que la primera persona que debería saber la decisión tomada era el médico Gaona, así que se le hizo venir. En asamblea se le pidió que no dimitiera. Gaona, casi llorando, se despidió de todos y aseguró que le era imposible continuar con un régimen interno como aquél. Su dimisión era irrevocable, pero accedió a quedarse hasta acabar la recuperación.

Las sanciones fueron de 40 días y a ellos se añadirían los días pasados en la enfermería. Algunos tenían aún más sanciones por lo de la bronca de la noche de los traslados, y por incidentes y provocaciones de funcionarios.

Franco firma las sentencias

En la calle, las movilizaciones y los juicios sumarísimos contra los militantes de FRAP y ETA se sucedían. Los detenidos y redadas de organizaciones antifranquista aumentaban.

El día 27 de setiembre fusilaron a cinco de los juzgados. Aquel día se habló muy poco de ventana a ventana. Se añadía a esto que días antes habían llegado noticias de que dos militantes de ETA p-m, "Montxo" y "Andoni" habían muerto en enfrentamientos con la policía en Madrid y Barcelona. Había varios heridos y fueron detenidos "Ezkerra" y varios dirigentes de esta rama de ETA.

Homo homini Lupus

Pocos días más tarde, y estando cumpliendo las sanciones en celdas de castigo, impuestas por la Junta de régimen de la prisión, llegó desde el exterior un sorprendente informe de la oficina de makos. En él se decía que las caídas de Madrid y Barcelona, y por consiguiente la de la fuga, se debían a la existencia de un elemento infiltrado. Lejarza, "Gorka", también conocido por "el Lobo", había desaparecido ante las cada vez mayores sospechas sobre él. Se acompañaba una foto y datos personales.

Tras las primeras caídas, en medios de dirección de ETA p-m, pensaron en la posibilidad de que hubiera

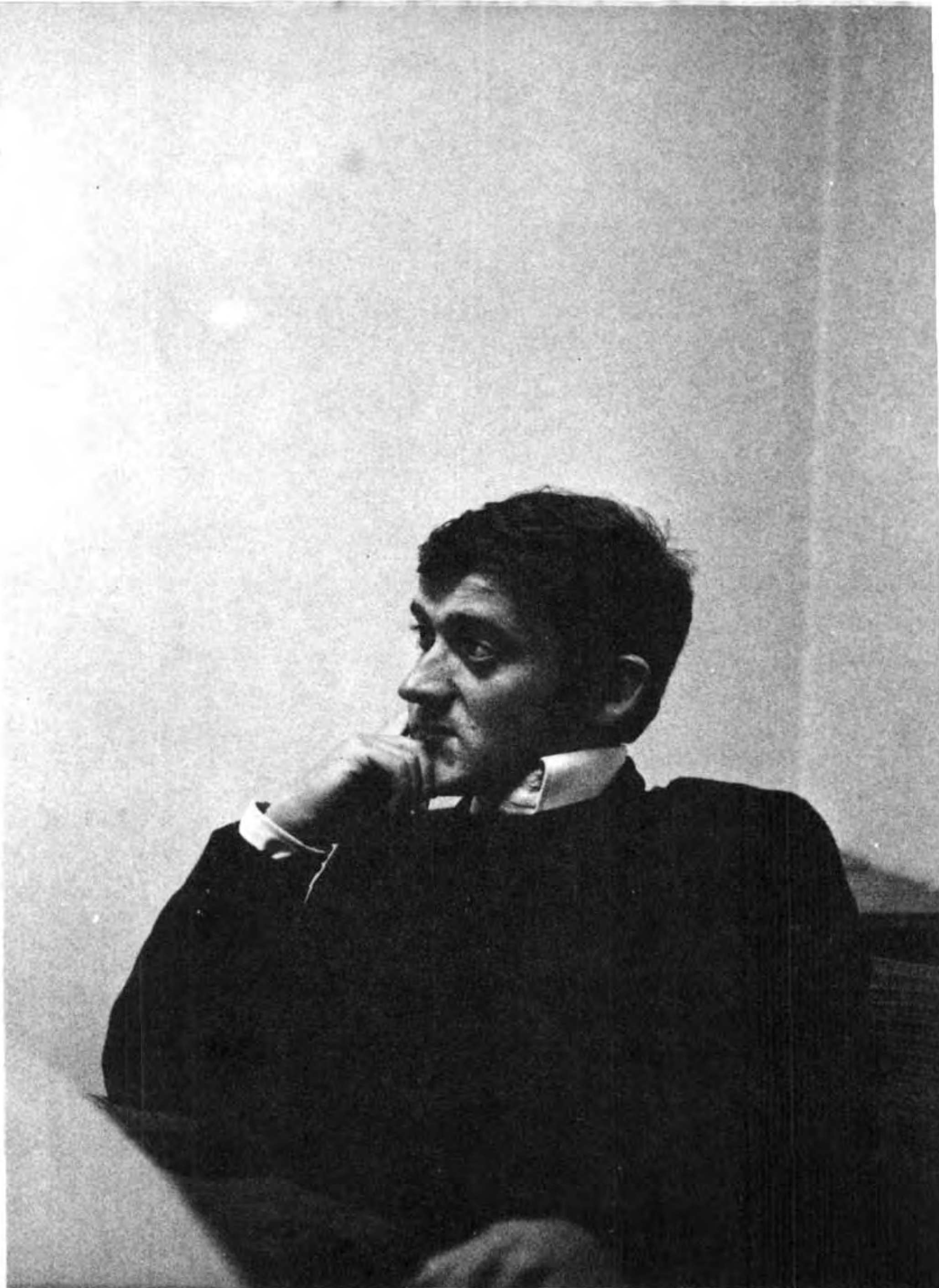
algún infiltrado. Pero era difícil llegar a estar seguros o establecer una conclusión definitiva, porque la solución ante un caso de esos era tan simple como irreparable.

Después de las caídas de Madrid y Barcelona, era evidente que "Gorka" era un infiltrado y que había vendido a sus compañeros.

Los presos escriben un libro

Las sanciones tardaron bastante en cumplirse. La oficina de makos pidió a sus militantes de Segovia que elaborasen rápidamente un trabajo sobre la fuga. Los que estaban fuera de celdas decidieron que un primer borrador lo elaborase "Intxixu" y fuera supervisado por los demás. El problema que se creaba al estar "Intxixu" y la mayoría en celdas, fue el de la circulación de textos y críticas escritas. Se solucionó con los repartos de comidas.

La comida la repartían varios de los pocos presos comunes que había en Segovia. Cuando tenían mucho trabajo, los políticos les echaban una mano. Era imposible que el funcionario controlara todos los movimientos de los repartidores de comida y, además, abrían varias puertas a la vez para acelerar la operación. Era el momento en que se repartían las copias de los capítulos del borrador y se sacaban las críticas.



Serrano Izko, «Intxixu». Preparó el borrador del primer libro que salió sobre la primera intentona de fuga.

Luego, una vez en el patio, como se salía por grupos una hora diaria, se volvían a intercambiar los textos. Así se hizo con varias entregas.

El libro se elaboró como si hubiese estado escrito desde fuera con los informes enviados por los presos. Se añadió un anexo en el que se explicaba la situación en que había quedado la cárcel tras la caída y huelga de hambre y numerosos croquis y dibujos.

En la descripción del texto se omitían numerosos trucos y métodos de trabajo que estaban todavía sin quemar y que se pensaba utilizar en la siguiente tentativa. Además, hubo un gran cuidado en ocultar los conocimientos que se tenían del alcantarillado y se hicieron mal los planos adrede. Se sabía que la Dirección General iba a leer con lupa el libro y que los planos serían examinados para comprobar qué cosas sabían los reclusos.

Poco después, estos materiales eran ordenados y trabajados bajo el pseudónimo de Julen Aguirre, y saldrían como libro en enero del 76.

5.000 días de celdas

Entre mediados y finales de octubre del 75 se terminaron de cumplir las sanciones, aunque algunos continuaron prácticamente hasta Navidad. La Junta de Régimen de Segovia impartió en aquellas fechas sanciones contra los presos hasta un total de 5.000 días

de celdas de castigo, aproximadamente. La menor infracción del reglamento era sancionada con el máximo rigor.

La cárcel estaba totalmente cambiada. Una dura disciplina se había impuesto a los reclusos, que se veían obligados a hacer toda la vida social en el patio de la biblioteca, que medía 30 × 16 metros, o en las celdas. A determinadas horas, se abría también una sala para estudio y el gimnasio. El comedor y su patio sólo se abrían a las horas de comer y el otro patio se solía cerrar de 10 a 12 de la mañana, de 12 y cuarto a una, de 2 a 6 de la tarde —a las 4 se podía entrar o salir— y de 8 a 10 y media. Solamente a determinadas horas del día podía pasar el recluso de la celda al patio, o al revés.

Pretendían con estas medidas evitar el movimiento de presos de una parte a otra de la cárcel y un control más fácil sobre los que quedaban en cualquier departamento. Todas las películas de la noche quedaron suprimidas. Las visitas eran estrechamente vigiladas, y no pasaban de los 20 minutos. Los abrazos a familiares quedaron también definitivamente suprimidos. Con la prohibición de entrada de comida sin preparar se pretendía cortar el tráfico de paquetes. Traerla preparada desde Euskadi solía suponer que la comida se perdiera.

Conflictivo fue el tema del uniforme. La dirección dio orden tajante de que se retirasen todas las ropas de paisano de las celdas y se cambiasen por las de penado. La orden no pudo cumplirse porque sólo tenían una talla para todo el penal, con lo que algunos tenían una pinta grotesca. Tras muchas idas y venidas, la

cuestión quedó en que los reclusos llevarían alguna prenda del uniforme. La mayoría optó por las chaquetas, por varias razones: una de ellas era que abrigaban bastante, y otra que dados sus desajustados cortes, se podía llevar debajo cualquier cosa sin que llamara la atención.

Las lecturas volvieron a ser muy censuradas y se prohibió la entrada de todo lo que fuese editado en el extranjero, como represalia a la actitud de la opinión pública internacional ante las ejecuciones del día 27 de setiembre. Ocurrieron casos de rechazar una edición mejicana y admitir la española del mismo libro.

Con estas medidas, la dirección de la prisión estaba convencida de que fugarse de nuevo era imposible.

Hay que buscar un sitio

Antes de la huelga de hambre, se había pensado que el mejor sitio para empezar a hacer el túnel era el patio del comedor. Justo debajo del montón de ropa sobrante de las coladas. En aquel lugar había una mesa de ping-pong, siempre ocupada, que cubría muy bien las maniobras del equipo.

Se había llegado a establecer un sistema de vigilancia y control de los funcionarios que podían acercarse a esa zona del patio. Todo se vino abajo cuando, después de terminar la huelga de hambre, comunicaron que ese patio quedaba cerrado, excepto para las horas de las comidas. Había que buscar otro lugar.

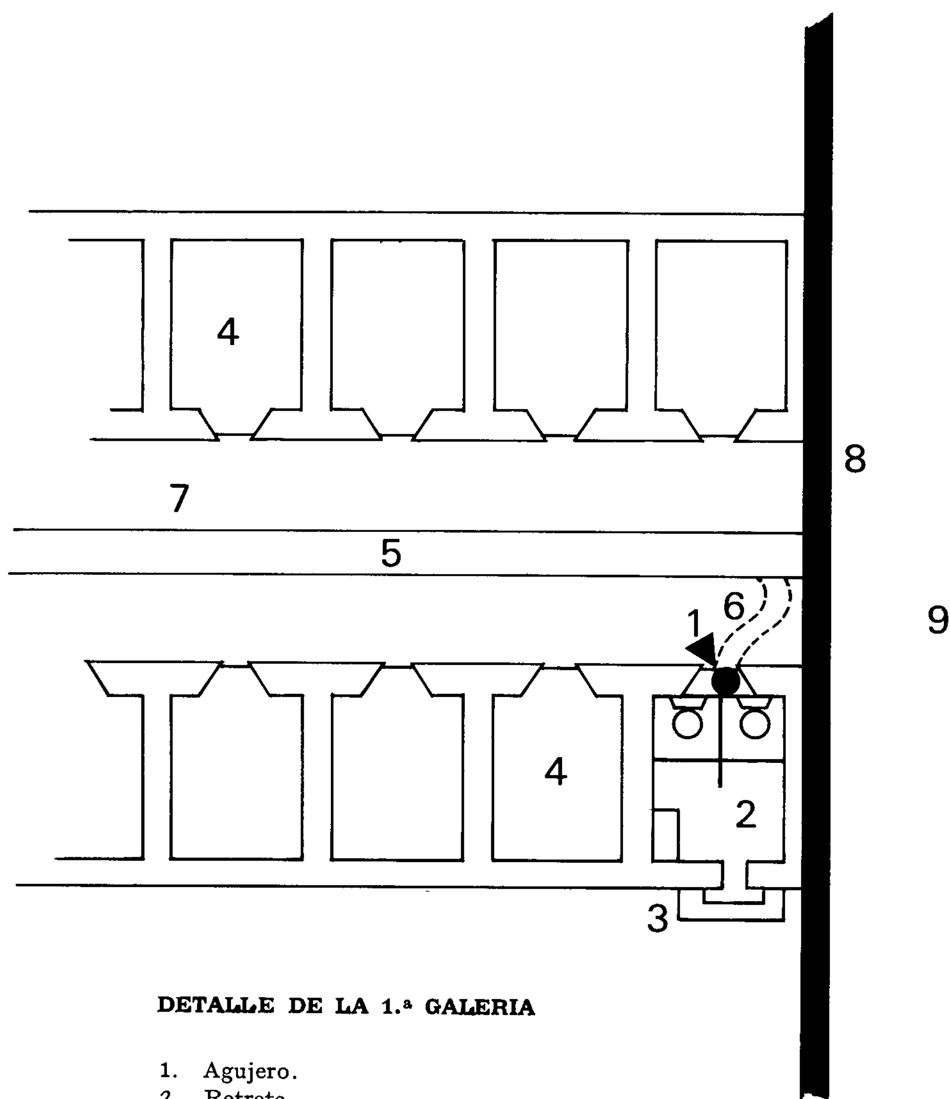
El único punto que quedaba para trabajar con cierta seguridad era el retrete del patio de la biblioteca.

Una antigua celda

El retrete había sido antiguamente una celda. Estaba al final de la galería, junto al recinto. Para habilitarlo como retrete habían abierto por la parte del patio una entrada y cerrado la correspondiente a la galería. Para ello, habían dejado la puerta anterior abierta y junto a ella habían levantado un nuevo muro de cemento. Entre la puerta y ese nuevo muro quedaban unos 40 centímetros. Justamente el grosor del muro de las celdas de la cárcel.

La puerta de la falsa celda había estado abierta hasta el verano. El huequito, semejante a un féretro, se utilizaba para guardar escobas, fregonas y otros útiles de limpieza.

Un jefe de servicios, apodado el "Hispánico", condenó la puerta con unos grandes clavos después de haber ordenado que se sacasen de allí todos los trastos. La pequeña cámara vacía estaba alejada del Centro y muy próxima al canal de desagüe del recinto y de la galería. El espacio interior era reducidísimo y sólo se podía entrar desde el water. Este retrete, dividido en dos, era el único que había en el patio, y a él iban con regularidad la cincuentena de presos que quedaban y los funcionarios de vigilancia. No tenía más protección a la vista que la de unas medias puertas al estilo de las tabernas de las películas del Oeste. Pero era el único sitio.



DETALLE DE LA 1.ª GALERIA

1. Agujero.
2. Retrete.
3. Acceso al patio de la biblioteca.
4. Celdas de la primera galería.
5. Canal.
6. Túnel excavado hasta el canal.
7. Lugar de penetración en el desagüe.
8. Pared del recinto.
9. Recinto.

La rutina de los funcionarios

Seguía prácticamente la misma plantilla de funcionarios. Todo el sistema de controles anteriores valía aún. ''Gaztelu'' se había encargado durante el primer intento del control diario de las diversas guardias. Le acompañaba ''Benantxio'' y en ocasiones algún otro. Anotaba minuciosamente los movimientos de los ''boquis'' hasta conseguir, al cabo de tres meses, un cuadro de comportamientos de cada uno de ellos, que rara vez fallaba en las previsiones, porque los funcionarios hacían una vida muy rutinaria.

Cada vez que venía uno nuevo, la operación de control se repetía. Con el nuevo régimen, el control era mucho más sencillo, por la simple razón de que el funcionario se encerraba con los presos en la dependencia que le había tocado. De noche, la vigilancia seguía. Se hacía, evidentemente, desde las celdas. Una vez los presos ''chapados'', cacheaban fuertemente todos los lugares que los reclusos utilizaban en su vida cotidiana, en busca de huellas o rastros de actividades sospechosas. Tanto trabajos escritos como proyectos de fuga. El cierre se producía a las 10 y media de la noche. Los que daban al patio de la biblioteca, observaban desde la ventana cómo los funcionarios revisaban siempre la sala, los libros, la puerta de la capilla que estaba allí cerca, el retrete y el suelo del patio. Cualquier ruido de madrugada hacía levantar al preso que vigilaba. En las temporadas de mucha tensión, solía quedarse toda la noche sin dormir y, si era preciso, tomaba pastillas.

Los equipos de vigilancia exterior se montaban de

acuerdo a las necesidades del trabajo. El hecho de que trabajasen solos y su grupo estuviese reducido a una docena, hacía que los político-militares tuvieran que dedicarse de lleno a estas tareas.

En un principio, el tipo de trabajo era el exterior, en el retrete, y además de ruido.

Una nueva tapa

"Patxi", "Triki", "Lain" y "Faflito" empezaron con la construcción de una tapa siguiendo idéntico proceso que con la anterior. Se cascaban las baldosas que estaban en el punto elegido y se iban sustituyendo por otras traídas del depósito de la cocina. Pero éstas eran de distinto tamaño y además de distinta tonalidad. El petacho de seis baldosas se iba a hacer evidente en medio de la pared de otro tono. Para evitarlo, se tuvo que arrancar de otra pared del mismo retrete baldosas de la misma hornada, y colocarlas en la tapa. La pared quedaba de esa manera impecable.

Para disimular el ruido, se organizaban partidos de pelota en el mismo patio. Se jugaba a pala. El sitio no era muy bueno, porque el frontis tenía seis ventanas de otras tantas celdas.

El funcionario del patio tenía una garita pegada a la biblioteca y veía tanto una cosa como la otra. En línea recta, estaba a unos 20 metros de la entrada del retrete. Desde su puesto, sólo veía la entrada. El fun-

cionario, normalmente, permanecía en su garita, observando y leyendo. Pero a veces salía a pasear por el patio o veía la televisión junto a los presos.

Para meter el ruido bastaba una mínima ausencia, que normalmente estaba prevista en su comportamiento, y se sacudían los golpes con ruido y se esperaba al día siguiente.

En la parte de la galería, cuando había que meter ruido, se camuflaba con un tocadiscos a todo meter, con voces cerca del centro de los funcionarios o ruido de martillazos de alguno que estaba arreglando algún mueble.

Como en la ópera

Había ocasiones en que, para sacudir media docena de golpes, se montaba toda una ópera perfectamente coordinada. Uno se encargaba de despistar al funcionario, hablándole de cualquier tema; cuatro jugaban a la pelota en el patio; en la celda de encima del retrete alguien arreglaba a martillazos una mesa y cerca del centro varios discutían acaloradamente, para atraer la atención de funcionarios. El resto controlaba accesos y ventanas de las dependencias de funcionarios, para que no apareciera nadie de improviso.

En cuanto pasaba el momento señalado, cada cual volvía a sus tareas como si aquello hubiese sido la cosa más natural del mundo.

Se tardó casi un mes en atravesar la pared de varios centímetros de cemento y colocar en su lugar una tapa falsa que no desmerecía en nada a la anterior.

Para abrirla, había que utilizar también una ventosa que se aplicaba en la parte inferior y hacer bastante fuerza, porque estaba muy bien encajada.

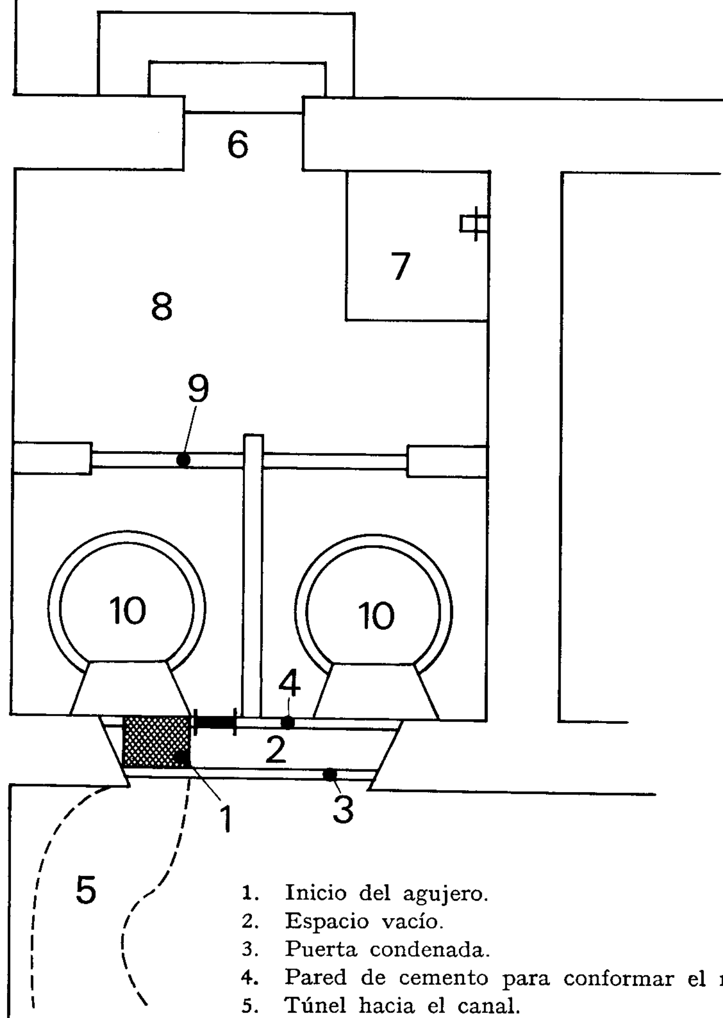
En busca de un colector

Nada más penetrar en el reducido espacio, se empezó a cavar junto al muro de la prisión. La idea era alcanzar el colector del recinto y salir al antiguo canal general. Suponían que allí habría nuevas medidas de seguridad, pero pensaban también que siempre serían superables. Todo ello se vería en su momento. Quedaba, además, la posibilidad de acercarse a otro canal o dirigirse directamente hacia un parque que estaba junto a la prisión. Se cavaba en cuclillas.

Rápidamente apareció la primera dificultad. Un enorme pedrusco impedía la bajada. Además el túnel se inundaba de aguas fecales de los retretes de la zona.

"Faflito" había conseguido pasar el obstáculo de la piedra, pero en base a complicadas maniobras que no estaban al alcance de casi nadie de la prisión, ni mucho menos del ritmo de salida que necesitaba una fuga masiva. Se hizo una bolsa alrededor de la piedra y se desplazó lo suficiente como para pasar sin grandes problemas.

DETALLE DE LA CELDA RETRETE DEL PATIO DE LA BIBLIOTECA



1. Inicio del agujero.
2. Espacio vacío.
3. Puerta condenada.
4. Pared de cemento para conformar el retrete.
5. Túnel hacia el canal.
6. Entrada del patio.
7. Grupo y lavabo.
8. Retrete.
9. Puerta de madera.
10. Tazas.

En negro situación de la tapa. Era exactamente igual a la primera. Esta era un poco más fina.

Con el agua al cuello

Era noviembre del 75 y hacía mucho frío en Segovia. Las temperaturas rondaban los cero grados, cuando no bajaban de ahí. En el interior del túnel, los del equipo trabajaban encogidos en un espacio muy pequeño, con agua de mierda hasta el cuello, que subía en cuanto alguien daba la bomba. Cuando eso ocurría, cogían aire y se esperaba a que descendiese del nivel de la boca. Al final, la tierra filtraba muy bien.

La idea de alcanzar el canal del recinto tuvieron que abandonarla porque, cuanto más descendían, más agua salía.

La tierra que iban sacando la amontonaban en el poco espacio libre que dejaba la entrada del túnel en el resto del hueco cerrado. Más adelante, estaba proyectado sacarla en bolsas para tener más espacio.

Franco se muere

Mientras, en la calle el panorama político estaba cada vez más confuso. Franco estaba gravemente enfermo y después de su aparición en la Plaza de Oriente no se le vio en público. La siguiente vez, apareció muerto. En la cárcel, el hecho de que muriera el dictador atrajo todas las atenciones, tanto de los funcionarios como de los presos. Todos esperaban que

algo cambiara con su muerte. La dictadura pasaba por una gran crisis, y sin dictador ésta se iba a agudizar.

Entre los presos, la reacción primaria fue que la libertad estaba cerca, aunque no se tenía demasiada certeza de que fuera inmediata. Pero, quien más quien menos, pensaba que algún indulto habría y que a Arias no se le vería nunca más.

Los político-militares se reunieron en célula para discutir si valía o no la pena seguir con el proyecto. Hasta la fecha, nadie de la prisión se había enterado de la existencia del trabajo, ni tan siquiera los presos de otras organizaciones. La intención era que al principio nadie estuviera al tanto del túnel, aunque posteriormente, por el sitio escogido, todo el mundo tuviera que darse cuenta. Por decirlo de alguna manera, se trataba de tener la propiedad del agujero. Una vez conseguido esto y partiendo de un planteamiento masivo de salida, como en la anterior ocasión, se reservaban el derecho a reivindicar la fuga y a que, en caso de discrepancias sobre la proporción de gente a salir, los polimilis tuvieran la última palabra. En la calle, en medio de una fuerte crisis, la organización trataba de recuperarse de las caídas de todo el año anterior y —pensaron— que una acción así les vendría muy bien.

De la discusión planteada en la célula sacaron dos conclusiones: el proyecto seguiría adelante, porque se dudaba que, de entrada, saliera todo el mundo a la calle, si bien un amplio indulto era muy probable. No todos los días se instauraba una monarquía. Por otra parte, y para denunciar las exclusiones del indulto, se

propuso a la organización y a las fuerzas políticas de Segovia una huelga de hambre.

En el mejor de los casos, si todos salían a la calle con el indulto, no se perdía gran cosa. En el peor, era un intento más.

Cuando la prensa publicó el decreto de indulto que marginaba a los delitos relacionados con "terrorismo" sorprendió a los más pesimistas. Superó la peor de las previsiones. Arias, que seguía de jefe de Gobierno, no había sabido ser ni demagogo.

En la cárcel había una gran tensión. Numerosos guardias civiles rodeaban la prisión, dentro de la operación "Lucero" que el Gobierno había previsto para la muerte del dictador.

En la reunión de fuerzas políticas convocada para tratar del tema, se llegó al acuerdo de que la huelga de hambre fuese el día 8 de diciembre. Sólo participaban los troskos, los polimilis y algunos independientes.

Otra vez en celdas

A primeros de diciembre, comenzaron a aplicar, con mucha lentitud, el indulto, que benefició a algunos de los que se encontraban en Segovia. El mismo día que los demás empezaban la huelga de hambre, "Patxi" salía con los planos del segundo agujero escondidos en las botas. Tenía que irse al otro lado y pasar la

información a la dirección, para que comenzasen los preparativos en el exterior.

Al día siguiente de comenzar la huelga de hambre, llegó por el conducto normal de la oficina de makos, y a través de un familiar, una nota del ejecutivo de ETA p-m diciendo que la huelga de hambre coordinada no se llevaría a cabo, por considerar que la opinión pública estaba suficientemente sensibilizada y nadie tendría dudas de que iban a seguir existiendo presos políticos.

Aquello fue un gran contratiempo. La decisión tomada no se podía echar para atrás y el trabajo quedaba considerablemente retrasado. No quedaba más remedio que apechugar. Se planteó buscar una salida rápida a la huelga de hambre y que, a ser posible, no quedaran las cosas peor de lo que estaban. Sólo estaba Segovia en huelga, y en la Dirección General en Madrid estaban hasta la coronilla de este penal.

La huelga se terminó en una semana. Carrasco estaba en plan duro y no se consiguió prácticamente nada, excepto una hora más de patio al día durante la sanción y la entrada de más comida de fuera.

La sanción era de 40 días y el director no estaba dispuesto a levantarla para Navidad. Presiones externas del ministerio de Asuntos Exteriores y un telefonazo oportuno hicieron que el día 24 al mediodía los presos salieran de sus celdas. El trabajo se reanudó el día de Navidad. El agujero estaba intacto, lleno de agua y plagado de ratas. Para sustituir a "Patxi", entró "Intxixu" y se incorporaron también "Gaztelu" y "Meñika".

Una idea luminosa

"Gaztelu" acababa de llegar del hospital penitenciario de Carabanchel, donde había sido tratado de una afección cardíaca que le surgió tras la huelga de hambre del verano. Aprovechó la instalación eléctrica de la antigua celda para hacer una toma e introducirla al interior del túnel. Con la luz, los trabajos se simplificaron bastante.

A primeros de enero se llegó a una pared de lo que se suponía era el colector de la galería. Se taladró con infinito cuidado la parte superior. Para no meter ruido, se utilizaron unas sierras que se conservaban desde el primer intento, y trataron de comer el cemento que rodeaba unos ladrillos macizos. Se tardó mucho tiempo.

El escaso panorama que se veía desde la hendidura no era muy optimista. Era una arqueta que moría allí mismo y tenía unos 2 metros. Por la parte de arriba recogía los desagües de dos pares de celdas y por abajo tenía una ranura que daba a un pozo lleno de mierda seca. Parecía imposible que aquello tuviera sentido. Una vez acabada de desmontar toda la pared, ladrillo a ladrillo, se dieron cuenta de que aquella arqueta era la parte superior del canal. El canal, a esa altura, estaba completamente cegado. Cada vez que alguien utilizaba los servicios, además de caerles encima, el agua salía por todas las esquinas, y el túnel de tierra se llenaba así de agua. Un intento de limpiar el canal no tuvo éxito, porque el agua sucia ocupaba inmediatamente su lugar. Era como cavar en la arena de la playa.

Un túnel por encima del canal

Se pensó que si al principio estaba atascado, no tenía por qué estarlo más adelante. El agua en circulación sería mucho mayor a medida que avanzaba el canal y en consecuencia los sedimentos serían menores que al principio. Se trataba de avanzar por la parte de encima del canal, aprovechando las arquetas, y descender a él en cuanto el nivel de residuos lo permitiera. Todo esto representaba un gran problema, porque había que meter mucho ruido si se quería ganar tiempo. De hacerse como en el primer caso, ladrillo a ladrillo, el trabajo se eternizaría. Insistentes rumores hablaban de un próximo traslado a la prisión de Soria de todos los allí recluidos.

En el patio, "Zibi" preparó los equipos de apoyo y en concreto la salida y transporte de la tierra sobrante del agujero. La mejor hora de abrir la tapa del agujero era poco antes de las diez de la mañana. A esa hora el funcionario no estaba en su cabina y durante un cuarto de hora o diez minutos el patio quedaba libre para maniobrar. Algunos de los presos se habían enterado ya y colaboraban en la vigilancia y control de los funcionarios. Aunque no estuvieran en el patio, solían estar en una dependencia que daba a él.

Para las operaciones de entrada y salida, un grupo de más de media docena de presos se ponía a pasear por el patio tranquilamente. Entre ellos estaban los que se metían en el túnel. Otro preso solitario que daba la vuelta antes que ellos y que observaba la ventana de la garita, les daba el aviso para que se dirigieran al retrete con naturalidad. Esta operación se repetía todos los días varias veces.

La salida se hacía de la misma manera. Los que salían del túnel se incorporaban al grupo grande un momento antes de abrirse la puerta del patio.

La libertad huele que apesta

Solían salir hechos un asco. En el anterior túnel, pasaban por las duchas y no había problemas de higiene. De éste salían oliendo a mierda, helados de frío, empapados y sin posibilidad de lavarse hasta que una vez abierto el patio para comer o cenar pasaban un momento por la celda. En el retrete había un grifo que permitía quitar la suciedad más evidente, pero no era suficiente.

Debido al frío que hacía aquel invierno, los que trabajaban entraban siempre con ropa seca, porque ponerse de entrada la ropa mojada y sucia de la víspera, era una tortura.

Mientras se cambiaban en el retrete, solían ver, en más de una ocasión, que la nieve cubría el patio y a sus compañeros paseando fuertemente abrigados. La ropa limpia la metían en bolsas de plástico y la colgaban en el interior de la puerta que daba al hueco anterior al túnel. Durante estas operaciones, se colocaba una chaqueta de penado encima de la puerta del retrete, indicando que estaba ocupado. Los que entraban se iban de esta manera al retrete de al lado de manera automática.

La tierra tenía un largo camino antes de que fuese a parar al desagüe escogido, que estaba junto a la coci-

na. Días antes de que se comenzase a sacar la tierra del túnel, "Fangio" había cosido una veintena de bolsas de tela de pantalón de penado, capaces de transportar ocho o diez kilos cada una. La tela de los uniformes de penado era de lo más basta, tanto que en la operación de sacada y transporte de tierra no falló nunca ni una, a pesar de que los pantalones utilizados para las bolsas eran viejos.

A la misma hora que el equipo se preparaba para entrar y estaba colocada la chaqueta en la puerta del retrete, los indicados por "Zibi" para recoger sacos de tierra iban pasando por allí y recogían uno o dos de los sacos. Estos eran introducidos en el sobaco de la parte interior del chaquetón.

Sin luz, mejor

Fue con la sacada de tierra cuando muchos presos se dieron cuenta de que los polimilis tramaban algo. A los casos en que era evidente que se habían dado cuenta, se les explicaba brevemente el asunto y las posibilidades que había y se les entregaba rápidamente un saco de tierra.

El sistema eléctrico instalado se convirtió en un peligro. La humedad del interior del túnel provocaba unas fuertes sacudidas a los que allí trabajaban. La corriente era de 125 pero, al estar metidos en el agua, se multiplicaba. Más grave era el efecto psicológico, al sentir las descargas en un espacio tan cerrado y estrecho.



Iturbe Totorika, «Faflito», cuando salió en libertad un año después.

Al final, decidieron usar la luz solamente para las entradas y casos especiales, sobre todo después de que "Faflito" saliera con rodillas y codos despellejados, al intentar encogerse, en reflejo de autodefensa ante las descargas. Dadas las medidad del túnel, eso era imposible. Para los demás casos, utilizaban las pequeñas linternas que fabricaba "Gaztelu" y que se sujetaban en la boca o en la tierra con una pinza.

La ruta de la tierra

La ruta que seguía la tierra era complicada. El único sitio capaz de absorber tal cantidad de tierra de un golpe era una alcantarilla que había en el centro del patio del comedor y la cocina. Por allí se tiraban las sobras de la comida a diario, así como todos los desperdicios y restos de su preparación.

Tenía la ventaja de que, a determinadas horas, era algo perfectamente natural para los funcionarios el que alguien se acercara allí con un recipiente y volcase su contenido. La desventaja es que la tierra tenía que pasarla a través de toda la cárcel y delante de tres puntos de vigilancia distintos: el del patio de la biblioteca y su ventana, el centro y la garita del funcionario que vigilaba los accesos a la comida. Además, la mayor parte del día este patio estaba cerrado. Hubo que organizar los viajes de modo que todo pareciera normal, dentro de los movimientos que a diario hacían los presos.

Aparte de las bolsas de tierra se llevaba también en los cubos de la limpieza, debajo de la melena de las fregonas o en un canastillo de mimbre que se utilizaba a otras horas del día para llevar el almuerzo de un patio a otro.

Aumentan las sobras

Todo seguía el mismo camino. En la cocina, ''Fangio'' recogía las bolsas y las guardaba en un armario despensa y esperaba el momento de echar las sobras de las comidas. Una vez echada la tierra por el agujero, se tapaba la entrada con un tiesto y se inundaba el centro del patio con una manguera. Cuando se levantaba el tiesto, el agua arratraba todo lo que se había echado. Este sistema se utilizaba para que la comida allí vertida no oliese.

La garita del funcionario estaba a unos 10 metros del vertedero. Nunca notó nada raro. Los movimientos eran los mismos que se hacían a diario desde hacía años. Por otra parte, la tierra del túnel que no se había podido sacar del patio de la biblioteca, se dejaba en cajones de cartón, sobre los que se ponían periódicos atrasados.

Los periódicos viejos se amontonaban siempre en el vestíbulo de la biblioteca, junto a la garita del funcionario y cuando alcanzaban una cantidad considerable, se llevaban a la leñera o a la cocina para encender el fuego. Poco después, la tierra se llevaba en estas cajas hasta su destino.

Posteriormente, hubo que recurrir a más trucos porque el tiempo apremiaba. La ropa que usaban en el trabajo se sacaba como la tierra, en bolsas, porque estaba mojada y manchada. Para lavarla y dejarla en condiciones, se había preparado también un servicio de limpieza de acuerdo con los encargados del lavadero. Estos, cuando era necesario, se acercaban desde un tercer patio con unos grandes cubos de lunares que había que llevar entre dos personas y allí se recogían las ropas utilizadas en los partidos de fútbol. Entre estas ropas se metían las de los del túnel y se llevaban a la lavadora. Allí se ponían a remojo y a dar vueltas hasta que soltaban toda la arenisca, la tierra y mierda seca que tenían. Todos los conductos de la lavadora rechinaban a tierra. Lo más difícil era evitar el olor a orina que se dejaba en todas partes.

Se pensó después que si de allí se sacaba la ropa sin problemas, con la tierra se podría hacer igual. La pega que tenía era disimular el peso del cubo lleno de tierra. Los porteadores tenían que atravesar la cárcel como si llevaran sábanas. Cualquiera que se fijase observaría el gesto forzado de los presos.

Para evitar que los funcionarios del Centro notaran algo raro, se ideó un sistema de paso que dio buenos resultados. Poco antes de pasar delante del Centro de los funcionarios, había un pasillo que comunicaba con cada patio, y que estaba fuera de su vista. Pasar de un patio a otro era el tramo peligroso. Una vez en los pasillos, se podía transportar el cubo sin el esfuerzo del disimulo.

Para conseguirlo, se enviaba a uno por delante para que indicara por dónde andaban los funcionarios y lo

que hacían. A continuación, ''Kartolas'', el comunero de los presos, encargado de llevar las cuentas y relaciones con la administración, entraba en el Centro de manera enérgica, de modo que se oyera desde el pasillo que había abierto la puerta. Una vez dentro, se ponía a protestar sobre cualquier cosa, con grandes aspavientos, siempre había alguna bombilla que faltaba o alguna otra avería en la televisión que, si hacía falta se provocaba deliberadamente.

Esta forma de entrar atraía la atención de los funcionarios y dejaban de fijarse por un momento en los presos que pasaban frente a ellos. Es cuando aprovechaban los del cubo para pasar zumbando.

Este método que agilizó el transporte de tierra, acabó por atascar la alcantarilla y hubo un momento en que no pasaba ni la comida. Se tuvo que dejar de echar tierra durante varios días y se echaron toneladas de agua con cualquier excusa. Poco después, el canal estaba libre.

ETA otra vez a Madrid

Mientras tanto, ''Patxi'' había pasado al otro lado y entregado la información a ''Apala''. Este avisó a ''Arantxa'' para que se preparase para ir a Madrid, porque se había recibido una información referente a una nueva fuga en Segovia. Había que ir preparando las cosas.

''Arantxa'' llegó a Madrid a mediados de enero del 76, cuando todavía no había terminado el secuestro

de Arrasate. Tras las caídas del verano, la infraestructura de Madrid había quedado también afectada y se necesitaba algún tiempo para montar algo serio.

Según como se planteara la fuga, las bases de Madrid iban a jugar un importante papel. Se dedicó esa temporada a trabajar algunos conocimientos personales. Muchos de los que habían colaborado antes con actividades de ETA en Madrid, se habían desvinculado totalmente de los polimilis tras la muerte de Franco. Esta gente, que a veces pertenecía a otras organizaciones, no tenía más vínculos con ETA que los de la solidaridad. A algunos de ellos, el intentar mantener estas relaciones y en concreto el apoyo que prestaron a la fuga les costó graves problemas organizativos, como el que se planteó en MC de Madrid entre algunos vascos afincados allí y la dirección.

A primeros de febrero apareció "Beltza". Mientras llegaba más información referente a la fuga, se dedicaron a preparar en Madrid algunas otras acciones, y a examinar las carreteras de acceso a Segovia, a ver los alrededores de la cárcel.

Días después contactaron con "Meltxor". Para entonces se había informado al exterior de que la salida sería, casi seguro, por el mismo sitio. A la espera del plano de la prisión que estaba en Euskadi Norte, y para adelantar trabajo, el comando se hizo con un antiguo plano de Segovia, donde aparecía el riachuelo antes de construirse la cárcel. De esta manera, tras varias vueltas, dieron con la salida. Comprobaron que la salida estaba cerrada con unos gruesos barrotes y, para examinar su interior, tuvieron que meterse por una boca próxima.

"Beltza", que estuvo a punto de desnucarse en la bajada, salió impresionado, tanto por la oscuridad como por la suciedad y las ratas.

Una vez localizada la salida, se centraron en buscar casas y alojamientos, para el caso de que los fugados tuvieran que quedarse en Madrid.

Prohibido tirar de la cadena

Las paredes de la primera y segunda arquetas cayeron sin dificultad. El ruido que se hizo fuera cubrió muy bien el de dentro. Entre arqueta y arqueta, había un par de metros de tierra que se extraía bien y se sacaba al exterior en las bolsas. Los problemas que producían las inundaciones periódicas del túnel se solucionaron de manera drástica: se ordenó a todos los que estaban al corriente del proyecto que no utilizaran los retretes de esa parte de la galería y a alguno que no sabía nada, se le averió deliberadamente la cisterna, atascándole completamente el conducto del agua con tacos de madera, estropajos y pedazos de jabón.

En el interior del túnel, los conductos que bajaban de las celdas, ahora inutilizados, se aprovecharon para guardar tierra y piedras que de esta manera no se tendrían que pasear por toda la cárcel.

Justo pasar la segunda arqueta, volvieron los problemas. Al tratar de avanzar en el túnel, "Faflito" vio cómo piedras y pedazos de barro le caían en la cabe-

za. Instintivamente, se echó hacia atrás y notó que toda la galería se derrumbaba ante sus narices. Las pocas herramientas que había se quedaron allí: un par de hierros, las piedras que hacían de martillo... absolutamente todo. "Faflito" salió del túnel rápidamente. Había que volver a sacar materiales de trabajo de donde fuese.

A medida que se avanzaba en el túnel, el equipo del interior aumentaba. Mientras unos sacaban tierra, otros la metían en sacos y la colocaban en la entrada. Llegaron a estar cuatro a la vez.

En la segunda arqueta se había observado que el nivel de sedimentación había bajado, aunque todavía no cabía una persona. Se esperaba que en la tercera, con unos 8 metros de túnel excavado, fuera posible, después de haberlo limpiado un poco, alcanzar el canal central. Y de allí a la calle.

El desprendimiento se superó por la parte de arriba. El túnel parecía un tobogán con la curva de entrada y luego la subida de un metro por el derrumbamiento.

Un recuento sorpresa

La pared de ladrillo de la tercera arqueta era tan sólida y consistente como las anteriores. Como los golpes que sacudían a los ladrillos con una piedra no eran suficientes, y como un hierro arrancado de una ventana del comedor era demasiado largo para maniobrar con él en el interior del túnel, "Faflito" se dio

media vuelta hasta la segunda arqueta y entró con los pies para adelante. Decidió acabar con aquel muro a patadas. Justo acabar de tirar el último ladrillo, y cuando paró para coger el poco aire que podía respirarse en el túnel, oyó pisadas atropelladas de zapatos y suela de material. Instintivamente pensó que eran funcionarios que estaban investigando el ruido que había producido, y salió rápidamente, junto a "Meñika". Después de dar la contraseña en la tapa, "Gaztelu" les dio paso y se cambiaron rápidamente. Salieron disparados hacia el comedor. Eran las cinco de la tarde. El "Zapata", después de haber inspeccionado las celdas de la galería en busca del ruido que habían oído, no encontró más que a uno arreglando una silla, otro haciendo lo mismo con una mesa y el resto escuchando música o charlando en voz alta. Adelantó el recuento una hora. Se plantó en medio de la primera galería, con tono desafiante, y esperó a que alguien saliera de alguna celda deshabitada, que estuviera sirviendo de base para hacer un agujero.

Se armó un gran revuelo entre los presos. La hora desacostumbrada del recuento y la lentitud con que los presos se dirigieron al comedor hizo que tardasen bastante en agruparse todos. Cuando el "Zapata" y sus funcionarios fueron a contar, faltaban dos. Alguien dijo que en la sala de arriba había gente escuchando música, y que era posible que no hubieran oído. Mientras iban a buscarles, "Faflito" y "Meñika" escondían las manos negras y las uñas llenas de tierra en los bolsillos. Habían pasado por detrás del jefe de servicios mientras éste miraba en dirección contraria, y habían llegado los primeros al recuento. Los que estaban en la sala de música se excusaron en la

hora en que había sonado el recuento para no haber acudido.

Sin embargo, los presos se desanimaron. El que el túnel no hubiera caído en ese momento no quería decir que no pudiera caer en otro. Los funcionarios había oído el ruido y no pararían hasta encontrar su origen.

Después del recuento, los funcionarios mosqueados cachearon minuciosamente las celdas de toda la galería, las vacías y las habitadas, golpeando el suelo por si en algún lugar sonaba a hueco. No encontraron nada raro y se quedaron bastante tranquilos. Pensaron que el ruido lo habían producido los que arreglaban las mesas y las sillas. Como el susto había sido gordo, se decidió esperar algunos días antes de volver al trabajo y se decidió también no trabajar nunca más con la guardia del "Zapata". Eran mediados de febrero.

Se rompe la tapa

La falta de espacio al inicio del agujero se veía agudizada por el almacenamiento de piedras y tierra. Al menor movimiento en falso, se caían piedras, se golpeaba en la puerta, o, como ocurrió, saltaba la tapa.

Fuera estaban jugando al fútbol. Por un instante, y ante el estampido que produjo una caída plana de seis baldosas y su dosis de cemento, el partido se detuvo por un momento. Los que sabían lo de túnel, se dieron cuenta de lo que había ocurrido. Los que tenían sospechas las confirmaron y los que no tenían ni idea se enteraron entonces.

El funcionario estaba apoyado en una pared, a muy pocos metros del retrete, observando el partido, y miró distraídamente hacia allí. Un preso que estaba a su lado se incorporó y al pasar a su lado dijo, hablando para sí, que había vuelto a pinchar un camión en el parque móvil del ejército que había junto a la cárcel. El juego se reanudó rápidamente y el funcionario volvió a centrarse en el juego. Aquel día el partido se hizo acabar un poco antes.

El espectáculo que ofrecía el retrete era deprimente. Un gran boquete negro en la pared y en el suelo, en cinco o seis pedazos desparramados, la tapa. El recuento de las seis estaba al caer.

La tapa anterior había costado más de quince días y ahora había que hacer otra en unas horas. Por la noche no se podía dejar aquello así, al aire. Se colocó la chaqueta de siempre en la entrada. "Fangio" consiguió ir a la cocina y traer algunas baldosas y algo de cemento. Cuando volvió le esperaban con la plancha de madera de los espejos. Se colocó una tapa provisional con el cemento sin secar, que podía desprenderse ante cualquier golpe y que, aparte de ser de una tonalidad distinta, no encajaba muy bien. Hubo que lijar todos los bordes para que pudiera entrar.

Por la noche, después de cenar, no se notaba demasiado la avería, si no se fijaba bien, pero se dudaba que aguantara un solo golpe si cacheaban con dureza aquella noche las paredes del retrete.

Al día siguiente, domingo, los que estaban libres de visitas, que eran pocos, tuvieron que arrancar las baldosas buenas de la pared e intercambiarlas. A los dos o tres días, la nueva tapa estaba en condiciones. Para

que no volviera a ocurrir lo mismo, se instalaron en la parte interior unos pasadores con unas cucharas dobladas. Era imposible abrir la tapa sin levantarlos.

Todo como antes

A finales de febrero, "Faflito" consiguió llegar hasta el canal grande. No observó señales de que alguien anduviera por allí. Al acercarse a las rejas del recinto, vio que estaban como las había dejado, serradas unas y dobladas otras. Pensó que habría algún detector de metales o célula fotoeléctrica. Dio media vuelta y volvió a la cárcel a comunicar lo visto al resto de la gente. Antes de subir, dejó varias piedras en diversos puntos, de tal manera que, si alguien andaba por allí, aparecieran movidas al día siguiente. En la siguiente ocasión entró con el traje de baño, por si había algún detector de metales. Tenía que investigar una especie de rayo que se filtraba desde la parte del retén de la policía armada.

La luz era natural, y llegó hasta debajo de la carretera sin problemas. Estaba prácticamente todo hecho. Cuando volvía, se dio cuenta de que el traje de baño tenía una cremallera metálica, y aceleró la salida. Una vez en el patio, le indicaron que no había pasado nada.

Para el domingo siguiente, último del mes, se planificó una salida hasta el final. Había que examinar todo el canal. En una reunión de célula que se había tenido

días antes, se planteó, entre otras cosas, la actitud de algunos familiares ante algunas convocatorias de encerronas que se habían realizado, y a las que no habían acudido, porque pensaban que hacer algo contra el Gobierno era retrasar la amnistía.

Para evitar que ocurriera esto, decidieron sacar una nota dirigida a los familiares y organismos antirepresivos con los que tenían contactos, criticando estas posturas y animándoles a intensificar sus actividades. El panfleto iba firmado por todos los presos abertzales, organizados o no.

Una de las copias llegó al exterior sin dificultades. Pero la otra, la que sacaban los milis, fue cazada por un funcionario concienzudo que la encontró cosida en el forro de un pantalón. Hacia las seis de la tarde, "Intxixu" y "Faflito" regresaron de la calle después de haber hecho todo el recorrido. Al final, tal y como había comprobado el comando del exterior, habían instalado unos barrotes, pero podrían serrarse un momento antes de la fuga.

Se elaboró rápidamente un informe para la dirección, indicando que en unos pocos días se acabarían las labores de limpieza y ensanchamiento del túnel, y que para entonces tenía que estar todo listo. Se ponía una cita en el extremo del túnel en dos fechas sucesivas.

Al día siguiente, lunes, apareció en la cárcel el juzgado de Segovia, para preguntar a los presos sobre una nota que había sido entregada por el director de la prisión, y que pudiera estar redactada en términos injuriosos para el régimen. Después de tomar declaración a los firmantes del panfleto, se reunió la Junta de Régimen y envió a todos los firmantes a celdas de castigo.

El agujero se quedó plantado. Fuera, vigilándolo, quedaban dos polimilis que acababan de llegar de Madrid después de su juicio, y que no habían podido firmar la nota. Ayudados por algunos independientes, se encargaron de estar atentos a todos los movimientos y cacheos que se produjeran cerca del túnel.

Hubo noticias alarmantes, porque algunos cacheos fueron verdaderamente duros. Fuertes golpes en las paredes y empleo en ocasiones de la ventosa que se usaba para desatascar lavabos. Llegaron incluso a picar algunas baldosas cercanas a la tapa. El aislamiento en celdas agudizaba la tensión nerviosa de los encerrados.

El mayor problema, sin embargo, se presentó de manera inesperada. Los primeros días de marzo entraron en la prisión varios jóvenes relacionados con la muerte de una chica y con un asunto de drogas. El juez decretó la incomunicación de los presos en celdas diferentes. A uno le metieron en una de las últimas celdas de la primera galería.

En cuanto utilizó el retrete, y tiró de la bomba, se dio cuenta de que estaba atascado. Llamó al funcionario y pidió que se lo arreglasen. El hojalatero era el cocinero de la prisión y no podía ir hasta la tarde. Prometió desatascarlo rápidamente con un hierro.

"Faflito" tiene claustrofobia

Los que estaban fuera lo comunicaron inmediatamente a los de celdas. "Faflito" aporreó la puerta y llamó al funcionario. Le dijo que le había entrado claustrofobia y que si no lo sacaban iba a hacer una avería con lo primero que tuviera a mano, fuese persona o cosa. El funcionario avisó al jefe de servicios, y éste al médico y al director. Tras una tensa entrevista en la que "Faflito" se esmeró en dar la mejor imagen de un desesperado dispuesto a todo, y como ya anteriormente había arrancado dos puertas a patadas cuando los incidentes de los traslados y en alguna otra ocasión, la dirección, previo parte médico, decidió sacarlo de celdas.

Salió para las cuatro de la tarde. El hojalatero iría a las cinco. En cuanto cerraron la puerta del patio, los que estaban vigilando le ayudaron a entrar en el túnel. Limpió no sólo el conducto de la celda del incomunicado, sino todos. Más adelante, los conductos vacíos sirvieron para comunicarse desde las celdas al túnel como si fueran teléfonos.

Pocos días más tarde era la segunda cita con el comando del exterior y "Faflito" decidió salir, aun-

que era el único que no estaba en celdas. Fuera no había nadie. Había sido un riesgo inútil.

De la calle llegaban noticias de la masacre de Vitoria, de varios atentados y del secuestro de Berazadi.

Las ratas tienen hambre

Como en el anterior proyecto, la entrada del agujero se utilizaba como refugio seguro de materiales importantes. En el penal, los presos tenían una radio con la que escuchaban Radio París. Para evitar problemas si la encontraban, es decir, para que no cacheasen las celdas y dependencias, se decidió que fuera guardada en el hueco de la puerta. Cuando "Faflito" entró por tercera vez para revisar los controles colocados en el canal grande, se quedó de piedra. La radio había desaparecido. Aquello no era fácilmente explicable. El resto de las cosas estaban intactas, no había señales de que alguien hubiera entrado. Con cierta prevención, decidió comprobar si las piedras colocadas en el lecho del canal justo debajo de la entrada de los grises estaban movidas. Justo pasada la primera curva del túnel, hacia la primera arqueta, se encontró, a medio comer, la tapadera de la radio. Un poco más adelante había unos cables y unas pilas mordidas. A lo largo del trayecto, encontró el resto de las piezas. Las ratas de Segovia debían pasar mucha hambre.

Un paso seguro

También a primeros de marzo, "Iñaki" recibió en su domicilio de Tolosa un aviso para que se presentara inmediatamente en Euskadi Norte. Allí le esperaba el responsable de los berezi para decirle que preparara un paso de muga fácil y seguro. Tenía que procurar que no estuviera muy quemado. Era para mucha gente. El mugalari pensó que era una fuga, pero no preguntó nada y se fue a consultar sus mapas.

Los mugalaris formaban un aparato específico de la organización y se dedicaban a organizar pasos de frontera con las máximas condiciones de seguridad.

Pocos días después, tenía elegido un paso entre Espinal y Urepel, en Navarra. Pensó que tenía todas las características que le habían indicado. Durante todo el mes, se dedicó a recorrerlo y a controlar los movimientos de las patrullas de la guardia civil, para comprobar la frecuencia y movimientos de sus rondas. Los días de mucha nieve hacía el recorrido con esquís.

Comprobó que en el trecho escogido no andaba nunca la guardia civil.

En Madrid están ya todos

Al comando de Madrid se incorporaron "Izaskun" y "Shanti" que llevaban, a su vez, algunos nuevos contactos. La nota con las citas en el agujero les llegó demasiado tarde. Por eso no aparecieron.

Para agilizar los contactos, al igual que en la anterior ocasión, un familiar se encargó de hablar con ellos en el mismo Segovia, aunque no lo conseguiría casi hasta finales de marzo. Para entonces, los castigados habían terminado la sanción de 20 días y se dedicaban a limpiar el túnel y a confeccionar la lista de los que saldrían.

Una comisión de los polimilis, después de diversos cálculos, elaboró con representantes de otras organizaciones y varios independientes una lista que era aproximadamente de 30 personas. Casi toda la población penal con condena fuerte. En cualquier caso, el número de los que se iban a fugar era verdaderamente alto, porque sólo quedarían en la cárcel una veintena. Había otros diez presos condenados por delitos comunes, que vivían totalmente aparte de los políticos y se dedicaban exclusivamente a servicios auxiliares y de mantenimiento de la prisión. Nunca había habido más.

Los grupos de mayores condenas y militantes eran los polimilis y los troskos. Se decidió que todos los independientes con muchos años de condena pasaran a la lista.

A Liga le ofrecieron un cupo de 6 personas. De todos modos, para ajustar el número con unos y con otros, había varios casos con condenas medias o relativamente pequeñas con los que jugar.

Los troskos discutieron en célula la propuesta de sus antiguos colaboradores en la primera fuga. El planteamiento general de esta organización era muy simple: sacar presos de la cárcel siempre era positivo pero, para que fuese verdaderamente eficaz,

entendían que la fuga debería ser limpia y sin derramamiento de sangre.

Los troskos no se deciden

De cara a la segunda fuga, habían colaborado siempre que se les había pedido, al igual que el resto de los presos. Políticamente, sin embargo, hubo algunas pegas. La dirección de Liga, cuando le fue notificado el proyecto y sus probabilidades de salida, argumentó en contra. Las razones que enviaron a sus militantes insistían en la idea de que, después de la muerte de Franco, la dictadura no duraría mucho. Las luchas sociales iban en aumento. La calle estaba al alcance de la mano y pensabán que era mejor salir por la puerta con una amnistía que por un túnel en el que no se descartaban serios incidentes.

En el interior de la cárcel, no veían todos las cosas de la misma manera y de los seis puestos iniciales, sólo cubrieron cuatro, porque dos de ellos, a última hora, decidieron quedarse.

Con los demás se llegó a un acuerdo rápido. En total, saldrían 12 polimilis, 5 milis, 4 troskos, 1 del FAC y 7 independientes. Quedaban en el interior 22.

Ultimatum

Al igual que en la primera ocasión, un familiar hizo de enlace directo con el comando del exterior. Mientras, en el interior los político-militares, nerviosos y molestos por no tener noticias de Euskadi Norte y la

falta de los del comando a las citas, escribieron un ultimatum terriblemente duro a la dirección de su organización, diciendo que, si en breve plazo no se hacían responsables de la operación, saldrían por su cuenta.

La nota la enviaron a "Pertur", de quien varios de los que estaban en Segovia eran amigos personales o habían trabajado políticamente con él. "Pertur", en cuanto la tuvo en sus manos, como desconocía todo lo referente a la acción, pasó la nota al responsable de los berezi.

Días más tarde, el familiar contactaba con los comandos destacados en Madrid y ponían la primera cita. Para ganar tiempo, con tinta simpática se les pasó una nota con las cosas más urgentes que necesitaban.

Verse a oscuras

Para la cita, "Shanti" y "Beltza" entraron de víspera en el agujero, cuando todavía estaba oscuro, y se quedaron allí todo el día. La cita estaba fijada para la tarde. Llevaban, tal y como se les había pedido, una larga cuerda, 15 linternas, una pistola, dinero y una máquina fotográfica. De la cárcel salieron "Intxixu" y "Faflito". La cuerda resultó demasiado gruesa y no se pudo utilizar. Se empotró en una de las arquetas, en vista de su inutilidad. En la cita se concretó que el día de la fuga sería el 4 de abril, martes, con la guardia del "Canario". Había fuertes razones para que se

hiciese ese día, y no otro. Un subordinado del "Canario", el funcionario apodado "de la ORT" (apodado así desde que en un cacheo encontró un panfleto de esta organización) era el único que se ausentaba del puesto a la hora señalada para la fuga. Solía abandonar la garita durante 20 minutos, tiempo suficiente para entrar todos en el retrete y empezar a introducirse en el agujero. Al volver, y no ver a casi nadie en el patio, pensaría que los presos estaban en sus celdas echando la siesta. A su vez, el funcionario del interior de la galería pensaría que los presos estaban viendo la televisión. Como el patio estaba cerrado hasta la hora del recuento, había grandes posibilidades de que durante todo ese tiempo no se enteraran de la fuga. Gracias al nuevo sistema de cierre de puertas y de nuevos horarios, los fuguistas iban a contar con dos horas más de margen que en la anterior ocasión, porque los funcionarios estaban incomunicados entre ellos.

Se ultima la salida

Se preparó minuciosamente también lo que tenían que hacer los presos que se quedaban. Se había formado un equipo encargado de evitar que alguien que no estuviera en la lista intentara la fuga por su cuenta. Además, en caso necesario, prepararían un motín para evitar que los funcionarios pudieran tener certeza de que faltaba alguien y, en caso de ser así, cuántos eran.

Si las cosas iban con normalidad, se había previsto que se celebrara como siempre el partido de fútbol y que los presos que quedaban con alguna condena se dejaran ver. Las familias sabían que, antes de venir, tenían que avisar. Esto se había conseguido ya desde antes de la primera fuga, y se seguía manteniendo. Las cartas que solían entregarse poco después de comer las recogía siempre el mismo y las repartía de celda en celda.

Se desecharon las otras dos guardias porque el "Zapata" andaba todavía con la mosca detrás de la oreja y el "Hispánico" era de costumbres totalmente irregulares, porque lo mismo desaparecía para emborracharse en el cuartito de los funcionarios, o se dedicaba a perseguir presos durante todo el día.

Poco antes del día de la fuga, un nuevo jefe de servicios, Herrero, ocupó el puesto del "Zapata". Era conocido como "el facha" porque se había declarado militante de la extrema derecha. El "Zapata" siguió en esa guardia como subordinado. Pero en cuestiones de seguridad, daba igual.

El día 4, o ninguno

Los del comando tenían preparado un camión trucado para el transporte de gente. El único problema de número era el de seguridad en la cárcel. Tenían que quedar allí los suficientes para que no se levantasen sospechas.

En el interior de la prisión se procedió a la selección de la ropa a sacar, en bolsas de plástico que estarían esperando a la salida del canal. En el primer intento, había la idea de que cada cual sacara sus ropas en el momento de la fuga, pero en esta ocasión las dificultades iniciales de salida y la necesidad de usar las manos para arrastrarse obligaban a llevar las manos vacías. Las bolsas se sacarían con antelación.

Los del equipo se encargaron de preparar los paquetes celda por celda. Tenían que ser lo más pequeños posibles: un pantalón, una muda y una camisa fina. En cuanto al calzado, tenía que ser deportivo, que se doblara y fuera flexible, en ningún caso botas o materiales por el estilo.

Llega Oriol

Estaba el problema de Oriol Solé Sugrañes. Había llegado el mismo día y en el mismo momento en que los presos abertzales eran metidos en celdas una veintena de días antes de la fuga. Tenía una fuerte condena que la hacía candidato automático a la salida. Pero con su llegada llegó el rumor de que en la prisión Modelo de Barcelona había tenido un comportamiento raro. Las informaciones recogidas durante ese mes, tanto de otros presos catalanes como de presos de distinta procedencia, indicaban que, efectivamente, había vivido apartado de los presos políticos y que había ocupado responsabilidades en puestos como jefe de talleres o cabo de galerías, cargos que sólo se otorgan a la gente de confianza de los funcionarios.

Los mismos informes indicaban también que, si bien todo esto era cierto, también era verdad que en esa época se estaba tratando de realizar un plan de fuga y que las relaciones con los demás políticos, externamente inexistentes, a otros niveles se producían. Lo que sacaba de esos cargos, se lo enviaba a los políticos. Se sabía además que los anarquistas no seguían un tipo de comportamiento tan rígido y estricto como la mayoría de los políticos, que reclamaban siempre vida aparte de los comunes y la puesta en marcha del estatuto del preso político. En muchas ocasiones, los anarquistas habían rechazado el apelativo de políticos y se autodenominaban presos sociales. No había nada raro en el comportamiento de Oriol en la cárcel. Y en la calle tampoco. Al contrario. Había sido compañero de Puig Antich y fue detenido herido, tras un duro enfrentamiento con la guardia civil en el Pirineo.

En cualquier caso, su vida en Segovia durante el mes que permaneció allí fue estrechamente controlada. La noticia de la fuga se le comunicaría un par de horas antes de salir. Para solucionar el problema de la ropa de fuera, se le tomaron las medidas de las prendas que tenía en la celda, así como el número de calzado, y se sacó una bolsa con su número.

Las bolsas se estuvieron sacando el sábado y el domingo. Tenían un gran número pintado con rotulador rojo, que correspondía a una clasificación hecha para la salida. Se dividió a los fuguistas en equipos de cuatro, exceptuando uno, que era de tres. Cada preso tenía un número. La salida se haría de manera ordenada, cada cual abriría su paquete numerado, se pon-

dría su ropa seca y saldría hacia una camioneta que se supone estaría esperando en las proximidades.

El número de componentes de cada grupo estaba calculado también por si, en vez de camioneta, fueran coches los encargados de conducir a los presos. El trailer estaría mucho más adelante.

Armas para los fugados

El sábado, "Arantxa" e "Izaskun" se fueron a Zumárraga, en Guipúzcoa, para recoger las armas de la fuga. Allí, el compañero de "Arantxa" las montó en el tren y les acompañó hasta Madrid. Eran dos pesadas bolsas de viaje que contenían seis metralletas Stein con doble cargador cada una y 16 pistolas, la mayoría de ellas de 9 milímetros, las ya clásicas en ETA, "Browning" y "Firebird", calibre "Parabellum". El armamento era nuevo, todavía tenía el empavonado brillante. Cada pistola iba metida en una funda de fino cuero negro y llevaba un cargador de repuesto incorporado.

En Madrid, "Meltxor" esperaba en la estación del tren. Metió las armas en su coche y se fue con las dos mujeres al piso que utilizaban en el barrio de Vallecas. El domingo por la mañana, junto al camionero del trailer que había llegado ya, establecieron el lugar donde éste esperaría a los fugados.

El lunes, en el penal, los presos daban los últimos toques a su proyecto de fuga. Los del equipo explicaron en pequeños grupos a todos los de la lista las características principales del túnel, especialmente en sus primeros metros, que eran algo problemáticos.

Como una última prueba, los presos de mayor tamaño entraron hasta el canal, para comprobar que no habría problemas para nadie.

''Anacleto'' tiene ganas de mear

El domingo por la tarde, ''Intxixu'' y ''Faflito'' estuvieron metiendo más bolsas de ropa. La tarde era lluviosa y en el patio estaban solamente los dos encargados de vigilar los accesos al retrete. El resto estaba viendo la televisión. Al poco, y mientras estaba la tapa abierta, salió ''el Anacleto'', apodado así por su desmesurado afán investigador.

Se puso a caminar, pensativo e investigador, por la parte del patio que daba al retrete. Para protegerse de la llovizna, iba muy pegado a la pared. Cuando llegaba a la esquina, al dar la vuelta, se fijaba con cierto detenimiento en el interior del water. Los vigilantes vieron que era evidente que por debajo de la puerta aparecían cuatro pies. Uno de los vigilantes avisó a los de adentro de que andaba ''el Anacleto'' por allí y llamó también a los de la televisión, para que echasen una mano.

''Intxixu'' se sentó en la taza y ''Faflito'' se colocó en cuclillas encima de él. Desde fuera sólo se veían unas piernas y una cabeza.

Desde el principio del segundo agujero, el hecho de trabajar prácticamente delante de los funcionarios obligaba a estar en muchas ocasiones con ellos, para

desviar su atención. A los funcionarios les gustaba hablar con los presos, porque era, de alguna manera, un síntoma de distensión después de los incidentes del verano. Había dos o tres presos que tenían cierta especialidad en enrollarse con ellos, hablando de los temas más inverosímiles, por ejemplo, de la actualidad política, el profesionalismo de los funcionarios, la extrema derecha, bodas, chismes de otros funcionarios, o simplemente, los partidos de fútbol de la tele. Hasta la fecha, había dado muy buen resultado. "Txomin" y "Peru" centraron rápidamente la atención del "Anacleto" en las bandas para-policiales, que seguían atacando a familiares de presos en Euskadi. Mientras, se trataba de cerrar la tapa y para ello había que dar dos golpes secos y salir del retrete. El funcionario, sin embargo, a pesar de que estaba muy a gusto charlando, tenía ganas de mear, y así lo indicó. Si entraba, lo iba a echar todo a perder. No era la primera vez que había ido a mear estando gente entrando en el agujero. La chaqueta le había empujado hacia el otro retrete, pero nunca se estaba seguro de que no echase una ojeada.

Sus interlocutores tuvieron que darle una cierta tensión a la discusión y consiguieron retenerlo el tiempo suficiente, hasta que vieron que "Intxixu" y "Faflito" abandonaban, con un cierto intervalo, los servicios. "Anacleto" echó una gran meada que se oía claramente desde el patio. Cuando salió, para seguir la discusión, no estaba "Peru" ni "Txomin" y los vigilantes, completamente empapados, fueron a calentarse en la estufa de la sala. Siguió paseando solo por el patio. La sacada de la ropa que faltaba se dejó hasta el mismo día de la fuga.

Un traslado de muebles

El día de la fuga amaneció también lluvioso. Esto favorecía los planes de los presos, porque la ausencia de gente en el patio se podía explicar con el mal tiempo. Incluso el partido no se jugaría.

A la misma hora que los presos iban al desayuno, el comando de Madrid se dirigía al mercado de Legazpi para alquilar una camioneta espaciosa. Llegaron rápidamente a un acuerdo con el conductor de un Mercedes de matrícula reciente y de buen aspecto. Le dijeron que tenía que transportar unos muebles castellanos desde Segovia y que, de paso, llevaría unas piezas mecánicas que tenían que dejar en un taller de allí.

"Beltza" y "Meltxor" se adelantaron con el coche y "las piezas" y esperaron el camión a unos diez kilómetros de Segovia. Allí, "Beltza", vestido de mecánico, esperaba junto a la carretera. Nada más subir las bolsas en el camión, "Shanti" encañonó al chófer con su pistola y le dijo que estuviera tranquilo, que eran de ETA y que necesitaban el camión para un trabajo. Le dijo que le pagarían rigurosamente los gastos y que cuidarían bien el Mercedes.

El camionero, que se había tranquilizado un tanto, les aseguró que no intentaría nada, porque sabía que ETA no se metía con los obreros y les recordó poco antes de que lo ataran y amordazaran, que antes de cada arrancada tenían que calentar el motor, porque si no se calaba. Le acomodaron entre unas gomas, dentro de la cajera, y "Meltxor" pasó a conducir la camioneta.

Hacia las 12, aparcaron el camión en las cercanías de la salida de la alcantarilla, y varios del comando se fueron a Segovia a hacer algunas compras para el viaje.

Por esa hora, los presos habían acabado ya de sacar las bolsas de ropa que faltaban.

¿Habrá hierro para todos?

Todo el mundo estaba muy tranquilo, excepto Oriol Solé Sugrañes, que acababa de enterarse de que iba a salir dos horas más tarde. Cuando los de su grupo le preguntaron si le interesaba salir, sólo preguntó: "¿-Habrá hierro para todos?"

En la lista de salida hubo ligeros cambios. A "Benantxio" lo habían trasladado a Madrid unos días antes para examinarle unos dolores en la espalda. "Lobato", del central del PCE, agradeció la invitación, pero dijo que no le interesaba. Y dos de los troskos avisaron aquel mismo día que se quedaban.

Hacia la una del mediodía, "Kartolas" pidió al jefe de servicios que adelantara el toque de la comida en media hora porque estaba preparada y se iba a enfriar. El "Canario", que hacía su última guardia en Segovia, accedió. Había arroz y dos ronchas diminutas de pescado congelado.

En el comedor había una cierta expectación. Se había prohibido cualquier tipo de despedida o saludo. Tenían que seguir la vida normal hasta el último segundo. El funcionario contó. La gente comió muy poco. Al rato, empezaron a salir según el orden de los grupos establecidos y con una cierta distancia entre ellos. El resto siguió comiendo como si nada. El funcionario "de la ORT" se había marchado ya.

El primer grupo se acercó al retrete. Junto a la entrada, "Palito" estaba encargado de avisar si había algún funcionario mirando. En caso de que así lo indicara, los presos darían media vuelta y se pondrían a pasear. Esto no ocurrió ni una vez, y los 29 presos se apretujaron en los dos retretes.

"Gaztelu" dirigía la operación de entrada. No era difícil, pero exigía una extraña maniobra. Había que entrar a pulso, con los pies por delante. A los dos metros, había que darse la vuelta y entrar en las arquetas de cabeza y de costado. Los brazos no se podían recoger para no quedarse atascado. Se avanzaba a rastras, ayudándose de los brazos extendidos y de las puntas de los pies. Había que hacer los primeros ocho metros casi a pulso. Una vez escalado el derrumbamiento, se bajaba prácticamente de cabeza hasta el colector de la galería. Y de allí, un poco más holgados, se llegaba al canal grande, donde ya en cuclillas se salía hasta debajo de la carretera, apagando la linterna debajo del puesto de guardia.

La entrada en el retrete se había empezado a las dos menos cuarto y para las tres de la tarde todos se

habían vestido con la ropa limpia, esperando que les dieran la salida.

A esa hora, "Beltza" bajaba por la vaguada del arroyo "Clamores" hacia las verjas que, momentos antes, había dejado casi serradas. "Shanti" y "Arantxa" vieron cómo un pastor que había estado observando, se dirigía apresuradamente hacia unas casas de oficiales del ejército y de la policía próximas a la salida del colector. No pudieron alcanzarlo. Pero no les preocupó mucho. El caso es que no viera la salida de los fugados. "Beltza" acabó de quitar el barrote y empezó a dar armas a los presos según salían. En principio, los polimilis tenían preferencia. El resto las repartieron entre los demás que sabían usarlas.

Una salida con público

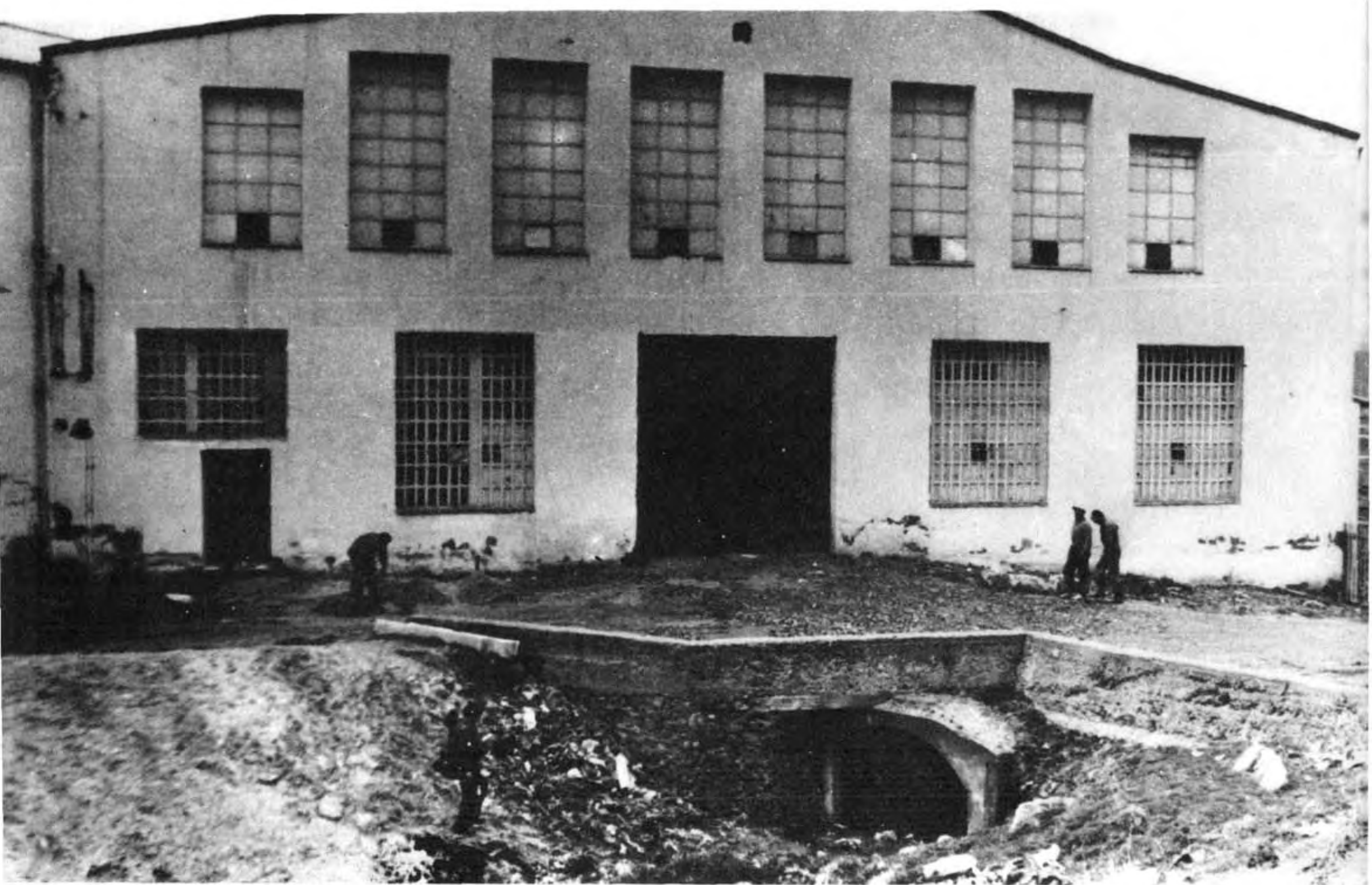
Cuando los presos salían con sus ropas de verano, ajustándose las armas en los cinturones, montándolas, o simplemente probando los cargadores, un grupo de gitanos, cargados de chatarra, apareció por un camino próximo. Se quedaron sorprendidos. Cuando estuvieron al lado, preguntaron: "¿Vais a la guerra?". Alguno les dijo que iban de excursión, y se marcharon entre risas. "Meltxor" no vio a los gitanos, pero estaba viendo cómo desde una lechería que había junto a la salida del colector, un grupo de obreros aplaudía la salida de los fugados. Dijeron, después, que creían que eran futbolistas que venían a entrenarse en alguna campa de aquellas. Un poco



El barrote serrado. Al fondo suciedad y negrura.



Otra vista del barrote serrado.



Lechería que se encontraba junto a la salida de la alcanta rilla. En primer término el riachuelo «Clamores». (Cifra.)

más adelante, un grupo de soldados que iba hacia el cuartel pasando junto al camión y que estuvieron andando unos metros junto a los fugados, se tapó las narices ostentosamente, e hicieron algunas bromas. La verdad es que los fugados apestaban a alcantarilla. La mayoría de las ropas, después de varios días de espera en la salida, estaban empapadas del agua de allí.

Finalmente, y un momento antes de arrancar, mientras se calentaba el motor, "Meltxor" vio al pastor y a un brigada del ejército que salían de las casas cercanas. Luego se sabría que el pastor le había dicho que gente sospechosa andaba en las cercanías, pero el brigada tenía que presentarse en el cuartel, y no podía perder tiempo.

"Laín" está enfermo

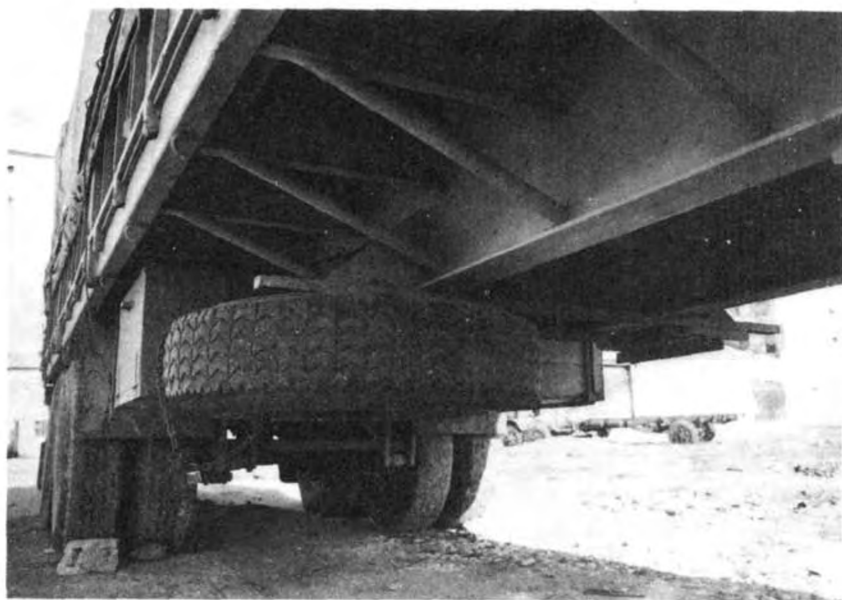
El comando se tranquilizó cuando montó el último preso en el camión. La salida final les había parecido lenta y tenían la impresión de ver acercarse a unos resucitados. "Laín" tuvo que ser ayudado por varios de sus compañeros porque estaba muy débil; había enfermado deliberadamente para evitar que le trasladaran a Madrid. Recibió una citación para un juicio a celebrar el día uno. Anteriormente, otras citaciones no habían tenido efecto, pero en esta ocasión, estando la fuga pendiente, quiso tomar precauciones.

El día de la salida todavía no estaba recuperado y tardó bastante en hacer el trayecto.

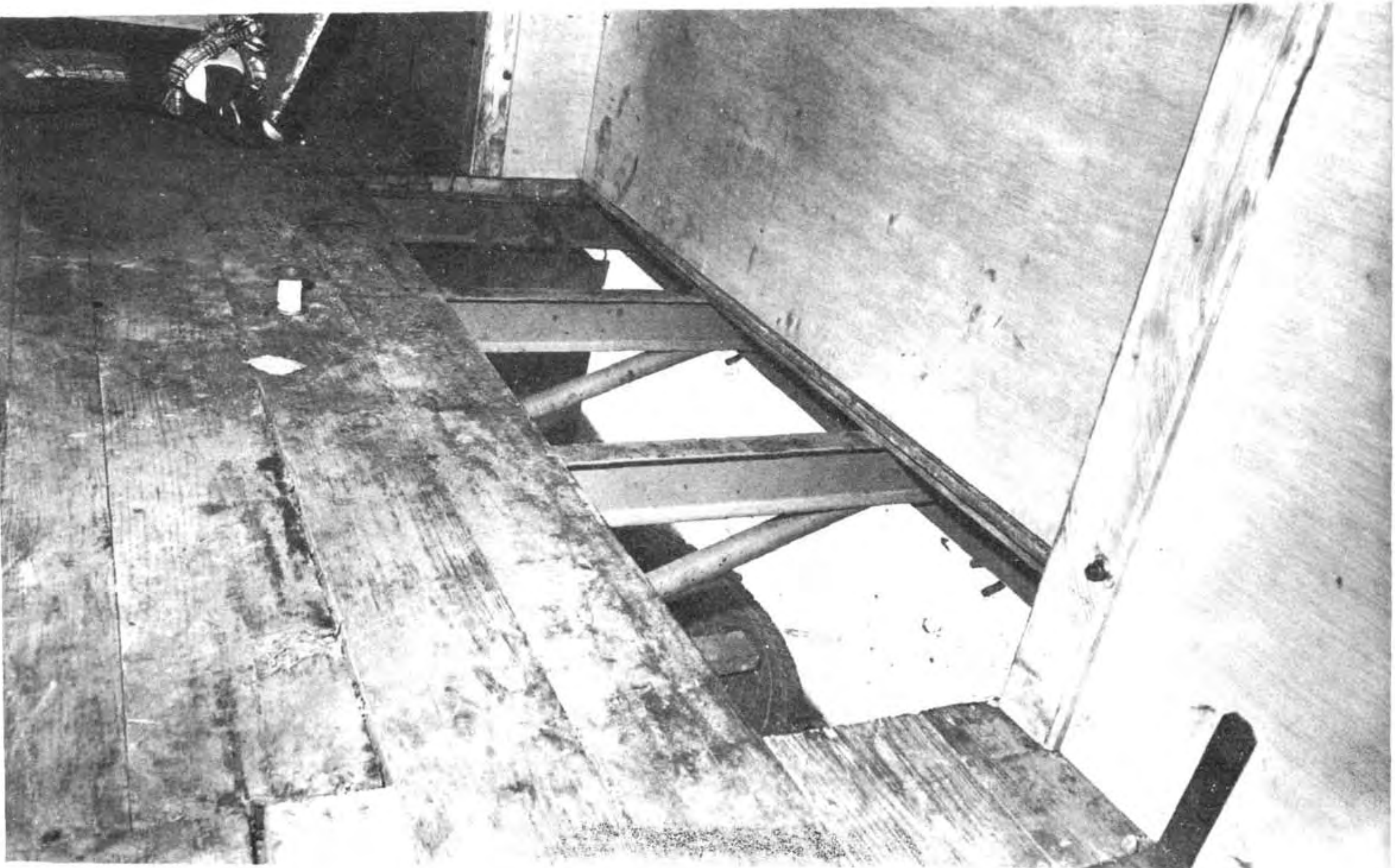
Una vez todos en el camión, muy apretujados, se repartió el dinero en cantidades que oscilaban entre las 20 y 30.000 pesetas para cada uno. A la mayoría se le durmieron las piernas o los brazos. El único control de la guardia civil que encontraron era el de una pareja, que no paraba a los vehículos. Los del comando y varios de los fugados, apostados en los bordes del camión, tenían las metralletas listas para disparar.

Hacia la muga

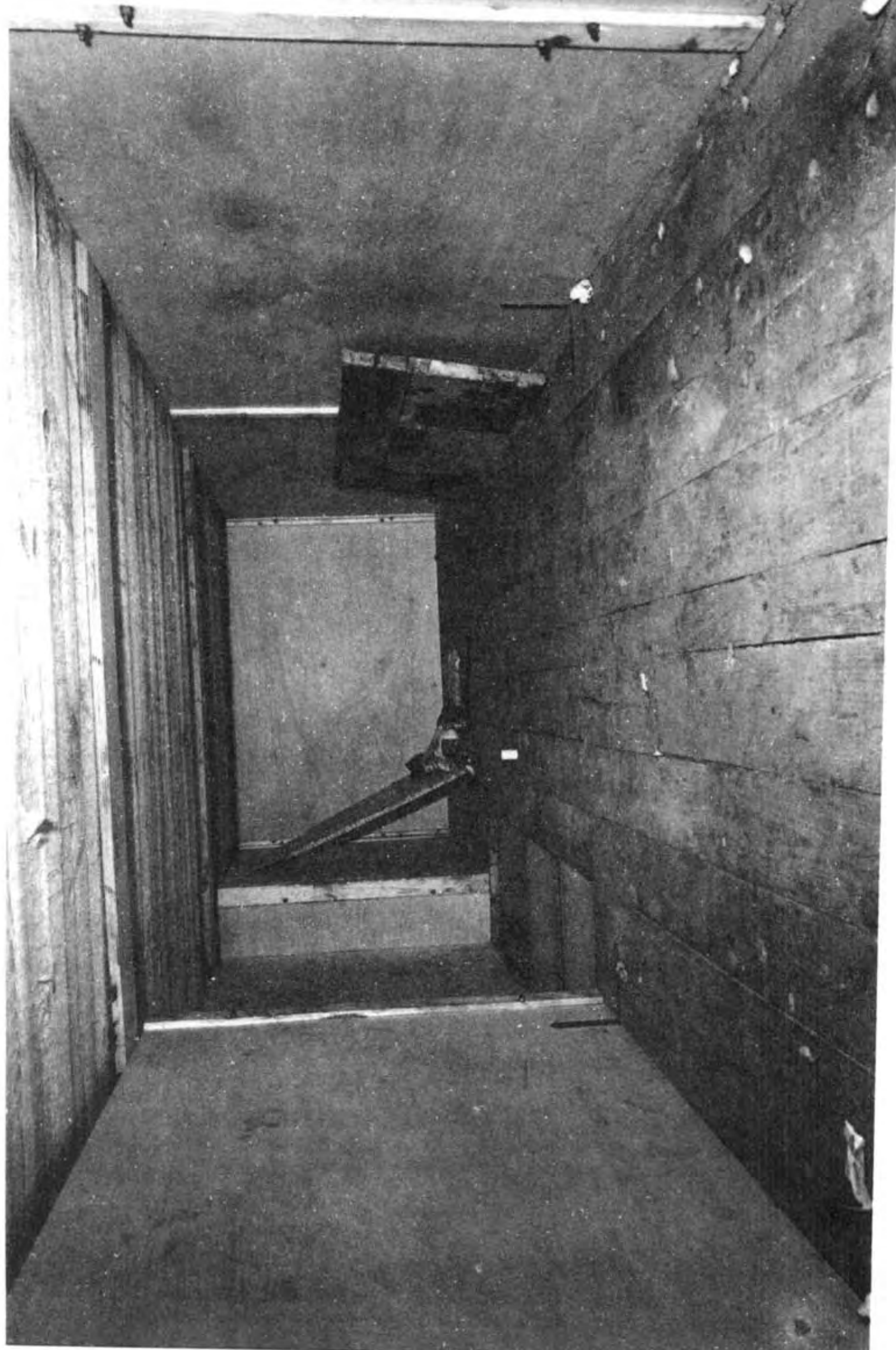
En el kilómetro 101 de la carretera de Segovia a Soria esperaba el trailer. El traslado de uno a otro se hizo rápidamente. En el interior del trailer, y perfectamente camuflado por la carga, se había dejado un hueco al que se llegaba por medio de una trampilla hecha encima de la rueda de repuesto. El interior permitía acoger incluso más gente que la prevista y cierta holgura de movimientos. Los fugados y los miembros del comando se sentaron juntos. Los montes próximos estaban completamente nevados.
"Meltxor" por su parte se dirigió a Madrid con el Mercedes. Dejó el camión aparcado en una esplanada para camiones de la carretera de la Playa y advirtió al camionero que no dijera nada hasta las dos y media de la madrugada. A esa hora, él avisaría a su familia, indicando dónde se encontraba. "Meltxor" estaba convencido de haberle quemado el motor en el trayecto y le quiso dar más dinero. Pero el chófer no



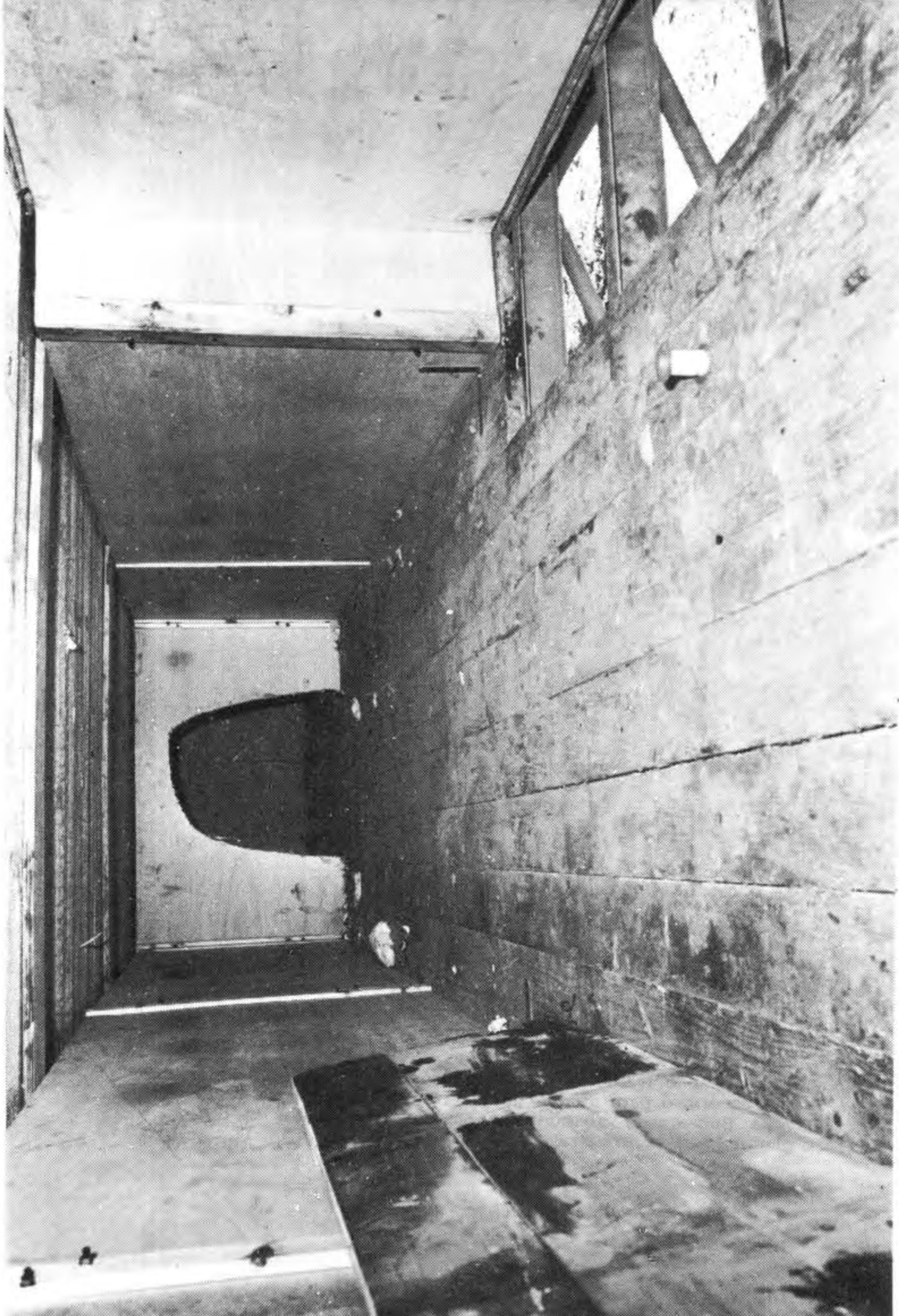
Entrada exterior de la trampa.



La trampa por la otra parte. Iba prácticamente de parte a parte del trailer.



Vista interior de la trampa. Los fugados iban sentados en dos filas. Las peladuras de naranja que se ven en primer término son las de las naranjas que se comieron en el trayecto.



Entrada a la trampa desde el interior. El esparadrapo es el que se utilizó para amordazar al primer camionero. Al fondo ropa que quedó abandonada cuando los fugados se dirigieron hacia la frontera.

aceptó. De hecho, en el recorrido de Segovia a la carretera de Soria, el camión había llegado a pararse y sólo había arrancado después de varios intentos. Recogió la pistola que se había dejado "Shanti" olvidada en la cabina y se fue a casa de una prima.

El viaje en el interior del trailer fue normal. Los problemas que las ganas de mear crearon se resolvieron con unas bolsas de plástico. Se volvieron a recoger las armas en sus bolsas y fue entonces cuando se dieron cuenta de que habían olvidado en el interior del túnel una máquina de sacar fotos y varios carretes con escenas en el interior del agujero.

Se atendieron algunas heridas producidas en el canal y que corrían el riesgo de infectarse.

Un coche iba por delante, muy adelantado y sintonizando la radio de la policía. La ruta estaba perfectamente justificada, porque el camión tenía contratada una carga de leña para Burguete. A la altura de Burgos se habían cruzado con numerosos coches de policía que iban a gran velocidad, presumiblemente en dirección a Segovia. Eran las seis y media de la tarde.

Un recuento incompleto

Poco antes, en el penal, el "Canario" había tocado recuento. Los funcionarios que fueron a hacerlo, se encontraron con que el comedor estaba casi desierto. Había mesas totalmente vacías. Faltaban más de la mitad de los presos. Después de comprobar, sin

muchas esperanzas, que no estaban ni en sus celdas, ni en el gimnasio, ni en la ducha, avisaron al director y éste los encerró en celdas distintas a las suyas. Inmediatamente, empezaron a cachear toda la prisión. Dejaron todas las celdas patas arriba, pero no encontraron nada. En Madrid, altos jerarcas de la Dirección General de Instituciones Penitenciarias, entre ellos un arquitecto, montaron en sus coches en dirección a Segovia. Ninguno de ellos entendía cómo, con las medidas establecidas meses antes, se habían podido marchar los presos. Eran medidas especiales —decían— anti-fuga.

La policía armada comprobó que faltaba un barrote en el extremo de la alcantarilla y que en el interior, unos 50 metros más adentro, había un montón de ropas sucias y empapadas. Era evidente que la salida se había efectuado por la alcantarilla. Los funcionarios tenían así una primera pista. Armados de estacas, golpearon todas las baldosas del suelo de la prisión. Al final de la primera galería, notaron que sonaba distinto que en el resto, y procedieron a cachear el retrete. Como no encontraron allí nada, se decidieron por descondenar la puerta. Al abrirla, se les cayeron encima un montón de cascotes, sacos de tierra y 29 chaquetas de penado que se habían dejado allí en el momento de la salida.

Los presos que se habían quedado en la cárcel estaban incomunicados y serían trasladados a la prisión de Zamora como represalia por su colaboración con los huidos.



TRAYECTO DEL CAMION

Una niebla despitante

El camionero del trailer se equivocó en el cruce de Zubiri, y en vez de tomar la carretera de Valcarlos, se dirigió a Quinto Real. Más adelante, al comprobar que la niebla le había despistado, dio media vuelta, después de maniobrar pesadamente en una pequeñísima explanada que había junto a la carretera. Un dos caballos tuvo que esperar un buen rato hasta que acabó la maniobra. Era un oficial de la guardia civil que iba de paisano en compañía de su mujer, a cenar a Pamplona.

El coche que iba por delante, al darse cuenta de que el trailer no le seguía, dio la vuelta y lo encontró cerca del cruce. La niebla era cada vez mayor.

A media tarde, una llamada telefónica dejó en el lugar previsto la cita clave para el responsable de los berezi: "A las nueve en la granja".

Sin embargo, la clave completa era: "A las nueve en la granja de parte de Juan". Al no ser exacta la clave, pensando que se refería a una cita en Behobia, cerca de un caserío, el responsable de los berezi se fue en coche hacia allí. No encontró a nadie y se volvió a casa. A las once de la noche oyó en Radio París que una treintena de presos se había escapado de la prisión de Segovia y se dio cuenta de que la cita que le habían pasado era para eso. Decidió llamar al mugalari al día siguiente y se metió en la cama.

Los presos se echan al monte

Después de esperar varias horas al mugalari, los del coche que había precedido al camión decidieron ir al otro lado y avisar o enterarse de lo que ocurría. En el interior del trailer, los fugados y los del comando estaban cada vez más nerviosos. Se enfurecían ante el hecho de que, después de meses de trabajo y de haber hecho lo más difícil, la operación se echara a perder por un fallo tan inconcebible. Los del comando pensaban que la niebla tenía que haber despistado al guía o guías, porque tenían conocimiento de que, durante todo el mes, habían estado controlando el paso. Tampoco entendían que habiendo pasado la cita y comprobado que la habían recibido, allí no apareciese nadie por ningún lado.

Por la carretera que estaba al lado de la granja, "La Vaqueriza", de Espinal, pasaban muy pocos coches. Varios de ellos de la guardia civil, aunque no pararon. El sitio, de todos modos, era peligroso y se prestaba a que la guardia civil apareciera de un momento a otro a indagar qué le ocurría al camión. De allí a Urepel, en el otro lado ya, había 5 kilómetros.

En el interior del trailer, después de discutirlo, los presos decidieron pasar la muga sin esperar al guía. Otra posibilidad era volver a Pamplona y esperar allí noticias del otro lado. Esta última alternativa parecía la más sensata, pero la ansiedad, el nerviosismo y el saber que la frontera estaba tan cerca, precipitaron la decisión. Hacía mucho frío y la falta de ropa y de equipo se iba a echar en falta en caso de que se alargase el trayecto. En principio, tal y como estaba planeado, aquello no era especialmente necesario.



Todo el trailer iba recubierto de leña contratada para descargar en Burguete. Había que descargarla completamente para que alguien notara que había una trampa en su interior.

Los que llevaban las metralletas iban abriendo la marcha. Cerca de las dos de la madrugada, después de haber andado una media hora, vieron una luz que acababa de apagarse. Sin esperar más, los que iban en cabeza dispararon sus armas. En el mismo instante la guardia civil hacía uso de las suyas. Entre unos y otros había unos 50 metros. El tiroteo fue muy breve, pero intenso. Debido a la niebla, sólo se veían los fogonazos de las metralletas y de las pistolas al disparar. Había un fuerte olor a pólvora. La columna de los fugados tenía orden de echarse hacia la derecha y hacia arriba en caso de enfrentamiento con la guardia civil. Así lo hicieron y, para ello, subieron un pequeño terraplén que bordeaba el camino. Esa maniobra salvó muchas vidas. Los disparos de la guardia civil se hacían con un ángulo determinado. La mayoría de ellos se enterraron en el terraplén. Los fugados distinguían claramente los silbidos de las balas que pasaban próximas y los impactos en el suelo. Segundos después, el tiroteo había terminado. "Fangio" estaba tendido. Una bala dum-dum le había dado en el brazo y algunos fragmentos se le habían introducido en los pulmones. Sangraba abundantemente. Junto a él, también tendido, estaba Llorca, un catalán independiente, que había perdido el conocimiento cuando una bala le rozó la cabeza. La herida era superficial y no sangraba mucho. Movió a "Fangio" y, al notar que no contestaba, salió del sitio.

Unos metros más allá, se reunió con uno de los grupos que se habían formado tras la primera desbandada y

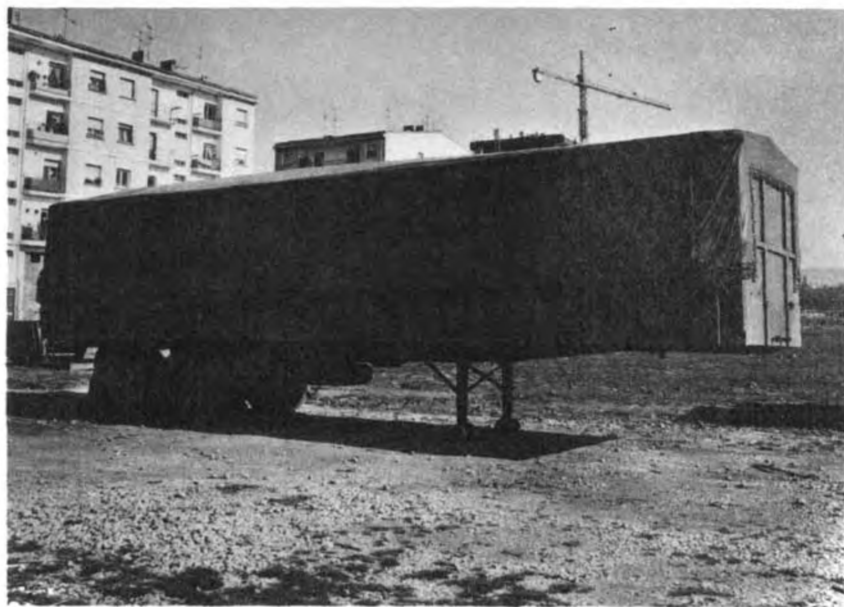
que trataba de orientarse en medio de la noche y de la niebla. En ese grupo iba "Faflito" que tenía un impacto de bala en el brazo. Algunos otros presentaban roces y lesiones producidas con árboles, zarzas y rocas. Ninguno de estos últimos casos tenía gravedad.

Además de este grupo, se había formado otro, de también unas doce personas, y el resto se fue dispersando en grupos más reducidos. Algunos iban solos.

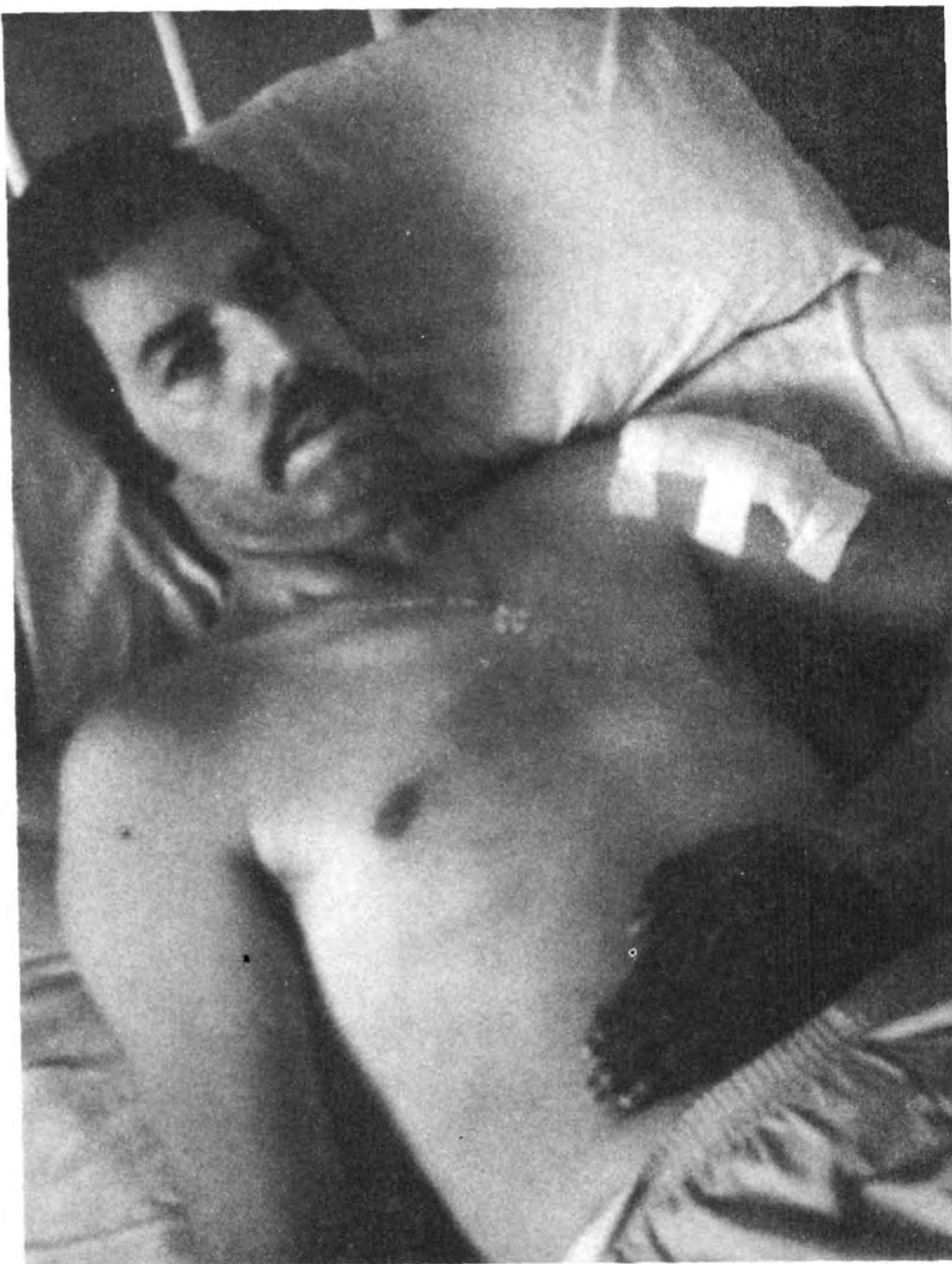
Las primeras caídas

Después de la captura de Isasa ("Fangio"), las patrullas de la guardia civil que fueron a cubrir la zona detuviero rápidamente a Garmendia, Yarza, Pons e Ibargutxi.

Por su parte, los dos grupos más numerosos se dirigieron hacia la muga, abandonando los caminos y subiendo las primeras laderas de los montes que formaban aquella abrupta zona. La marcha era muy difícil debido a la oscuridad y a la niebla que impedía ver más allá de pocos metros. El primero de los grupos estuvo andando por toda la frontera durante varias horas sin saber qué lado era el bueno. Teniendo en cuenta que la frontera hace ángulo recto en esa zona, era difícil saber en qué parte se encontraban y decidieron no dejar la línea de mojones hasta encontrar alguna evidencia sobre qué parte era la buscada. Había en la zona numerosos bunkers y refugios de



El trailer apareció abandonado en las afueras de Pamplona, en Ansoain.



Isasa en el Hospital Penitenciario de Carabanchel. Poco más tarde le sería amputada la mano que aparece en la fotografía visiblemente gangrenada.

cazadores, pero en ninguno de ellos encontraron rastros que indicasen en qué parte de la frontera se encontraban. De haber sido recta la línea fronteriza, este problema no hubiera existido, porque hubiese sido simple cuestión de cruzar la línea.

A medida que iban ganando altura, el tiempo se ponía peor. Había mucho viento y a ratos caía lluvia y granizo. En las cimas había bolsas de nieve. Las ropas de verano, calculadas con la economía de bultos de salida y para un paso que no debería exceder los 20 minutos, se hacían claramente insuficientes.

En uno de los refugios que los cazadores habían construido con ramas, se atendieron las heridas de los dos que habían sido alcanzados. Se contó el número de gente que iba exactamente en el grupo y se hizo recuento de armas. Tenía que ser el grupo mejor armado, porque tenía cuatro metralletas y cinco pistolas. Eran muy pocos los que iban desarmados. En cualquier caso, como las metralletas pesaban mucho, se turnaban en su transporte.

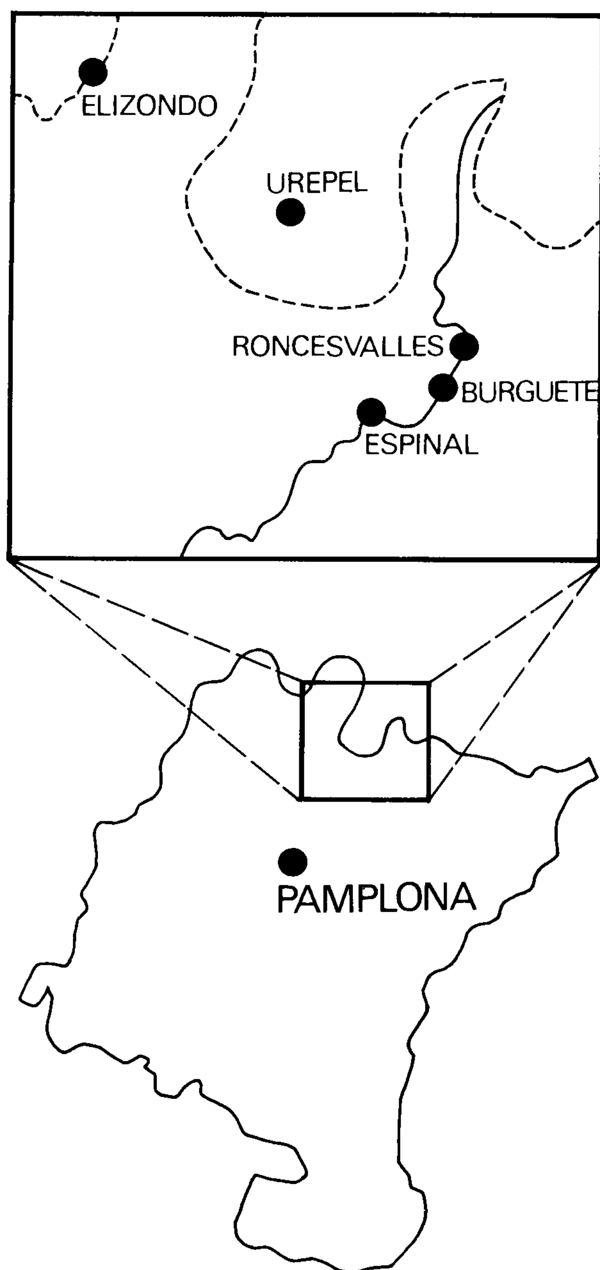
Más luz

Justo cuando amanecía y, según comprobarían posteriormente, en las proximidades del alto de Ibañeta, volvieron a ver un foco que se apagaba al acercarse. Rápidamente, se escondieron en unos matorrales próximos. No se oía nada. Como no era cuestión de quedarse todo el día a ver qué es lo que pasaba, enviaron

dos a explorar el terreno, cubiertos por detrás por los cuatro de las metralletas. Llegaron a pensar que era algún contrabandista al que se le pudiera obligar a conducirlos al otro lado. Distanciados unos 200 metros del grupo de apoyo, "Txitxo" volvió hacia el grupo y "Mikel" siguió. Cuando el primero estaba llegando a donde sus compañeros, para indicarles que no se veía nada, varias ráfagas de cetme levantaron pegotes de barro y hierba en el suelo y saltaron algunas ramas de los árboles próximos. La patrulla de la guardia civil había dado un pequeño rodeo por el lado contrario al de los que se habían adelantado, y se había colocado muy cerca. El grupo salió corriendo hacia una arboleda próxima para cubrirse. Había amanecido ya y, aunque la niebla seguía, se veía algo más. Los más rezagados tirotearon a la guardia civil para que pararan y poder sacarles así alguna ventaja. "Mikel" pasó Ibañeta y comenzó a bajar hacia Valcarlos. Su grupo, mientras tanto, a gran velocidad comenzó a descender sin saber exactamente a dónde iba. De una cosa estaban seguros: la patrulla de la guardia civil les seguía de cerca, porque a veces la oían. Para despistar a los perros, atravesaban todos los ríos, riachuelos y cualquier charco de agua. Estaban completamente empapados.

Tranquilidad en el Norte

De madrugada, el miembro del comando que había pasado al otro lado con su coche para enterarse de lo



PLANO DE LA ZONA







1. Granja de Espinal. Aquí paro el camión y descargo a los fugados.

2. Inicio de la pista que lleva Urepel. Poco más adelante se inició el primer tiroteo con la guardia civil.

3. La granja «La vaqueriza» de Espinal. El camión aparcó en su costado antes de que los fugados tomasen la pista que se ve en primer término.

que había ocurrido y para decirles que los presos esperaban en Espinal —desconocía la decisión de lanzarse al monte— despertó al responsable de los berezi para que empezara a moverse. Este, por medio del responsable del aparato de mugas, envió un aviso urgente a "Iñaki" a Tolosa. "Iñaki" había estado todo el sábado y domingo en "La Vaqueriza" de Espinal y el último día, por la noche, le habían dicho que se fuera a su casa, que le avisarían cuando llegara la cita. Le indicaron también que se esperaba para uno de esos días. Cuando se presentó en Hendaya, le entregaron un paquete con algunas armas y dinero y una nota para que fuera inmediatamente a la zona de Valcarlos. Como era legal, volvió a atravesar la frontera y se dirigió por Pamplona a Urepel. Por la tarde tenía cita con el responsable de los berezi y el responsable del aparato de mugas. Era mediodía cuando llegó a Urepel.

Más tiros

Aproximadamente a esa hora, el grupo que había tenido el tiroteo en el alto de Ibañeta se agrupó en una pequeña vaguada para tratar de descansar un momento e intentar orientarse. Los recursos clásicos de orientación hacia el Norte no valían, en aquella ocasión, por el ángulo de la frontera. Era probable que cualquier otra dirección fuera la correcta. Para explorar un poco la zona, esta vez se adelantaron "Gaztelu" y "Burugorri". Se fueron río abajo. Los demás les esperaban. A los pocos minutos de haberse

ido, nuevos ruidos y voces les indicaron que la patrulla no se había despistado en los ríos. El despiste era muy difícil porque unos y otros estaban en un valle descendente en el que seguían la misma dirección. Recogieron apresuradamente las armas y trataron de encontrar algún pinar o bosque frondoso donde esconderse. El resto de los árboles apenas tenían hojas, y no daban ninguna cobertura. Un poco más adelante, notaron una colina cubierta de pinos y se encaminaron hacia ella. Cuando iban a entrar, se cruzaron a unos 200 metros con un grupo de jóvenes con anorak. Ni unos ni otros dieron muestras de sentirse afectados por la mutua presencia. Estaban junto a un pueblo, al lado de la carretera. El pinar no pasaba de ser una pequeña plantación. En su centro, empezaron a construir con ramas un refugio para descansar sin ser vistos. Nada más terminarlo y sentarse, volvieron a sonar ráfagas de metralleta y algunos otros disparos sueltos muy cerca de allí.

Las ráfagas eran muy rápidas para ser de Stein y no tuvieron dudas de que eran los cetmes de la guardia civil. Mientras intentaban alejarse del punto, todos pensaron en "Gaztelu" y "Burugorri".

A medio camino de otro pinar, vieron las casas de un pueblo próximo, aunque no sabían cuál. Mientras unos se quedaban en unos matorrales, "Faflito" y "Peru" intentaron acercarse a las casas para situarse y ver las posibilidades de acceso que había. Fue imposible hacerlo, porque la carretera estaba llena de coches de la guardia civil y un montón de patrullas se movían por los alrededores. Volvieron con las manos vacías. El nuevo bosque encontrado era tan pequeño como el anterior, pero mucho más tupido. Aprovecha-

rían para descansar un rato y tratar de salir del cerco, hacia Pamplona.

Mientras, las campanas de la iglesia del pueblo tocaban a muerto. Los fugados no sabían quién había caído en los tiroteos. Desconocían si era guardia civil o preso.

La muerte de Oriol

''Burugorri'' y ''Gaztelu'', después de separarse de su grupo, se encontraron con el otro, que venía siguiendo las huellas de los primeros, pensando que éstos iban por buen camino. La patrulla perseguidora, creyendo que eran los de Ibañeta, los interceptó y los ametralló sin más complicaciones. Una vez rodeados y rendidos, la guardia civil dio muerte a Oriol. Este presentaba dos heridas de bala por la espalda, que se convertían en un gran boquete de salida en el pecho. Cuando cayó al suelo, y dos de sus compañeros le atendieron, tenía los ojos muy abiertos. Dijo: ''Me han matado''. Lo bajaron en un capote de un guardia civil. Los pies golpeaban en el suelo y el camino desde la ladera del monte Lapiruchi hasta Burguete quedó marcado con sangre.

''Burugorri'' había conseguido escapar del grupo deslizándose por un barranco próximo, y se dirigió hacia el pueblo por otro camino. Junto a los detenidos, la guardia civil se hizo con una metralleta y varias pistolas con su correspondiente munición.

Difícil cerco

Los primeros, aun estando bien armados, eran pesimistas sobre las posibilidades que tenían de salir de la zona. De nada servía superar bien media docena de enfrentamientos más, si no sabían dónde estaban ni a dónde iban. El cansancio, el frío, la tensión de los enfrentamientos y la falta de comida iban pesando. Desde el pinar, intentaron alcanzar arrastras unos matorrales, pero tuvieron que darse la vuelta al advertir la presencia de guardias civiles a poca distancia. "Faflito", que se había quedado solo y no había visto la maniobra de sus compañeros de vuelta al pinar, siguió adelante hasta encontrarse junto al río. Se metió en él, sujetó con la boca la pistola y el dinero para que no se le mojasen y, agarrándose a las ramas de los arbustos que crecían en los bordes, atravesó el puente de la carretera. Allí encima había un control de la guardia civil que cacheaba todos los vehículos. No se dieron cuenta de que alguien pasaba por debajo. "Faflito" siguió por el río hasta que estuvo seguro de que no había guardias civiles y siguió de cerca la carretera de Aoiz, hasta que anocheció. Creía que era la carretera de Pamplona.

Al pueblo

Los del pinar estuvieron discutiendo sobre cómo salir de allí. Con la cantidad de guardias civiles y patrullas que había en la zona, sabían que un grupo de ese



Oriol murió a escasos metros de la libertad.



Iglesia y casa del cura de Burguete. Aquí fueron detenidos varios de los huidos cuando pretendían entrar en ella.

tamaño no tenía ninguna posibilidad. Se trataba de enfrentarse y morir, o de acercarse al pueblo y tratar de encontrar algún refugio. Se había rechazado la alternativa de derramar sangre inútil. Discutieron también la postura a tomar en los interrogatorios, en caso de ser detenidos. Estaban convencidos de que algún guardia civil habría caído, e incluso alguno de entre ellos aseguraba haberlo visto. Por otra parte, la mayoría de las armas que llevaban estaban disparadas, y era posible que alguna de ellas fuese la autora. Además, las armas se habían llevado entre todos, y nadie sabía quién había disparado cada una. La discusión se alargó un rato porque varios preferían palmar allí mismo que volver a la cárcel. Finalmente, optaron por esconder las armas en unos matojos y dirigirse al pueblo para buscar algún refugio.

Llamaron a casa de un jorobado, llamado Lapezarena, a quien se le expuso su situación. Como no tenía intención de prestar ayuda, le preguntaron por la casa del cura. Cuando les señaló la dirección, les dijo que antes de haber salido, tenían que haberlo pensado mejor. La casa del cura estaba justo al otro lado del pueblo. Nada más llegar a la puerta, apareció la guardia civil y apuntó con sus armas a los hasta entonces fugados. A Serrano Izco, Aurteneche Marcó, García Fernández de Luco, Llorca López, Orbeta Berriatua, Zubimendi Imaz, Amigo Quincoces y Arróspide Sarasola, este último del comando exterior, los metieron en tres jeeps y los llevaron al cuertel de Burguete. En el cuartel estaban detenidos, desde unas horas antes, Arana Bilbao, Beguiristain Aranzasti, García Arambarri, Gaztelumendi Zabaleta, Jaca Aranalde, Zabalo Bilbao, Sánchez Juliach y dos

de los componentes del comando exterior, Recalde Goicoechea y Lerchundi Arangüena. Los detenidos a primeras horas de la mañana, estaban ya en la cárcel de Pamplona.

A la hora de comer, fue detenido, también en las calles de Burguete, Eizaguirre —"Burugorri"—. Acababa de hacerse con un anorak y con un pan que llevaba en la mano.

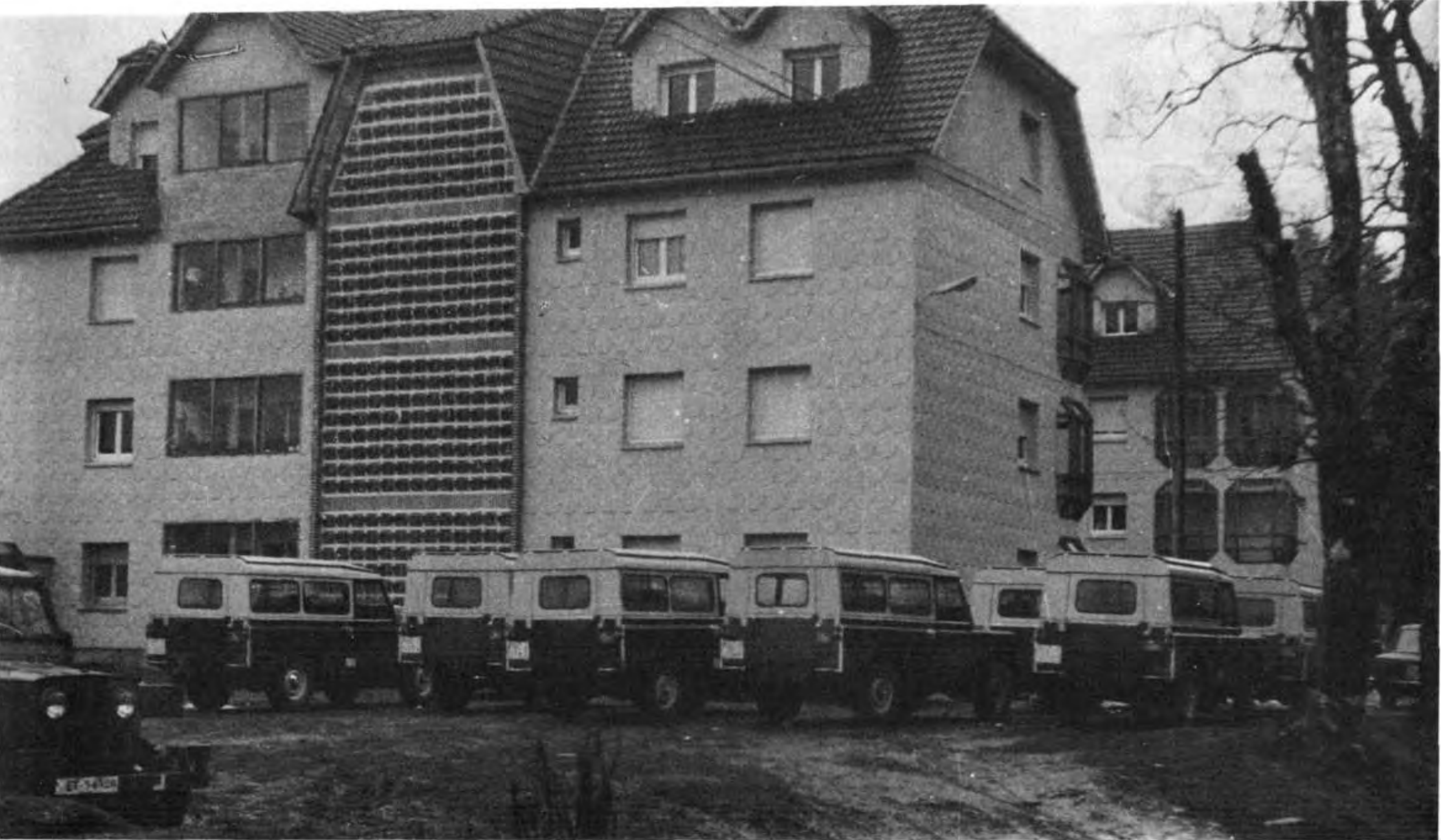
Sardinas con vino

Al mando de las fuerzas de la guardia civil, estaba el general Atares que dirigía, además de sus tropas, una compañía de fuerzas especiales del ejército y otra del regimiento de infantería de cazadores de montaña, América 66. Disponía también de dos helicópteros, que no pudo apenas utilizar debido a la niebla.

El trato de la guardia civil a los fugados una vez en el cuartel fue bastante correcto, y sólo se registraron algunos cachetes y malos modos por respuestas intempestivas a las preguntas de la guardia civil. Los interrogatorios fueron breves, porque los fugados tenían poca cosa que contar. Les dieron a todos un bocadillo de sardinas y vino y a alguno de los que no bebían le dieron café con leche. Para la tarde, prepararon más conducciones a la cárcel de Pamplona. A la guardia civil se le notaba su satisfacción. La mayoría de los fugados habían sido detenidos y algunos guardias jóvenes y vestidos con anorak bromeaban con los presos que habían detenido años antes en Pamplona. Los acusados del secuestro de Huarte entre ellos.



Izaguirre, «Burugorri» en el momento de su detención. (Europa Press.)



Cuartel de la guardia civil de Burguete. La foto de «Europa Press» está realizada el día de la captura de la mayoría de los fugados. A la izquierda se ve un vehículo del ejército.

Cuando salía el primer furgón para la cárcel de Pamplona, llegó al cuartel Unanue Lobeto "Mikel". Venía envuelto en una manta y tenía un tiro en el brazo y otro en la espalda. Había sido detenido a muy pocos metros de la raya fronteriza. En Valcarlos. Había conseguido comer algo en unos caseríos, pero nadie quiso decirle el camino a seguir. Avistado por una patrulla de la guardia civil, fue abatido con varios disparos. Lo condujeron al hospital.

Un chalet en Espinal

Varios de los fugados, mientras tanto, habían conseguido meterse en un chalet vacío en las afueras de Espinal, muy cerca de Burguete. Tras el primer tiroteo, "Triki" y "Txaflis" se habían encontrado con "Laín", "Charles" y "Arantxa" en unos arbustos, junto a la carretera. Habían estado deambulando por la zona, y llegaron a estar completamente perdidos en el mismo sitio del primer tiroteo. Varias horas después, "Fangio" estaba todavía sin atender y lamentándose en voz alta. No pudieron acercarse a él porque guardias civiles montaban guardia en las proximidades. En vista de la imposibilidad de dirigirse a ninguna parte, esperaron al amanecer y entraron en una villa cercana que estaba completamente cerrada y vacía. Levantaron una de las persianas, rompieron un cristal y consiguieron entrar. Para no dejar huellas, limpiaron cuidadosamente las marcas dejadas por el calzado en la ventana de la planta baja. Exami-

naron toda la casa y comprobaron que, además de tener una excelente despensa de latas, había varias escopetas y rifles de caza con munición. Ellos disponían de una metralleta y dos pistolas. La metralleta estaba llena de barro y la limpiaron para que pudiera estar en condiciones de disparar. Al desmontarla, se les disparó un tiro, que hizo un gran boquete en la pared. Fuera, nadie oyó el disparo y no ocurrió nada.

Se cambiaron de ropa, aprovechando la que había en los armarios y encendieron una radio. Desde allí seguían las noticias de las detenciones. Por entre las rejas de la persiana veían el paso de los vehículos del ejército y de la guardia civil. Se quedarían allí hasta que todo hubiera pasado.

Llegan tarde a la cita

Hacia las cinco de la tarde, el responsable de los berezi, el responsable del aparato de mugas y el mugalari entraron desde Urepel hacia Espinal, con la esperanza de encontrar a alguien. Sabían que varios habían sido detenidos ya. Encontraron, a lo largo del camino, pisadas y huellas que indicaban que por allí había pasado mucha gente. Antes de que se les echara la noche y la niebla encima, decidieron volver sin haber localizado a nadie. Muy cerca de la raya, una patrulla de la guardia civil les dio el alto. Después de intercambiar varios disparos, y de dar un pequeño rodeo, volvieron a Urepel. No había nada que hacer. La policía francesa había comenzado a controlar la zona e impedía el paso a los refugiados.

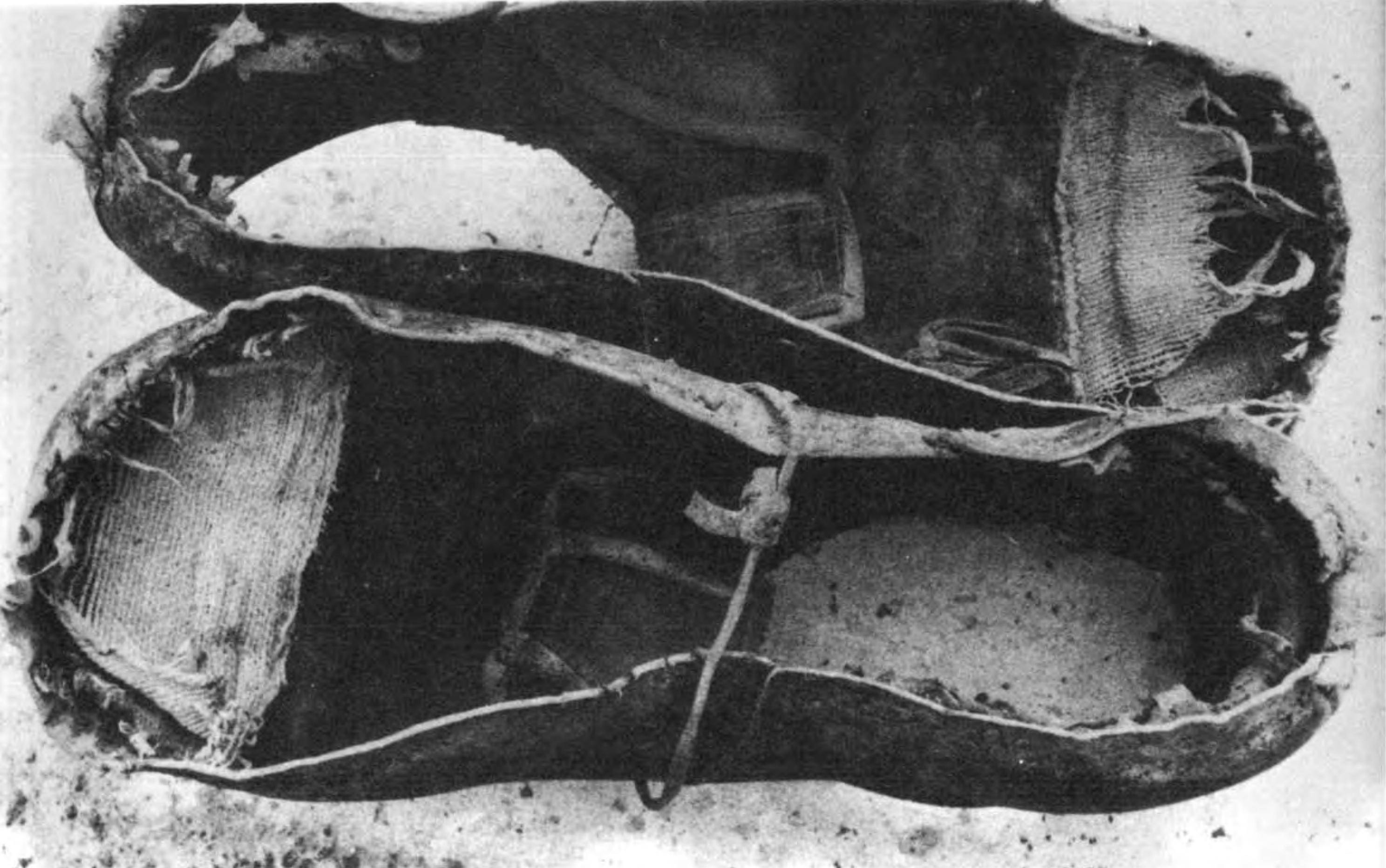


Unanue en el Hospital de Carabanchel reponiéndose de su herida en el brazo y espalda.

Junto al caserío del fondo fue herido Unanue. Pocos metros más a la izquierda estaba la frontera.



Urepel.



Los zapatos de charol de Iturbe Totorica quedaron abandonados en la carretera de Aoiz, muy cerca del lugar de su detención.

Unos zapatos de charol

''Faflito'' fue detenido en las priximidades de Aoiz. Al día siguiente de los tiroteos, estaba a unos 23 kilómetros de Burguete. Había conseguido comer en una venta y en otra, después de sacar la pistola, había conseguido un jersey, pantalones y zapatos. La ropa era de chica y le estaba corta y estrecha. ''Faflito'', sin embargo, estaba especialmente satisfecho de sus zapatos: eran de charol. Pensaba que, al llegar a Pamplona, les podía pasar un poco de agua y dejarlos como nuevos, sin barro. Nadie notaría que venía del monte. Mientras andaba un poco para hacerse al nuevo calzado, oyó el ruido de una furgoneta que se acercaba y, pensando que pudiera ser de la guardia civil, salió corriendo por unas huertas próximas. No había hecho 200 metros cuando comprobó con desesperación que, después de bajar dos cuestas, se había quedado sin suelas. Intentó sujetarlas con los cordones, pero las zarzas se le enganchaban. Tiró las suelas y continuó sólo con lo de encima. En cualquier caso —contaba más tarde— por encima no se notaba mucho, y era mejor que aparecer descalzo. Llamaría menos la atención.

Varios kilómetros más adelante, en un gran caserón, preguntó por alguna población cercana y por alguna zapatería. Un labrador le indicó que, pasando unos montes, encontraría lo que deseaba. Un buen trecho más adelante, y al ver que no había casas, dio la vuelta para preguntar.

No pudo hacerlo. Tres guardias civiles le apuntaban con sus armas desde tres puntos distintos. Levantó

los brazos y la pistola que llevaba en la cintura por la espalda, quedo al aire. Cuando uno de los guardia civiles se la quitó, le salió un disparo y, nervioso, empezó a golpes con el fugado. Este reclamó que estaba herido y, cuando comprobaron que era cierto, lo tumbaron en el suelo y esperaron que llegaran más fuerzas. El médico de Aoiz le hizo la primera cura y lo mandaron al cuartel de Burguete. El guardi civil que le interrogó le dijo que sentía mucho que hubiera fallado la fuga, pero que tenían que cumplir con su deber. Hora y media más tarde, estaba en la cárcel de Pamplona. Un familiar de Oriol, que estaba en las dependencias de la guardia civil para recoger sus cosas, le regaló su anorak.

Salir y entrar del cerco

''Bixigu'' y ''Kinki'' habían ido también en dirección a Aoiz después del primer control de la guardia civil. No pararon de andar durante todo el miércoles. El jueves bajaron a Villanueva de Aoiz. Del alcalde, no consiguieron ninguna ayuda, aunque no les denunció. Otro vecino que estaba por allí les dio un pan y un chorizo a cada uno. A ''Bixigu'', además, le dio un pantalón, porque al que llevaba le faltaba una pierna completa, que había dejado en girones en unos zarzales. Les indicó una borda en la que podían esconderse, y les prometió que les llevaría más comida y ropa. Les señaló también en qué dirección estaba la frontera. En casa del cura tampoco sacaron nada en limpio



Guesalaga apenas podía andar. Caminaba a pasos muy cortos. Iba sin zapatos porque tenía los pies hinchados.



Carmelo Garitaonaindía tiene que ser trasladado al furgón por la guardia civil. No podía caminar.



Iturbe pasó el control del puente por debajo apoyándose en las ramas de los arbustos de la orilla. La guardia civil controlaba el paso de vehículos por la carretera.

y, cuando trataron de hablar con él, éste salió con su coche. Según declaró más tarde, había salido en busca de más ayuda y, cuando volvió, los dos fugados habían desaparecido del pueblo. Horas más tarde, varias personas que llevaban ropa y comida a la hora señalada, tampoco encontraron a nadie. Iban camino de la frontera.

De esta manera, entraron de nuevo en el cerco del que habían salido. El viernes por la mañana, en el alto de Ibañeta y a muy pocos metros de un cartel que decía "Roncesvalles a 4 kilómetros", fueron detenidos por la guardia civil.

El tono de los interrogatorios a "Bixigu" y "Kinki" fue más agrio. Berazadi había aparecido muerto con un tiro en la nuca cerca de su domicilio y dos policías españoles habían desaparecido el domingo anterior en un cine de Hendaya. Los enviaron rápidamente a la cárcel.

Los miembros del comando capturados en Espinal fueron entregados a la BPS, que los torturó, según denunciarían más tarde, con métodos hasta entonces no puestos en práctica. La aplicación de electrodos no se había conocido en Euskadi hasta entonces. Con las redadas de las últimas acciones, el número de detenidos de la rama político-militar de ETA llegaba a los 80.

"Meltxor" había sido detenido en Cataluña y, con más suerte que los otros, fue interrogado en Madrid por Margarida. La policía estaba empeñada en que el chófer de la primera camioneta era un miembro del comando, aunque les extrañaban sus antecedentes penales: había estado quince veces en la cárcel por

practicar todas las modalidades del tocomocho y la estampita. "Meltxor", la noche de la acción, había ido a dormir a casa de una prima, justo en el mercado de Legazpi. Por la noche, como no podía dormir, estuvo mirando por la ventana. A las dos y media de la madrugada, poco antes de llamar por teléfono a la familia del chófer, vio cómo el Mercedes aparcaba enfrente de su casa y que de él bajaba el chófer. Después de mirar con aire asustado media docena de veces a todas partes, se alejó corriendo. Pero no avisó, como estaba previsto, a la policía y, con la caída del comando, pasó a la cárcel. Estuvo dos meses, procesado en el mismo sumario que los demás.

De Espinal a Yeu

Diez días después, a principios de semana santa, los del chalet, acabadas las reservas y comprobando que en el exterior las cosas parecían normales, preparaban la salida. Habían hecho varias pequeñas salidas al pueblo, aprovechando la llegada de montañeros y, además de mirar las posibilidades de hacerse con algún coche, habían comprado pan y tabaco. Esperaban también la venida de los dueños de la villa, porque se veía que era utilizada muy a menudo, por el aspecto que tenía cuando entraron. Decidieron aprovechar el coche de los dueños para la retirada. Prepararon un plan para sorprenderles, porque la casa tenía dos entradas: la de la calle y la del garaje. Los del chalet llegaron en jueves santo.

En cuanto oyeron ruido de coches en la entrada de la casa, y comprobaron que no eran de la guardia civil, como había ocurrido en alguna ocasión, pusieron en



Aizpurúa, Lascurain, Muñoa y García Solé, en Yeu.

marcha el plan previsto. Eran dos personas con dos coches. Mientras uno se quedaba fuera, el dueño entró por el garaje. Debido al calor o al olor de las comidas, se dio cuenta de que había alguien dentro y preguntó, en voz alta, quién estaba. El que tenía la metralleta le salió al paso y le dio el alto. El dueño, asustado, salió corriendo hacia la calle. Su compañero, que estaba fuera, hizo lo propio. Una vez los tres en la calle, el de la metralleta les volvió a dar una vez más el alto. Cuando estaba a punto de disparar, frenaron y dieron la vuelta. Estaban mudos, se les había secado la boca. Los fugados les tranquilizaron, diciéndoles quiénes eran; volvieron a insistir que no hiciesen tonterías y les dieron whisky.

Los ataron y amordazaron y les dejaron 30.000 pesetas por los gastos de la estancia. En uno de los coches, se dirigieron directamente a Alsasua. Dieron un gran rodeo porque, estando próximo el Aberri Eguna en Pamplona, probablemente tendrían las carreteras controladas. En Alsasua, contactaron con un conocido que les facilitó ayuda y orientación. El coche lo dejaron en un servicio de la Renault, junto a otros muchos. Los descubrirían bastantes días más tarde. Habían decidido seguir por monte hasta Tolosa, donde tenían pensado establecer contacto con la organización. En el camino, les pilló una gran nevada y se perdieron. Decidieron parar hasta que dejase de nevar y, para darse calor, se acurrucaron unos contra otros junto a un árbol. Pasaron así toda la noche. Cuando llegaron a Tolosa entraron en un restaurante a comer algo. La entrada la hicieron individualmente, para no levantar sospechas como grupo. Estaba todo lleno de montañeros. Tenían bastante hambre, pero a

"Txaflis" la comida no le aprovechó. Tuvo que salir apresuradamente. Frente a él, un individuo leía un periódico que tenía en su primera página la foto de cada uno de ellos. Junto a las fotos, anunciaba la celebración del Aberri Eguna en Pamplona. "Txaflis" esperó fuera a los otros.

Más tarde, contactaron con el enlace. Días después, y una vez preparado el viaje hasta la frontera, que resultó difícil debido a los numerosos controles en la carretera, pasaron por el monte Larun. Muñoa, Lascurain, Aizpurúa, García y Amilibia estaban a salvo.

Una vez presentados a la policía francesa, fueron conducidos a la isla de Yeu, desde donde escaparon de nuevo.

Los demás compañeros de la fuga se encontraban, sancionados, en los penales más duros del Estado español: Puerto de Santa María, Córdoba, Cáceres y Cartagena. Los detenidos por apoyar la fuga, que pasaban de la docena, fueron concentrados en Madrid y Ocaña.

Al año, en casa

El juicio por la fuga no se celebró nunca. En él se contemplaban, aparte de los delitos de quebrantamiento de condena, tenencia ilícita de armas e insulto a la fuerza pública. La amnistía del verano del 76 no les fue aplicada "por haber puesto en peligro sus vidas y las de sus perseguidores".

En cualquier caso, en el primer aniversario de la fuga, todos los participantes estaban en libertad, amnistiados.

DOCUMENTOS

DENEGACION DE AMNISTIA

DON JESUS GONZALEZ HERRERA, BRIGADA DE INFANTERIA, SECRETARIO DEL JUZGADO MILITAR EVENTUAL DE LA PLAZA DE PAMPLONA, Y EN PARTICULAR DEL SUMARIO ORDINARIO NUMERO 69-76, INSTRUIDO POR UN SUPUESTO DELITO DE QUEBRANTAMIENTO DE CONDENA O DE EVASION DE PRESOS, SEGUIDO CONTRA LOS PAISANOS IGNACIO MARIA GARMENDIA OTAMENDI Y CUARENTA Y DOS MAS, DEL QUE ES JUEZ INSTRUCTOR EL TENIENTE CORONEL DE INFANTERIA DON JOSE ARDAÑAZ CIGANDA.

C E R T I F I C O: Que a los folios que al margen se expresan obran los particulares que copiados al pie de la letra son como siguen:

FOLIO .-INFORME DEL MINISTERIO FISCAL: El Fiscal Dice: que ha visto, a los efectos de posible aplicación de la gracia de la Amnistía otorgada en el Real Decreto Ley de 30 de julio último, la presente Casa n.º 69-76, instruidas contra los procesados IGNACIO MARIA GARMENDIA OTAMENDI Y CUARENTA Y DOS MAS, y habida cuenta que todos ellos están procesados por un supuesto delito de quebrantamiento de condena o de evasión de presos artículo 334 y siguientes del Código Penal, independientemente de otras posibles condenas, delictivas tal como se ha expuesto en nuestro escrito obrante al folio 280 sobre competencia en el que nos ratificamos plenamente; como quiera que como conse-

cuencia de la comisión del expresado delito, y las otras conductas resultó muerto el evadido Oriol Sole Sugrañes y otras personas heridas, es evidente que, pese a su intencionalidad política con él y demás conductas posibles, se lesionó la vida y la integridad física de personas, al menos en principio y en todo caso se les puso en peligro que más tarde se hizo realidad tanto para ellos como para sus perseguidores, dándose con ello en los presuntos delitos investigados la circunstancia de exclusión del art. 1 n.º 1 del referido Real Decreto Ley para otorgar la gracia de Amnistía de oficio e instancia de la procesado CARMEN ANTIA MUGICA, sin perjuicio que una vez recaída la correspondiente Sentencia y concretada la responsabilidad criminal de cada uno de los procesados pudiera volver a considerar en algún supuesto la aplicación de la gracia de la Amnistía por lo que, PROCEDE: Informar desfavorablemente el sobreseimiento libre de la presente Causa por extinción de la responsabilidad criminal por Amnistía, remitiéndose al Tribunal Supremo para que resuelva la cuestión de competencia pendiente en estos Autos ya prejuzgada a favor del JUZGADO DE INSTRUCION DE SEGOVIA en Auto de dicho alto Tribunal de treinta de junio último.-Burgos 14 de agosto de 1976.-EL FISCAL JEFE.-Firmado ilegible.-Rd.º.-Hay un sello en tinta azul en el que se lee: FISCALIA JURIDICO MILITAR SEXTA REGION.- - - - - - - - - -

FOLIO .-DICTAMEN AUDITORIADO.-EXCMO. SR.-Examinada a los efectos de posible aplicación de la gracia de Amnistía otorgada en el Real Decreto Ley de 30 de julio último, la presente Causa n.º 69-76, instruida contra los procesados a IGNACIO MARIA GARMENDIA OTAMENDI Y CUARENTA Y DOS MAS, y habida cuenta que todos ellos están procesados por un supuesto delito de quebrantamiento de condena o evasión de presos de los arts. 334 y siguientes del Código Penal, independientemente de otras posibles conductas delictivas tal como se ha expuesto en nuestro escrito obrante al folio 280 sobre competencia, en el que nos ratificamos plenamente; como quiera que como consecuencia de la comisión del expresado delito y las otras conductas resultó muerto el evadido Oriol Sole Sugrañes, y otras personas heridas es evidente, que pese a su intencionalidad política, con él y demás conductas posibles, se lesionó la vida y la integridad física de personas al menos al inicio y en todo caso se les puso en peligro que más tarde se hizo realidad tanto para ellos como para sus personalidades, dándose con ello en los presuntos delitos investigados la exclusión del art. 1 n.º 1 del referido Decreto Ley para otorgar la gracia de Amnistía de oficio e instancia de la procesada CARMEN ANTIA MUGICA; sin perjuicio que una vez recaida la correspondiente Sentencia y concretada

la responsabilidad criminal de cada uno de los procesados, pudiera a volverse a considerar, en algún supuesto la posible aplicación de la gracia de Amnistía por lo que.-PROCEDE que V. E. acuerde no acceder al sobreseimiento libre de la presente Causa por extinción de la responsabilidad criminal por Amnistía, debiendo remitirse al Tribunal Supremo para que resuelva la cuestión de competencia pendiente en estos Autos ya prejuzgada a favor del Juzgado de Instrucción de Segovia en Auto de dicho alto Tribunal de fecha de 30 de junio de 1976.-V. E. no obstante resolverá.-Burgos, 17 de agosto de 1976.-EXCMO. SR.- EL AUDITOR.-Firmado ilegible.-Rubricado.-Hay un sello en tinta en el que se lee: AUDITORIA DE GUERRA VI REGION. - - - - - - - - - - - - - -

FOLIO .-DECRETO DE LA AUTORIDAD JUDICIAL.-Amnistía.-Burgos 19 de agosto de 1976.-DECRETO,-De conformidad con el precedente dictamen de mi Auditor y por sus propios fundamentos. ACUERDO: No acceder al sobreseimiento libre de la presente Causa n.º 69-76, seguidas por un supuesto delito de quebrantamiento de condena, contra los procesados IGNACIO MARIA GARMENDIA y 42 más, por extinción de la responsabilidad criminal por Amnistía, remitiendo la misma al Tribunal Supremo para que resuelva la cuestión de competencia pendiente en estos Autos, ya que prejuzgada a favor del Juzgado de Instrucción

de Segovia en Auto de dicho alto Tribunal de 30 de junio de 1976.- EL CAPITAN GENERAL.-Firmado ilegible.-Rubricado.-Hay un sello en tinta en el que se lee: SEXTA REGION MILITAR SECRETARIA DE JUSTICIA. Y para que conste y sirva de notificación y entrega al procesado JOSE BERIGUISTAIN ARANZASTI, expido el presente con el visto bueno del Sr. Juez Instructor, en Pamplona a veintisiete de agosto de mil novecientos setenta y seis.- - - - - - - - - - - - - - -

V° B°

NOTA OFICIAL DEL MINISTERIO DE JUSTICIA

En el día de ayer, entre las catorce y las quince horas, se evadieron del establecimiento penitenciario de Segovia los siguientes internos: Luis María Aizpurúa Berasategui, Angel Amigo Quincoces, Víctor Arana Bilbao, Ramón Aurteneche Marco, José Beguiristain Aranzasti, Ignacio García Arambarri, José Luis García Fernández de Luco, Carmelo Garitaonaindía Garnacho, Ignacio María Garmendia Otamendi, Manuel Gaztelumendi Zabaleta, Enrique Guesaraga Larreta, Jesús María Ibarcuchi Sampedro, Manuel Isasa Iturrioz, Juan Ignacio Iturbe Totorica, Fernando Izaguirre Izaguirre, Francisco Jaca Aranaldez, Miguel Agustín Lascurain Mantilla, Jesús María Muñoz Galarraga, Ignacio Enrique Orbeta Berriatúa, Rufino Vicente Serrano Izco, Miguel Angel Unanúe Lobato, José María Yarza Echenique, Luis Armando Zabalo Bilbao, Juan María Zubimendi Ymaz, Carlos García Solé; Ramón Llorca López, José Luis Pons Llobet, Oriol Solé Sugranes y Federico Sánchez Juliachs.

Todos ellos se encontraban cumpliendo condena por delitos de terrorismo perteneciendo los 24 citados en primer lugar a ETA y los cinco restantes a organizaciones del mismo signo.

Inmediatamente de ser conocidos los hechos se trasladarón a dicha ciudad el inspector general penitenciario, acompañado del subinspector general y arquitecto de la Dirección General de Instituciones Penitenciarias, para llevar a cabo un reconocimiento de las instalaciones y del lugar en que se produjo la evasión.

En la mañana de ayer, el ministro de Justicia, acompañado del director general de Instituciones Penitenciarias, se ha trasladado al referido centro para conocer personalmente el lugar, el modo y todas las demás circunstancias que han concurrido en la evasión.

Junto con el gobernador civil, presidente y fiscal de la Audiencia y otras autoridades visitó, detenidamente las dependencias del establecimiento e inspeccionó todos los locales y alrededores del mismo.

El centro penitenciario de Segovia fue construido en 1925, si bien ha experimentado posteriormente diversas adaptaciones y mejoras. Su disposición arquitectónica obedece a la llamada "planta en cruz", con una galería de celdas en horizontal y otra perpendicular y con dos plantas de forma simétrica. En la intersección de estas dos galerías se encuentra el centro de vigilancia y dispone de cuatro patios para esparcimiento de los internos.

Su capacidad es de 73 dormitorios individuales y uno común, capaz para 46 internos más.

En el momento de registrarse la evasión, la población interna del centro estaba constituida por 53 penados y 7 preventivos.

El emplazamiento del centro se sitúa en zona de expansión del casco urbano de la ciudad, con fachada principal a la carretera de San Rafael.

La evasión se inició en unos aseos con acceso desde el patio que utilizan los penados. En un paramento de dicho aseo habían practicado una perforación de unos 60 centímetros de profundidad y 50 centímetros de anchura, hasta alcanzar el desagüe, que desde los inodoros accede a una atara que discurre en sentido paralelo a fachada por el eje del centro.

La perforación había sido disimulada mediante la fabricación de una tapa recubierta con seis de los azulejos del alicantado de 15 por 15, con dimensiones por tanto de 34 por 30 centímetros, adheridos a un bastidor construido con cuatro tablas y macizado con mortero de cemento. Esta tapa podía ser accionada por su reverso por medio de dos anillas con lo que se podía conseguir por ambos lados su exacta adaptación a la pared sobre la que se había hecho la perforación. Esta construcción de la tapa explica que pasara inadvertida a las requisas que tanto visualmente como por medio de percusión sobre los paramentos horizontales y verticales son practicadas periódicamente.

El recorrido efectuado por los evadidos desde la referida atarjea discurre por ésta en una longitud de 31,30 metros y con dimensiones de 40 centímetros de profundidad por 37 de ancho, hasta alcanzar una conducción que se sitúa ęn el centro del establecimiento perpendicular a su fachada y longitud de 48,70 metros y dimensiones de 0,60 por 0,50 hasta llegar a un pozo registro, situado ya extramuros del centro. Durante el recorrido, los evadidos hubieron de atravesar dos barreras formadas por rejas metálicas que previamente habían sido manipuladas.

Desde este pozo-registro, la dirección de la fuga fue por el colector que discurre por la carretera de San Rafael hasta alcanzar el arroyo Clamores, con una distancia aproximada en su recorrido de unos 450 metros, realizando su salida al exterior por la zona de Valdevilla. Los 450 metros de esta conducción, con unas dimensiones de 2,50 metros de altura por 2,00 metros de ancho, pertenecen a un colector general de la ciudad.

La salida desde este colector subterráneo al exterior se encuentra cerrada por una reja de hierro con redondos de 32 milímetros de diámetro en la que pudo observarse la falta de uno de los barrotes, cortado desde el exterior.

La evasión tuvo lugar en el tiempo que transcurre desde la comida del mediodía hasta el recuento de la tarde. Tiempo durante el que el horario del establecimiento permite a los internos permanecer en el patio de recreo, bien en la sala de estar-televisión o en sus propias celdas, dedicados al estudio o al descanso. Teniendo en cuenta la perforación practicada y el lugar en que se encuentra, la salida a través de la misma de los reclusos pudo llevarse a cabo en brevísimo tiempo.

La colaboración desde el exterior en la consumada evasión ha quedado totalmente comprobada.

Tanto la autoridad judicial como la inspección penitenciaria practican las oportunas diligencias.

AUTO DE PROCESAMIENTO DE LOS FUGADOS

DON LUIS GARCIA MIGUERRA, SARGENTO DE INFANTERIA, SECRETARIO DEL JUZGADO MILITAR EVENTUAL DE PLAZA DE PAMPLONA, Y EN PARTICULAR DEL SUMARIO ORDINARIO N.º 69-76. INSTRUIDO CONTRA JOSE MARIA YARZA ECHENIQUE Y OTROS, POR EL PRESUNTO DELITO DE QUEBRANTAMIENTO DE CONDENA, AL EVADIRSE DE LA PRISION DE SEGOVIA, DEL QUE ES JUEZ INSTRUCTOR, EL COMANDANTE DE INFANTERIA DON LUCINIO BANIANDRES DE LAS HERAS.

CERTIFICO: Que a los folios que al margen se expresan obran los particulares que copiados al pie de la letra son como siguen:

FOLIOS N.º 73 VTO y 74.—AUTO DE PROCESAMIENTO.—En Pamplona a once de abril de mil novecientos setenta y seis.—Que existen indicios para suponer que los paisanos Ignacio Garmendia Otamendi, Jesús María Ibarcuchi Sampedro, José María Yarza Echenique, José Luis Pons Llobet, Luis Armando Zabalo Bilbao, Ignacio García Arrambarri, Francisco Jaca Aranaldez, Vicente Serrano Izco, Ignacio Orbeta Berriatúa, Víctor Arana Bilbao, Manuel Gaztelumendi Zabaleta, José Beguiristáin Aranzasti, Federico Sánchez Juliachs, Ramón Llorca López, José Luis García Fernández de Luco, Fernando Izaguirre Izaguirre, Juan María Zubimendi Imaz, Angel Amigo Quincoces, Ramón Aurteneche Marco, Juan Ignacio Iturbe Totorica, Enrique Gueseraga Larreta, Carmelo Garitaonaindía Garnacho, Miguel Unanúe Lobeto, Manuel Isasa Iturrioz, Oriol Solé Sugranes, encuadrados en diversas organizaciones terroristas y cumpliendo condena en el Centro Penitenciario de Diligencias de Segovia, el día 5 de los corrientes y sobre las 14 horas se dirigieron, después de comer y una vez efectuado el recuento de penados, al water colectivo del patio de la primera planta de dicho Centro Penitenciario donde se había excavado una galería, y una vez en su interior los veintinueve citados y siguiendo un orden numérico establecido del 1 al 29, fueron adentrándose en la galería excavada discurriendo por ésta unos ocho metros para salir a una

red de desagüe por cuatro tramos diferentes, los cuales iban aumentando de dimensiones; uno de éstos representaba dos cortes de verja, que al parecer habían sido cortadas en su parte inferior desde el fallido intento de fuga de agosto del año 1975. Y en la última galería y cerca de su boca de salida se cambiaron de ropa de la prisión por otra que previamente los veintinueve tenían preparada e introducida en bolsas de plástico, y por una puerta de verjas, uno de cuyos barrotes había sido cortado, salieron a la calle, salida situada en una vaguada por la que discurre un riachuelo. En dicho lugar eran esperados por un comando compuesto por dos mujeres jóvenes y dos o tres hombres, los cuales recibieron a los fugados, y les condujeron hasta la parte superior de la vaguada, donde en una carretera al parecer de tipo local les esperaba un camión de carga media que, una vez introducidos en la parte posterior de dicho vehículo en unión de los componentes "del comando" que los había recibido, partieron con rumbo desconocido para los fugados a la vez que recibieron indicaciones de permanecer en silencio y otras relativas a calma y serenidad entregándoles en este vehículo varios billetes de mil pesetas y armas con el objeto de que, en caso necesario, atender a los gastos más urgentes. En este vehículo permanecieron como una hora aproximadamente siendo su marcha relativamente lenta para este tipo de camión, dando la sensación de que su motor, en determinados tramos, lo hiciera de una forma forzada, si bien el firme de la carretera era normal para una vía de carácter local o comarcal; finalizado este trayecto les fue indicado que salieran del vehículo lo más rápidamente posible y pasar a otro de mayor tonelaje: tipo trailer, que se hallaba aparcado junto al de ellos introduciéndose en este segundo camión por la parte baja del lateral derecho del mismo, en una especie de doble fondo existente en dicho costado, y a todo lo largo de la caja donde se acomodaron todos los fugados y el "comando" en posición sedente, con las piernas semiflexionadas y colocadas al tres bolillos.—Este vehículo se puso en marcha sobre las 16 horas del indicado día y permanecieron en el interior del mismo hasta llegar a las inmediaciones de la localidad navarra de Espinal entre las 23 y las 24 horas, permaneciendo, una vez aparcados en el interior del mismo, unos tres cuartos de hora, donde permanecieron a la espera de una grúa que no se había presentado. Que transcurrida esta espera y tras

breve consulta entre todos, decidieron ponerse en camino con dirección a la frontera, guiados por el instinto y por noticias y conocimientos que alguno de los fugados había adquirido por el terreno que pisaba haciéndolo todos en grupo en dirección a Francia por una pista asfaltada, y que, tras breve recorrido, fueron descubiertos por la Guardia Civil, efectuando la Fuerza unos disparos, dispersando al grupo en otros grupos más pequeños, y resultando herido de arma de fuego MANUEL ISASA ITURRIOZ, y posteriormente sobre las 12,00 horas del día seis en otro enfrentamiento sostenido con Fuerzas de la Guardia Civil, pertenecientes a la 521.ª Comandancia, resultó muerto el activista ORIOL SOLE SUGRAÑES, con heridas el también activista MIGUEL UNANUE LOBATO.—CONSIDERANDO: Que los hechos relatados en el anterior resultando, pueden calificarse a los solos efectos de instrucción y sin perjuicio de la ulterior calificación que pudieran merecer, como constitutivos de un delito de quebrantamiento de condena, previsto en el Art. 335, del Código Penal Común, y del cual aparecen como presuntos autores los paisanos IGNACIO MARIA GARMENDIA OTAMENDI, JESUS IBARGUCHI SAMPEDRO, JOSE MARIA YARZA ECHENIQUE, JOSE LUIS PONS LLOBET, LUIS ARMANDO ZABALO BILBAO, IGNACIO GARCIA ARRAMBARRI, VICTOR ARANA BILBAO, MANUEL GAZTELUMENDI ZABALETA, JOSE BEGUIRISTAIN ARANZASTI, FEDERICO SANCHEZ JULIACHS, RAMON LLORCA LOPEZ, JOSE LUIS GARCIA FERNANDEZ DE LUCO, FERNANDO ZAGUIRRE IZAGUIRRE, JUAN MARIA ZUBIMENDI IMAZ, ANGEL AMIGO QUINCOCES, RAMON AUTENECHE MARCO, JUAN IGNACIO ITURBE TOTORICA, ENRIQUE GUESALAGA LARRETA, CARMELO GARITAONAINDIA GARNACHO, MIGUEL UNANUE LOBETO, MANUEL ISASA ITURRIOZ y ORIOL SOLE SUGRAÑEZ (fallecido).—CONSIDERANDO: Que por virtud de lo consignado en el anterior, es pertinente decretar el procesamiento de aquéllos, de conformidad con lo prevenido en el Artículo 353 del Código de Justicia Militar.—CONSIDERANDO: Que en atención a que la pena de que en su día pudiera corresponderles, será de prisión menor, se está en el caso de decretar la prisión incondicional de los encartados, en cumplimiento de la Regla y el Artículo n.º 673, del Código de Justicia Militar, en atención a las circunstancias del delito y por tratarse los procesados de miembros pertenecientes a organizaciones

clandestinas.—SE DECLARA: procesados por esta causa a IGNACIO MARIA GARMENDI OTAMENDI, JESUS MARIA IBAGUCHI SAMPEDRO, JOSE MARIA YARZA ECHENIQUE, JOSE LUIS PONS LLOBET, LUIS ARMANDO ZABALO BILBAO, IGNACIO GARCIA ARAMBARRI, FRANCISCO JACA ARANALDEZ, VICENTE SERRANO IZCO, IGNACIO ORBETA BERRIATUA, VICTOR ARANA BILBAO, MANUEL GAZTELUMENDI ZABALETA, JOSE BEGUIRISTAIN ARANZASTI, FEDERICO SANCHEZ JULIACHS, RAMON LLORCA LOPEZ, JOSE LUIS FERNANDEZ (GARCIA) DE LUCO, FERNANDO IZAGUIRRE IZAGUIRRE, JUAN MARIA ZUBIMENDI IMAZ, ANGEL AMIGO QUINCOCES, RAMON AUTENECHE ARCO, JUAN IGANACIO ITURBE TOTORICA, ENRIQUE GUESARAGA LARRETA, CARMELO GARAITAONANDIA GARNACHO, MIGUEL UNANUE LOBETO y MANUEL ISASA ITURRIOZ, con los cuales se entiendan en forma las Diligencias sucesivas: notifíquese este Auto a los encartados, instruyéndoles de los beneficios y recursos legales; recíbaseles declaración indagatoria evacuando con urgencia las citas útiles que resulten, reclámense certificación de antecedentes penales y de la inscripción de nacimiento, y procédase por el Secretario a formar el extracto a que alude el párrafo 2.º del Artículo 488.—SE DECRETA: La prisión preventiva de los procesados antes mencionados elevándose a prisión preventiva la detención que sufren los encartados antes mencionados, expidiéndose el oportuno mandamiento al Sr. Director del Centro Penitenciario de Diligencias de esta plaza.—Lo mandó y firma su S. S.ª, doy Fe.— Firmado: LUCINIO BANIANDRE DE LAS HERAS y LUIS GARCIA HIGUERA.—Ambos rubricados.

TERMINOSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN LOS TALLERES GRAFICOS DE LA
EDITORIAL ELEXPURU HNOS, S. A.
DE ZAMUDIO - BILBAO
EL DIA 31 DE MARZO
DEL AÑO
MCMLXXVIII

OTSAGABIA

2

ANGEL AMIGO

LAS FUGAS DE SEGOVIA



DISTRIBUCION EXCLUSIVA:

ediciones vascas EV argitaletxea

Plaza Etxeberri, 1 - Teléfono 45 70 57

SAN SEBASTIAN